

9 Nov. 78.

EL
SOCIALISMO

ANTE LA SOCIEDAD

POR EL

RDO. PADRE FELIX
DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

Obra traducida por

DON JOSE MARIA CARULLA

ABICADO DEL ILUSTRE COLEGIO DE MADRID Y DIRECTOR DE 'LA CIVILIZACION.'

20.185
(Ley 1847)

MADRID
AGUSTIN JUBERA
calle de la Bola, núm. 3
1878

~~34/14~~

ORIGINAL

1870
1871
1872
1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880

147.2812

29-30 (bis)

EL SOCIALISMO

ANTE

LA SOCIEDAD

20185

(Jey 1847)

ORIGINALS

RECORDED

1881 0271

(1881) 0271

EL
SOCIALISMO

ANTE LA SOCIEDAD

POR EL

RDO. PADRE FELIX

DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

Obra traducida por

DON JOSE MARIA CARULLA

ABOGADO DEL ILUSTRE COLEGIO DE MADRID Y DIRECTOR DE 'LA CIVILIZACION'

Agustín S. Juberá

MADRID
AGUSTIN JUBERA
calle de la Bola, núm. 3

1878

Ref. p. 101 84. lib. 30.

PREFACIO.

¿Por qué se publica esta obra referente al Socialismo? Porque responde, según creemos, á la precision y á la necesidad de la hora presente. En el momento actual asistimos á un espectáculo verdaderamente raro. Mientras, por una parte, el Socialismo afirmase á sí propio en conciliábulos que meten mucho ruido, y hace repetir por todos los ecos de la prensa contemporánea los audaces desafíos que dirige á la sociedad toda; mientras imprime, publica y difunde, á través del mundo, sus programas de transformacion, ó más bien de destruccion social, encuentra ignoro cuántos hombres que ponen su realidad en tela de juicio. Según

ellos, el Socialismo, sólo es un fantasma creado para espantar á las imaginaciones; es únicamente una palabra, que se ha inventado con el fin de amedrentar por medio de la Revolucion y la república, como la palabra *clericalismo* se inventó con el fin de amedrentar por medio de la Religion y el Catolicismo.

No queremos inquirir qué cálculos más ó ménos interesados conducen á tales hombres á negar la evidencia, á cerrarse los ojos para no ver el mónstruo que amenaza, y los oídos para no oír sus rugidos, que llenan el mundo. Para el público imparcial y para los que no quieren de ningun modo engañarse por gusto, citemos aquí algunas de las palabras por las cuales el propio Socialismo denuncia su presencia públicamente, atestiguando que no es un fantasma, ni un «mito,» sino un hecho actual absolutamente innegable.

Desde luégo, oid lo que escribía un órgano reconocido y acreditado del Socialismo:

«Trabajadores, proletarios, pelaires; os llaman la *vil multitud*, y os denominan la *canalla*... Vosotros, que, á fin de aumentar el *ménu* de los convidados al banquete de la vida, sudais doce ó quince horas cada día por algunas miserables sobras, apenas suficientes para subvenir á vuestras necesidades y á las de vuestras familias, meditad estas palabras: Acordaos de que sois el número, es decir, la *fuerza*; acordaos de que sois la miseria, es decir, el *derecho*; acordaos de que sois los *soberanos*. A venir va el tiempo de afirmar efectivamente vuestra soberanía desconocida.» (*Mot d'Ordre* del 1.º Agosto 1877.)

¿Cómo, despues de tales palabras, osar desconocer la presencia del Socialismo, es decir, del peligro social? ¿Es posible compe-

ler con más audacia y más claramente á los de abajo para que hieran á los de arriba?

Oid tambien cómo, al percibir el ruido de tales amenazas, un periódico considerado conservador señalaba la aparicion de este mal social, procurando indicar su principal remedio, que nosotros intentaremos hacer conocer asimismo en un trabajo subsiguiente, si Dios lo permite :

«Las tendencias actuales de las clases obreras al *Socialismo* constituyen una enfermedad moral. Evidentemente, á una enfermedad moral preciso es oponer un remedio tambien moral. Evitar las predicaciones demagógicas, reprimir los «complots» subterráneos, es retardar la explosion del mal, pero no curarlo; la salud de la sociedad exige imperiosamente que se cure en los espíritus, en los corazones, en las almas. Ahora bien; tal es, sobre todo, la obra de la Religion.

»La práctica de las virtudes cristianas
»es el medio más seguro de impedir el mal.

»Una propaganda religiosa seguramente
»haria, para la curacion de la *enfermedad*
»*social*, mucho más que todos los actos de
»compresion del poder ó de represion de la
»justicia.» (*Le Soleil*. Véase *L'Univers* del 4
Agosto 1877.)

Hace poco un republicano (1), herido
por uno de los suyos, no temia escribir:

«Teneis el triunfo; yo la derrota: el
»desquite vendrá pronto, y será el adveni-
»miento del *Socialismo* republicano.» (Véase
L'Univers del 10 Agosto 1877.)

Mas hé aquí lo explícito y lo que nos re-
vela, con la existencia del *Socialismo*, el
término á que pretende llegar:

«Nosotros únicamente queremos poner
»en práctica el *Socialismo*, ó más bien el

(1) Ordinaire.

»*Comunismo*. El Estado, dueño de todo,
»distribuyendo los frutos de la tierra segun
»los méritos y la cantidad de trabajo ma-
»nual ejecutado por cada uno, etc., etc.

»Y tendremos el placer de asistir á la
»agonía de los sacerdotes, de la clase media,
»de los capitalistas, etc.»

(El ciudadano Reulig, de Zurich: Congreso de Gante.—Véase *L'Univers* del 17 Setiembre 1877.)

En aquel mismo Congreso pudieron oirse las siguientes palabras, que osaron aplaudir :

«El pueblo se acuerda de 1793 y de
»1848...Hijos de estas grandes jornadas, se
»levantarán (los obreros) para continuar la
»obra interrumpida de *Marat*; *nivelarán el*
»*mundo antiguo*; *lo destruirán piedra por*
»*piedra*; *y sobre sus ruinas levantarán el*
»*edificio vigoroso de la república democrá-*
»*tica y social.*» (Robin.) En este mismo

año, en París, el día 14 de Enero, cien mil hombres acompañaron á su morada última un cadáver arrancado á las bendiciones de la Iglesia. El hombre cuyos despojos mortales recibían tan extraña ovacion llamábase Raspail. Divisas numerosas, inscritas en coronas de siemprevivas, recordaban á la multitud los pretensos títulos de gloria de aquel que se proponían ilustrar en su muerte. Entre aquellas divisas que atraían las miradas de la muchedumbre, observábase sobre todo ésta, más significativa, en efecto, que las otras:

¡Al apóstol del Socialismo!

En fin, en el mes de Marzo de este mismo año pudiéronse leer, en uno de los órganos más autorizados del Socialismo, palabras como las siguientes:

«Nuestro propósito, en una palabra, es

llegar á la destruccion irrevocable del mundo antiguo.»

¿Es esto bastante claro y bastante atrevido?

Pudiéramos multiplicar indefinidamente las palabras, los programas y los manifiestos que atestiguan de una manera brillante la realidad del Socialismo en el seno de nuestra sociedad. Hay cosas que la decencia, la dignidad y el respeto debido á los lectores apenas nos permitirian repetir, y que se han consignado para estupefaccion de una sociedad que, al parecer, no puede maravillarse de nada.

Algo hay más sorprendente aún que la resonacion de tales palabras en el seno de las sociedades de la Europa; es la impunidad que logran; es, sobre todo, la apatía de las generaciones vivientes, que á fuerza de oir estas predicaciones del pillaje, del asesinato y de la matanza pasar en el ruido del

siglo, llegan á escucharlas como tantos otros ruidos, sin experimentar siquiera la menor emocion.

Lo que causa la más dolorosa estupefacción á un observador atento al peligro que nos amenaza, es ver á los hombres mejor colocados para conocer y oír todo lo que se agita en la sociedad, los cuales, en presencia de manifestaciones tan ruidosas, desconocen ó disimulan el peligro social, negando hasta la existencia del Socialismo. Han dicho: «No hay riesgo social; el Socialismo no existe:» y esto al mismo tiempo que las amenazas de derrumbamiento social llegaban de todos los cabos del mundo, y cuando el Socialismo, poniendo manos á la obra, quebrantaba bajo sus piés todos los fundamentos del edificio social, amenazando hacerlo caer sobre su cabeza.

Cosa extraña y que apenas se podría imaginar; hemos visto esta situación rarí-

sima. En el momento en que el Socialismo, en sus Congresos europeos, alzaba la voz á fin de hacerse oír en todas partes, y arrojaba al viento de la publicidad gritos furiosos contra el presente órden social, toda la prensa revolucionaria, fuera de contadas excepciones, obedeciendo á una palabra de órden, hacía lo posible por ahogar, bajo la conspiracion del silencio, estas manifestaciones que comprometen. Aún fué más lójos; acometi6 la empresa de negar la autenticidad de las palabras y de los discursos que ya repetian los ecos del mundo todo, siendo menester que el propio Socialismo, por la boca de sus 6rganos más famosos, protestase públicamente contra los mentís que osaban dar á sus palabras, á sus discursos y á sus programas; fué preciso que viniese á responder á insolentes dene-gaciones: «Vosotros negais mi existencia: ¡Vedme aquí! Estos discursos y estos pro-

gramas son mis programas y mis discursos; juro delante del cielo y de la tierra que son mias estas palabras cuya autenticidad desconoceis. Negadme cuanto querais; existo; afirmo mi existencia hoy, y reinaré mañana.»

No; no es posible negar la existencia del Socialismo, sobre todo despues que se ha mostrado en la capital misma de Francia, al resplandor de los incendios, y en el humo de la sangre vertida por sus manos.

Existe con plena luz de actualidad; existe, llamando á la puerta de la sociedad que tomar quiere por asalto, como Catilina á las puertas de la antigua Roma.

En cuanto á la gravedad de los problemas que remueve y de los peligros con que amenaza, sería preciso cerrar los ojos á los siniestros resplandores que nos muestran el abismo para no reconocerle. ¿Quién podría hoy no ver que la cuestion social,

segun la plantea delante de nosotros el Socialismo, domina, por su inmenso alcance, todas las demás cuestiones? ¿Quién podria no comprender que tantas otras cuestiones que nos dividen y preocupan sobre todo encarecimiento—cuestiones de forma parlamentaria ó de formas gubernativas—sólo son cuestiones de superficie, comparadas con esta cuestion grave? ¿No da lástima, en una situacion tal, ver hombres que emplean su habilidad, su genio, y á veces hasta el prestigio de su nombre, en equilibrar sistemas, hacer categorías de los partidos, y clasificar opiniones políticas, miéntras dejen en la sombra, cuando no encubren con un silencio discurrido y mandado, la soberana cuestion, que lo es de vida ó de muerte para el órden social entero?

¡Ojalá las páginas que van á leerse logren ayudar, á lo ménos, á los hombres de la época á fijarse más atentamente en el pe-

ligro que les amenaza! ¡Ojalá puedan, sobre todo, armarles de valor para combatir por todos los medios legítimos lo que se debe llamar, en el verdadero sentido de esta palabra, *el enemigo!*

Hace poco, se osó decir y repetir, mostrando al pueblo un fantasma evocado á fin de atemorizarle: «Hé aquí el *enemigo.*» El enemigo era el *clericalismo*, es decir, el Catolicismo. Nosotros decimos, á nuestra vez, mostrando, no un espectro imaginario, sino un sér real: «Hé aquí el *enemigo*, el enemigo mortal, no solamente de la Religion y de Dios, sino del orden y de la sociedad; ¡este enemigo es el *Socialismo!*»

Las consideraciones que contiene la obra esta no conservan ménos su actualidad ardiente y su importancia de primer orden porque haya caído de lo alto de la cátedra cristiana, bajo la forma de discursos ó de conferencias. Puede ser que deban á esta

misma particularidad una importancia más considerable, consagradas como han sido por el sufragio de numerosos oyentes, y, sobre todo, por la presencia de Obispos que les han dado una autoridad que no tendríamos nosotros, publicando un libro bajo nuestra responsabilidad puramente personal.

¡Ojalá puedan todos sus lectores sentir en el acento de nuestra convicción y de nuestro amor el inmenso deseo que nosotros experimentamos de hacer bien á las almas, y de contribuir, por nuestra humilde parte, á la salvacion de la sociedad, y particularmente á la salvacion de nuestra querida Francia, de nuestra noble y cristiana Francia, que nosotros aprendimos á amar con nuestro padre Jesucristo y con nuestra madre la Iglesia!

J. FÉLIX, S. J.

GRENOBLE 22 de Abril de 1878.

BIBLIOTECA DE LA
UNIVERSIDAD DE
GRENOBLE

PRIMERA CONFERENCIA

LA IDEA SOCIALISTA

ó

EL SOCIALISMO COMO IDEA

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PAID BY THE UNIVERSITY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PRIMERA CONFERENCIA.

LA IDEA SOCIALISTA, Ó EL SOCIALISMO COMO IDEA.

Justitia elevat gentes, miseros autem populos facit peccatum.

Eleva la justicia á las naciones;
pero el pecado hace á los pueblos infelices.

(PROV., XIV, 34.)

MONSEÑOR (1):

SEÑORES:

Por poco atentamente que se miren las señales que se muestran en todos los horizontes de nuestra sociedad viviente, y que se presencie con el pensamiento el espectáculo de las convulsiones sociales que, al parecer, no pueden concluir nunca entre nosotros sin comenzar de nuevo, es imposible no ver que hay, en el fondo de la sociedad presente, algun mal que la conturba; ignoro qué mal crónico que demora en lo más

(1) Mons. Fava, obispo de Grenoble.

íntimo de su corazón, y que, por una serie de explosiones cada vez más próximas, hace salir á la superficie lo del fondo.

Este mal social, que hará luego un siglo nos condena á una repetición, fatal en cierto modo, de conmociones revolucionarias, como ciertas enfermedades condenan al doliente á una repetición de ciertas crisis violentas; este mal, que por sus raíces múltiples reconoce causas más ó menos distantes que se pueden señalar más ó menos; este mal que atraviesa hoy el mundo moderno, como atraviesa la «tromba» tempestuosa las ciudades y las campiñas, viéndole pasar entre nosotros desarraigando los principios, corrompiendo las costumbres y sobre todo quebrantando la sociedad, directa y especialmente amenazada por su marcha borrascosa, es, Señores, el *Socialismo*; doy á este pecado de la sociedad moderna el nombre que dáse á sí propio. El Socialismo, es decir, un conjunto de *doctrinas*, de *pasiones* y de *conspiraciones* que atacan y pretenden destruir el estado social presente, ó, si lo juzgais mejor, la *agresión social apasiona-*

da y armada contra la sociedad; el Socialismo, que algunos que se llaman á sí propios pensadores, apenas se dignaban tomar en serio hace cuarenta años, hallándose como se hallaba relegado aún á la region de la ideología, vislumbrándole apenas algunos espíritus, á través de las nubes de la utopia; el Socialismo, en el cual las más fuertes cabezas del tiempo actual creían, en su calma olímpica, que no debían ocuparse siquiera, porque su propia extravagancia condenaría á la impotencia; el Socialismo, que aún halla pretendidos conservadores bastante imprudentes para darle la mano y conspirar con él hasta en el *forum* de la política, con el fin de poner en práctica sus designios; el Socialismo, que, descendido hace poco de las regiones de la especulación y del sueño á la atmósfera abrasadora de la realidad contemporánea, nos mostró su figura repugnante al resplandor del incendio, y que aún hoy nos deja ver, á la luz de un presente lleno de amenazas, la eventualidad de un espantable porvenir.

Hé aquí, Señores, el asunto especial de mis Conferencias; asunto lleno á la vez de oportunidad ardiente y de verdad práctica. ¿Qué es el Socialismo? ¿Cuál es «doctrinalmente» su punto de partida, su medio de progreso, y su término? ¿Cuál su origen real en la humanidad? Hé aquí lo que procuraré manifestaros clarísimamente.

Empecemos por la pregunta que debe ser en todo lo primero. *¿Qué cosa es el Socialismo?*

En este asunto, que hiere por su fondo en este momento fibras muy vibrantes, me apresuro á decir que pretendo colocarme sobre lo que pudiera denominarse la política ó el espíritu de partido. Sólo quiero desplegar dos estandartes por encima de vuestras cabezas: el de la sociedad y el del Cristianismo. Aun en aquellas cosas más vivas que deberé decir, quiero referirme á ellas, y no á los hombres; á las cosas que necesitamos combatir, y no á los hombres, que tenemos obligacion de amar.

¡Ojalá que mi palabra consiga debatir un asunto tan grave como del momento, con

la fuerza contenida, con el atrevimiento prudente y con la libertad apostólica que Dios me ha concedido hasta hoy la merced de llevar al púlpito cristiano, ansiando seguir así ante un auditorio cuya simpatía benévola y—me atrevo á decirlo también—cuya confianza obtenida creo sentir de antemano!

Os diré toda la verdad, pero como se dice á personas amadas, cuya salvacion se desea: con amor fraternal y afectuosa franqueza.

PRÓLOGO.

Para entender del todo el Socialismo contemporáneo, visto y examinado en sí propio, es indispensable considerarle bajo este triple aspecto: como una *idea*, como una *pasion* y como una *accion*; como una idea que se difunde, como una pasion que se enciende, y como una accion que se organiza cada vez más á nuestra vista; como una idea que se difunde por todas las voces de la prensa contemporánea; como una pasion que se enciende por todos los soplos de la realidad contemporánea; como una accion que se organiza y conspira por todas las potencias de la Revolucion contemporánea. En tres palabras que lo resumen todo: la *idea* socialista, la *pasion* socialista, la *accion* socialis-

ta. Hé aquí lo que es preciso comprender desde luégo, á fin de alcanzar qué cosa es el Socialismo, y qué se propone.

La materia es demasiado vasta para un sólo discurso. Creeré haber hecho bastante hoy si logro mostraros qué cosa es el Socialismo como idea, y el alcance de ésta. ¿En qué consiste lo que llamo yo la *idea socialista*? ¿Cuáles son sus consecuencias inmediatas? Hé aquí todo el asunto de la presente conferencia: discurso preliminar y preámbulo indispensable para la cabal inteligencia de cuanto debe seguir.

I.

¿Qué es la *idea socialista*, ó el Socialismo considerado como *idea*? Tal es la primera cuestion que se nos pone delante.

Lo que debeis comprender del todo desde ahora, en efecto, en el Socialismo, es la *idea*, la *idea-madre* que lo ha llevado en su seno, haciéndolo comparecer, por último, segun se manifiesta hoy á la vista. Tal movimiento en el mundo de las realidades

sería inexplicable, sin otro anterior en el de las ideas. Las ideas, en el orden social, son como los gérmenes en el vegetal. En un sentido verdadero son gérmenes también; son la semilla de las cosas que se vienen á presentar más tarde á la luz, creciendo más ó menos rápidamente, segun la tierra que las ha recibido y el sol que las ha calentado. El Socialismo, en su conjunto, aunque se pueda explicar por causas extrañas á las ideas, es tambien la explosion de una idea que germinó en el fondo ántes de salir á la superficie. No hablo aquí del conjunto de ideas que le han conducido; hablo de la *idea propia* que lo constituye de un modo doctrinal, y que resume, si lo puedo decir así, el *credo socialista*.

Ciertamente, Señores—lo sé bien—si únicamente considerais en el Socialismo lo que podria llamarse su realidad viva, encontrareis una cosa que parece no tener nada de comun con el mundo de las ideas. Teneis delante algo semejante al leon ó al tigre, que obedece á sus instintos, rugiendo en los bosques tras de una presa. A la hora

presente tenemos á la vista, no el Socialismo doctrinal, pretendiendo levantarse por el imperio de una idea, sino el Socialismo brutal, pretendiendo imponerse por la grosería de los hechos; no el Socialismo soñador que hace cuarenta años seducía ciertas almas generosas, sino el Socialismo agresor, que sólo pide á la fuerza la realización de su programa y que apresure su advenimiento; no el Socialismo contemplador, paseando por el mundo ideal su amor platónico á la humanidad, sino el Socialismo destructor, pronto á pasear, á través de las ruinas del mundo real, el sangriento estandarte de su fraternidad. Estamos, para decirlo de una vez, ante un Socialismo que llamaré mejor el Socialismo de la tea y del puñal que de la doctrina y de la idea.

No puede negarse, sin embargo, que el Socialismo se dió ante todo como una idea, que á realizar iba en el mundo la más vasta y la más profunda revolucion que jamás se habia consumado.

¿Cuál fué semejante idea? ¿Cuáles fueron en aquella revolucion social el punto

de partida, la marcha y el término de semejante idea?

Durante mucho tiempo seguí con atenta mirada el movimiento del astro nuevo, y pude marcar en el cielo cambiante de nuestro mundo social sus principales apariciones. Primero lo ví pintar como el principio de una riente aurora; engrandecerse luégo á través de las nubes de mil sistemas más ó ménos oscuros; llegar, en fin, á su apogeo con las espantosas claridades que hoy arroja sobre nuestra sociedad viva.

En el principio la idea socialista se anunció como la idea de la *reforma social*; más tarde, en su movimiento ascensional, se reveló como la idea de la *trasformacion social*; llegada á su mayor elevacion, manifestóse como la idea de la *destruccion social*.

Quizás todos no habeis podido seguir con el pensamiento la marcha progresiva de la idea, durante mucho tiempo retenida en una especie de oscuridad, esperando mostrarse en la gran luz de la publicidad.

Creo, pues, ayudaros á conocer mejor la

genealogía de la *idea socialista*, que hoy amenaza tanto, señalándoos, sobre todo en su movimiento ascendente, estas tres fases sucesivas, que por abreviar resumo en las tres palabras siguientes: *Reforma social*, *transformacion social* y *destruccion social*.

Si quereis remontar un poco la corriente de las ideas que atravesaron el comienzo del siglo actual y el fin del anterior, observareis que la idea-principio ó la idea-madre del Socialismo se reveló primeramente como la idea de la *reforma social*, y como la idea de la *universal armonía* que debíase restaurar en nuestro mundo nuevo.

Segun nuestros profetas y nuestros pretendidos mesías, la gran ley de la universal armonía del mundo social se habia quebrantado en medio de todos los antagonismos humanos. Debía restaurarse ó rehacerse; las filosofías de aquel tiempo anunciaban, en un porvenir próximo, una regeneracion humana y una reforma social no vista jamás en el mundo, ni mencionada nunca en la historia; reforma más grande

que la realizada en la humanidad por el propio Reformador divino.

Aquellas filosofías, llenas de una poesía delirante, eran sólo idilios humanitarios y encantadoras bucólicas que mostraban en el porvenir, á través de los colores del prisma, una humanidad verdaderamente de color de rosa, y sonriendo en su sol bajo un cielo azul; era una humanidad libre de todos los antagonismos del pasado y, cual los astros, ó mejor aún que ellos, gravitando alrededor de su centro en el equilibrio beatífico de la *universal armonía*.

¡Ah! La armonía en tales hermosos sueños y fáciles utopías existía en todas partes.

Existía la de las inteligencias en la verdad;

Existía la de los corazones en el amor;

Existía la de las voluntades en la libertad;

Existía la de las pasiones en el placer;

Existía la de los intereses en la comunidad;

Existía la del trabajo en la organización;

Existía la de los hombres en la fraternidad;

Existía la de las familias en el Estado;

Existía, en fin, la de todos los pueblos, en la unidad de un gobierno gobernando todas las naciones; el *Omniarca* ó el Monarca universal de la universal sociedad presentábase á lo léjos, en el centro del mundo humano, como el motor y el regulador de la inmensa armonía de los pueblos fraternales.

Existía, en una palabra, la armonía en todo, donde quiera y siempre; armonía fácil y espontánea brotando de sí propia y por sí misma del juego regular de todas las fuerzas del hombre, colocadas nuevamente, como dice la lengua flamante, en su movimiento *normal* y en su centro *armónico*.

Esta idea seductora, cantada entónces por todos los trovadores de la filosofía, ó más bien de la poesía social, siguió su camino perfumado á través de las flores que á su paso sembraba; marchaba ceñida por el cortejo de todos los errores y de todas las negaciones, cuyo resultado y cuya conden-

sacion era, diciendo al mundo que la veia pasar: *Soy la reveladora del mundo nuevo; soy la Reforma social.*

Y ¡cosa digna de ser notada! miéntras la fermentacion de tantas doctrinas malsanas hacía producir, como su fruto espontáneo, la *idea* socialista, que desprendíase naturalmente, parecia la nueva humanidad atraerla por todos los soplos que la removian; hubiera podido decirse que la llamaba por la respiracion enfermiza que de su seno exhalábase. La idea de la reforma sedujo eternamente á la humanidad, porque hay, en efecto, de continuo en la humanidad algo digno de reforma. Mas entónces, aumentando su prestigio el estado de los espíritus, le preparaba en las generaciones nuevas una popularidad que jamás habia tenido en las edades precedentes.

En aquel tiempo sufría la humanidad la espantosa herida que le habian causado las doctrinas del siglo xviii. El alma humana, sobre todo en las bajas regiones de la sociedad, sentia el dolor del vacío, ahondado en ella por el «individualismo volteria-

no.» Las generaciones separadas de Cristo sentíanse como ahogadas en las estrechuras del monstruo humano que se llama *egoísmo*: ¡el afrentoso *egoísmo*! Literalmente, la humanidad, desheredada del amor de Cristo, se moría por el egoísmo de Voltaire. Entónces fué cuando de todos los puntos agitados de la sociedad enferma salió el grito de: ¡*Amor, fraternidad, asociacion!* Entónces fué cuando los novadores acudieron de todas partes para explotar en su beneficio las aspiraciones del alma humana. Entónces, por último, fué cuando proclamaron la *asociacion universal por el amor universal*. Como Newton habia resumido por la *atraccion* las armonías de los mundos terrestre y sideral, pretendieron fundar sobre la gravitacion del amor la de los mundos humano y social.

Tal se manifestó en un principio la idea del Socialismo, relativamente nueva, que aparecía por la primera vez en nuestro mundo moderno. Era la idea general é indeterminada todavía de la *reforma social*, situándose por la primera vez en las Acade-

mias y en los *forums*, con un ruido que aún no había hecho; maravilló la idea á muchos hombres, sin excluir á pensadores que apenas habían sospechado su existencia. La idea, sin embargo, no databa de la víspera; existía en la sociedad, sobre todo desde que comenzó el siglo actual, en un estado que llamaré latente. Habíasela podido ya ver pasar á través de las nieblas de la metafísica, donde los Fourier y los Saint-Simon perseguían, por decirlo así, sus sueños de reforma universal; elaborábase día por día en periódicos y revistas entónces célebres, donde osados novadores removían hasta los fundamentos seculares de toda sociedad, y osaban defender teorías cuyo alcance iba nada ménos que á subvertir las condiciones sociales de los pueblos, bajo el nombre, siempre atractivo, de reforma social.

Jamás el mundo de los espíritus había presenciado tal trastorno de los entendimientos, tal extravío de ideas y tal perversión de lenguaje. Era la orgía intelectual, instalándose á nombre de la ciencia en el mundo social; el mismo absurdo se llama-

ba la filosofía ; la locura intitulábase *reforma*; fué una de las sorpresas de mi juventud curiosa y apasionada por lo verdadero, ver pasar estas utopias caprichosas y estas teorías excéntricas que me causaban estupefaccion.

Hasta entónces, la idea socialista habia permanecido casi en el dominio exclusivo de la abstraccion filosófica y en las esferas de la ideología social ; mas despues de haberse paseado mucho tiempo á través de las oscuridades de no sé cuántos sistemas, pronto, desde las regiones nebulosas en las cuales era vislumbrada solamente por algunos genios novadores, la idea descendió hasta las generaciones populares, ya conmovidas por influencias flamantes. Entónces la idea socialista ó de la *reforma* social no salió solamente de la pluma de los sábios, de las bocas de los filósofos y de las alturas de las Academias, sino tambien de la boca del pueblo, de los lábios de los trabajadores y del fondo de los talleres. Una vez allí, en el alma ardiente del pueblo, tan pronto á madurar las ideas como á precipitar su desen-

volvimiento, la idea socialista hizo precipitadamente su evolucion progresiva, esperando que brillase sobre nuestro caliente sol en su plena manifestacion. El pueblo, que comprendia muy poco el idioma caprichoso de la metafísica socialista, entendió pronto que, ó cuanto escuchaba carecia de sentido, ó que todo queria decir la *transformacion* completa de la vida social presente, y por consecuencia el advenimiento, para lo que se llama soberbiamente *las nuevas capas*, de una grandeza y de un bienestar hasta entónces desconocidos. Despues, bajo la seductora fórmula: *Es preciso reformar la sociedad*, cada cual se dispuso á poner cuanto queria y todo aquello á que aspiraba; todas sus ideas, todos sus desvaríos y todas sus utopias. En breve resultó palmario para todos que los mismos predicadores de la idea nueva se proponian imponer un mundo nuevo, y no una *reforma* solamente; no una reforma tomada en el sentido vulgar de la frase, sino una reforma completamente radical, es decir, una *transformacion*. Los «doctrinarios» mismos de la idea socialista com-

prendieron, á no tardar, que para la realizacion de la ley de armonía, segun se imaginaba en favor del mundo del porvenir, el mundo presente opondria obstáculos insuperables; conocieron que todas las condiciones orgánicas de la sociedad viviente la repugnaban de un modo invencible, y que, por lo tanto, la idea nueva, para realizarse, no debia ser sólo una *reforma*, sino una *transformacion*; y no una transformacion cualquiera, sino una transformacion que cambiase por completo las condiciones vitales de los pueblos. No bastaba, pues, *reformular*, y era preciso *transformar*.

Así, á la idea de reforma habia sucedido rápidamente la de transformacion social. Esta idea, despojada de los velos con que aún le placia envolverse, era en el fondo únicamente la negacion teórica de la sociedad segun existe desde que hay sociedades humanas; era el cambio *á fondo* del mecanismo social adoptado por todos los pueblos, aceptado en principio y de hecho por todos los siglos; era el progreso ó la marcha de la Revolucion. ¡Era la misma Revolucion social!

Los hombres que agitan á las muchedumbres para conseguir el objeto de sus ambiciones, se habian preocupado hasta entónces de lo que se llama revolucion *política*. Ir de una monarquía á una república, ó de una república á un imperio, despues de un imperio á una monarquía, y más tarde de una monarquía á otra; tal era el juego continuo de los que organizan trastornos y de los que disponen revoluciones; para el verdadero genio del Socialismo que se agrandaba, eran verdaderos juegos de niños. La Revolucion social, anunciada por la idea socialista, tenía otros intentos; no pretendia mover ó cambiar las superficies, sino remover, ó, segun hoy se dice, *revolucionar* el fondo.

El Socialismo ó la Revolucion social se distingue en esto profundamente de la revolucion política, propiamente dicha; mira las entrañas mismas de la sociedad. La revolucion vulgar, ó simplemente política, se mueve sólo en las superficies sociales; marcha sobre las ruinas de los gobiernos abatidos por el brazo popular; derrumba un

trono y despues otro; arroja una dinastía y otra luégo; crea una república, y otra más tarde; improvisa un Código fundamental; juega, si puedo decirlo así, con el polvo de todas las demoliciones, ora sean de tronos y de Constituciones, ora de gobiernos y de legislaciones; exáltase y embriágase de ambicion ó entusiasmo, en medio de las peripecias que cambian y vuelven á cambiar perpétuamente la escena del mundo político; escena, en efecto, eternamente mudable, donde los actores pasan y vuelven á pasar, desempeñando y volviendo á desempeñar un papel tanto más maldito cuanto fué ayer más celebrado; estériles papeles de un dia, cuya más ordinaria consecuencia es gastar á los que los representan al contacto de los hombres ó de las cosas, y hacerles caer de la escena, despojados de su prestigio, y frecuentemente cubiertos con el desden popular, semejantes á los actores desesperados que huyen del teatro donde acaban de faltar á su cometido...

Así marcha, en el flujo y reflujo de la opinion y de los acontecimientos, el genio

de la revolucion política, dejando frecuentemente tras sí ruinas regadas con sangre.

Mas despues que pasan estas monarquías y estas repúblicas, estas Constituciones y estas legislaciones, estos Reyes y estos Emperadores, estos presidentes y estos dictadores, estos ministros y estos legisladores; tras todos estos golpes de fuerza ó Estado, verdaderamente teatrales, que cambian y vuelven á cambiar la escena visible donde la Revolucion, hace ya mucho tiempo, no permite que dure ningun gobierno, ninguna Constitucion y ningun hombre; tras lo que yo llamaria el *fenómeno político*, subsiste una cosa siempre: la *sociedad*; la sociedad, de continuo la misma en su fondo sustancial, inalterable, por encima de la que pasa, sin poder llegar á él, la ola de las revoluciones políticas; la sociedad, con sus ruedas de hoy, más ó menos diferentes de las de ayer, pero con sus condiciones permanentes de vida; la sociedad, con su equilibrio necesario de autoridad y libertad, de movimiento y estabilidad; la sociedad, en fin, con estas tres grandes co-

sas que no se pueden destruir sin que muera: la Familia, la Religion y la Propiedad.

Hé aquí por qué, tras tantas ruinas acumuladas y tras tantas victorias conseguidas, el genio revolucionario no estuvo todavía contento. Advirtió que con sus esfuerzos de gigante, aún despues de sus triunfos inmensos, sólo habia hecho, en suma, una obra que llamaré de superficie. Sus ilusiones de gobiernos más ó menos constitucionales ó representativos, más ó menos monárquicos ó republicanos, cayeron bajo las ruinas amontonadas por el mismo; sintió el desencanto de las revoluciones políticas, cuyo resultado más comun era siempre el reposo de ménos y la miseria de más.

Entónces dijo el genio de la Revolucion: «Iré más léjos y penetraré mucho más; ahondaré hasta en los fundamentos primordiales de esta sociedad, que, despues de tantas modificaciones, hallo poco más ó ménos la misma siempre, con sus vicios seculares, con sus incurables abusos y con sus tiranías que renacen eternamente; llegaré hasta su corazon, hasta sus fibras más

profundas, y hasta las fuentes mismas de su vitalidad. Encontraré allí el verdadero principio *vital* de las sociedades humanas, forzándole á entrar, de buen ó mal grado, en las realidades de la historia. No me contentaré con *reformular* á esta sociedad corrompida y desorganizada: ¡la *transformaré!*»

Así, á la idea de la *reforma* sucedió rápidamente la de la *transformacion*. Empero, ni áun *transformar* las condiciones de la vida social, en el sentido aceptable de la frase, bastábale al «radicalismo» de la idea socialista. Sin duda la *transformacion* era un progreso sobre la *reforma*, por ser una evolucion más grande que la idea reformadora; mas no era la evolucion completa, ni la palabra última del pensamiento socialista. Para el socialismo radical, ó, si quereis, para el *radicalismo* Socialista, no era bastante *transformar*, y necesitaba destruir: en su mente sincera equivalia la *transformacion* á la *destruccion*.

El Socialismo habia contemplado el fondo del cuerpo social; habíalo ahondado, inquirido y disecado de todas maneras; habia

dicho, mostrándolo con desden supremo: *¡Putrefaccion!* Perezca el cadáver, y que de sus restos pulverizados salga, rehecho por nuestras manos, el verdadero cuerpo social. Había visitado en todos sentidos el edificio aún enhiesto de la sociedad pasada y presente, diciendo: «Bien lo veis; el edificio está mal hecho y es preciso rehacerlo desde la base hasta su cima. Está mal construida la casa del hombre; no se debe apuntalar, sino destruir. No, no; no es tiempo de reformas, ni de transformaciones; ha llegado el de la *demolicion*. Que caiga, en su virtud, la vieja Babilonia social, y, si es menester, que de sus ruinas, fecundadas por la sangre, brote la Jerusalem brillante de la nueva sociedad. Su reforma social era la ilusion de nuestros padres; la transformacion era tambien su ilusion noble, pero loca, por ensayarse un imposible que habia de conducir á la nada. No se debe reformar una ruina, ni tampoco transformarse; hay un edificio que demoler y otro que construir. Hé aquí, por consiguiente, lo que haré armado con el brazo popular: *destruiré*, y sobre las ruinas del

edificio del pasado construiré yo el del porvenir.»

Así llegaba la idea del socialista, en su marcha lógica é irresistible como la fatalidad, á su término definitivo. Dijo primero: «Yo *reformaré*;» dijo seguidamente: «Yo *transformaré*;» dijo por fin: «Yo *destruiré*, abatiré y demoleré.» En el principio, la reforma, con todas las seducciones de la unidad y de la armonía social; en medio, la trasformacion con las promesas de una renovacion y la esperanza de su «remozamiento» social; finalmente, la destruccion, con todas las amenazas de la anarquía y de la muerte social.

Imposible ya en adelante ninguna ilusion acerca del particular. Los reformadores se han convertido en transformadores, y vienen á ser destructores; esto con frialdad, es decir, teóricamente, y, bien podemos decirlo, dogmáticamente, porque la destruccion radical ó la extirpacion del presente orden social entra como doctrina en el *Syllabus* de la idea socialista, que es la idea de la Revolucion á su más alta potencia elevada.

El Socialismo viviente, personificado en sus verdaderos representantes, dejó ya de ser un misterio; no puede decir que le calumnia quien reproduce sus mismas fórmulas. Ahora bien; él es, él mismo, quien grita muy en alta voz á todos los vientos del siglo: «La sociedad actual debe perecer, y debe salir de sus ruinas un orden de cosas nuevo.»

Los primeros Profetas y los primeros predicadores de la idea socialista esperaban que haríase aceptar la propia idea por sí misma, y que la humanidad le abriría espontáneamente su alma, como abre sus ojos á los rayos del sol. Sus discípulos han hecho ir mucho más allá el programa de los maestros; han prescindido ya de la revolución ideal; si la idea sola, difundida por la palabra, no consigue pronto realizar sus aspiraciones, quieren que la fuerza auxilie á la idea, y que la violencia, haciéndola entrar en los hechos, precipite su advenimiento y su triunfo definitivos.

Tal aparece hoy, Señores, en su evolución última, la idea socialista: es la des-

truccion social. Con su programa en la mano, colócase ante nosotros, pidiendo que se acepte y se realice su reinado, que proclama desde ahora inevitable. Intima, y no con intimacion respetuosa, á la sociedad viviente, que se deje deshacer, y luégo rehacer á gusto de este genio malo, que puede destruirlo todo, pero que no puede crear nada. Así, ved cómo esta doctrina—en cuanto puede recibir nombre de tal—en el principio tan humanitaria, tan pacífica y tan fraternal, que se anunciaba como un nuevo Evangelio de paz, de libertad y de fraternidad, habla resueltamente de guerra, de matanza, y, en fin, de destruccion. Dice que, de buen ó mal grado, la idea socialista debe pasar; aunque tenga, para conseguir el trono á que aspira, que pasar sobre ruinas y sobre cadáveres, pasará sobre ruinas y sobre cadáveres: las hecatombes humanas, si es preciso, vendrán á ser como la inauguracion sangrienta del orden social novísimo.

Y ¡cosa creible apenas! osa él asimilar esta obra de social destruccion á la obra de

Cristo reformador y trasformador del mundo. Sí; la era novísima que se pretende abrir ante nosotros equipárase á la trasformacion, mejor diré, á la restauracion social realizada por el Cristianismo. ¡Como si pudiera existir algo más opuesto de todo punto á la gran trasformacion realizada por la idea cristiana que la trasformacion soñada y anunciada por los profetas de la idea socialista! ¡Como si una Revolucion realizada por la fuerza y la violencia pudiese compararse jamás con la restauracion conducida por el amor y el sacrificio á término feliz!

¡Oh novadores! ¡Oh Reformadores tales, que jamás vió la tierra otros parecidos! ¡Cómo! ¿Os atreveis á comparar vuestra obra de agresion, rebeldía y demolicion á la gran obra de Cristo, Reformador y Libertador? ¡Verdaderamente sois osados! ¡Ah! Olvidais que Jesucristo nada combatió por la violencia ni destruyó por la fuerza. Olvidais que su celeste sabiduría se contentó con infundir la verdad en las almas y el amor en los corazones, como el cultivador echa la simiente en el surco. Olvidais que la ver-

dad y el amor realizaron su obra en la humanidad, como la sávia en la tierra, como la sangre en la venas, como la electricidad en toda la naturaleza, es decir, en un silencio misterioso, con una fuerza llena de dulzura, pero con eficacia infalible. Olvidais que si Jesus maldijo al opulento malvado, esto es, á la riqueza que abusa de sí misma, sin amor, sin compasion, sin entrañas y sin corazon, jamás soñó en conducir al pobre contra el rico, limitándose á poner entre ambos la dulce y poderosa medianera de la caridad. Olvidais que, si bien hizo caer del brazo de innumerables esclavos las cadenas de innumerables servidumbres, jamás provocó entre los siervos y sus señores una guerra fratricida, y que, segun su doctrina iba entrando en el alma de sus propietarios, sin violencias ni sacudidas, los hierros caian por sí propios de los brazos de los esclavos manumitidos por el afecto, como el fruto madurado por el sol cae del árbol en su hora y á su tiempo. Olvidais, en fin, que si el Reformador del cielo vino efectivamente á establecer una socie-

dad nueva, su obra era una creacion y no una destruccion; que se propuso engrandecer áun la sociedad de los cuerpos, creando el reinado de las almas, y que, léjos de fomentar el fuego de los ódios y de las envidias sociales, vino á restablecer, ó mejor, á fundar el reinado del amor y del sacrificio social.

Así, Señores, nada demuestra mejor la oposicion absoluta que hay entre el Cristianismo y el Socialismo, como el término á que la idea socialista ha llegado entre nosotros, revelándose y proclamándose á sí propia como la idea de la *destruccion social*.

Ciertamente, Señores, no digo que todos los hombres alistados bajo la bandera del Socialismo contemporáneo formulan con tanta claridad, y tan resueltamente adoptan el programa de la destruccion y de la demolicion. Bajo todas las enseñanzas hay hombres que no ven ni alcanzan á dónde los conducen los jefes cuya palabra de orden aceptan. Hombres de bien, engañados por perversos; amantes apasionados del bien, pero perdidos en el gran ejército del mal,

:

Admito estas excepciones, siempre posibles y probables: ¿de qué serviría negarlas? Mas sostengo que la idea del Socialismo militante es á la hora presente la manifestada: sí; el Socialismo contemporáneo ha planteado el problema que remueve al mundo en el momento actual: *¿Cómo hacer para echar por tierra, lo más completa y prontamente posible, este viejo edificio de la sociedad que cruje por todas partes? ¿Y cómo hacerlo, despues de la destruccion, para que surja de sus ruinas el edificio de la sociedad nueva?*

¡Sí! ¡Tal es el problema cuya solucion pretende hallar el Socialismo, aunque sea en rios de sangre y bajo montones de cadáveres!

Mas esta sociedad, por agusanada que se proclame, tiene aún fuertes bases, tan antiguas como el género humano.

La *propiedad*, que es su base material.

La *familia*, que es su base humana.

La *Religion*, que es su base divina.

Hé aquí por qué la marcha lógica de la idea socialista empújala como una fatali-

dad, no sólo á la reforma ó á la trasformacion, sino á la ruina y á la destruccion de dichas tres cosas, sobre las cuales descansa toda la sociedad: la Religion, la familia y la propiedad. Es lo que me resta demostrar, para seguir y comprender en sus últimas consecuencias el alcance de la idea socialista.

II.

No obstante las negaciones insensatas de tantos ciegos de la época presente, no temo afirmarlo: sí; tal es el alcance horroroso de la idea socialista, empujada por una lógica invencible á sus últimas consecuencias: transformar radicalmente, ó sea *destruir por completo* estas cosas antiguas y permanentes como la misma sociedad: *la propiedad, la familia, la Religion*, y por este medio destruir todo nuestro mundo social, como un edificio sobre sus cimientos quebrantados y sobre sus columnas rotas.

Decid: ¿es ó no ésta la última palabra de la idea socialista, á su conclusion final llegada? ¿Es ó no verdad que el Socialismo eleva contra dichas tres cosas su protesta pública? Denunciándoos la idea socialista como esencialmente hostil á la propiedad, á la familia, y á la Religion sobre todo, ¿somos calumniadores que inventan el mal por el placer de atacarle, ó delirantes que toman fantasmas por la realidad? No, mil veces no; no tenemos ningun deseo de crear el mal por el gusto de denunciarle, ó evocar espectros, rojos ó negros, por el pobre placer de amedrentaros. Con todo, paréceme oír que algunos hombres gustosamente dirian aquí: «¡Calumnia ó quimera! Quimera, si creéis lo que decís; calumnia, si no lo pensais.» No, dicen, no; no queremos destruir la propiedad, ni la familia, ni la Religion.

¡Ah! Me consta: no todos los hombres teóricos del Socialismo se atreven á mostrarle bajo dichas fórmulas extremas, donde la excentricidad de la idea excede á la brutalidad de la frase. Sobre todo, los que conservan aún, con sus últimas ilusiones,

un resto de pudor, claman contra las que denominan nuestras calumnias y nuestras exageraciones. «¡Cómo! ¿Destruir? dicen; no, no; nosotros no queremos destruir, sino *transformar*.» Sí; quieren transformar la propiedad, la familia y la Religión: ¡quieren transformar el mismo Dios...!

¡Oh prodigiosos transformadores! ¿Cuándo, pues, en fin, lo habreis transformado todo? ¡Ah! ¡Os comprendemos ahora! Un día, confiados, demasiadamente confiados en la buena fé que plácenos hallar en todas partes, pudimos sufrir la fascinación de vuestras fórmulas seductoras; comprendido el misterio que se nos ha revelado con sinietras claridades, ya lo conocemos ahora con ciencia perfecta, y lo afirmamos con invencible certidumbre. En vuestros hermosos discursos y en vuestros hermosos libros, transformación quiere decir *destrucción*. Sea lo que sea de vuestras reticencias y de vuestras reservas personales, las muchedumbres que os escuchan y siguen no lo entienden de otra manera. Más consecuentes y sinceras que vosotros mismos, gritan con una

voz siniestra y amenazadora: ¡*Abajo la sociedad! Para concluir con ella es preciso concluir con la Religion, la familia y la propiedad.*

Sí, Señores; la idea socialista ataca la *propiedad*; la propiedad, es decir, la soberanía individual sobre el campo, sobre la casa, sobre el capital y sobre la herencia, tan justamente llamada *dominio*; la propiedad, es decir, en el orden comun, el fruto del trabajo personal y el fruto del sacrificio de los mayores; la propiedad, que ultima la independencia del hombre y hace del propietario un rey en su imperio, por restringido que sea; la propiedad, siempre y en todas partes protegida bajo el triple broquel de la naturaleza, de la justicia y de la religion; la propiedad, base material de la sociedad, sin la que aún ésta se desvanecería; la propiedad, por la que apégase la familia á la tierra natal como el árbol al suelo por sus raíces; la propiedad, siempre reputada santamente inviolable donde quiera, en los pueblos que guardaron el honor de la civilizacion; la propiedad, que todas las socie-

dades han admitido, aunque parecian á veces negarla, y que proclamaban, áun violándola; la propiedad, en fin, que todos reconocen y practican tan bien, que la menor violencia de sus derechos os produciria remordimientos que únicamente podriais extinguir por la reparacion. ¡Hé aquí la propiedad!

¿Y quién podria desconocer esta cosa tan legítima, tradicional y sagrada entre los hombres? En plena civilizacion, despues de la sancion universal y secular de todas las escuelas, de todas las filosofías, de todas las magistraturas, de todos los gobiernos y de todas las religiones, ¿cómo creer que séres civilizados vienen, á la luz de la publicidad, á desconocer la verdad de sus títulos y la santidad de sus derechos?

¡Ah, Señores! No debe atacarse á la propiedad, sino defenderse; no debe suprimirse, sino propagarse. Hacer, en el mayor número posible de séres humanos, por vías legítimas, el complemento exterior de la realza del hombre y de la independenciam de la familia, sería, bajo este punto de vista

cuando ménos, elevar no poco el nivel general de la humanidad contemporánea. Sí; que *todos*, por el trabajo, por la perseverancia, por el ahorro y por la virtud suban, si pueden, hasta la soberanía que da la propiedad al hombre. No seremos nosotros los que queramos elevar aquí, ante nuestros hermanos los proletarios, una barrera insuperable; no seremos nosotros los que les digamos con desden orgulloso: «¡Tú no tienes derecho á poseer, y no poseerás!» No; nunca pronunciaremos esta palabra, tan incompatible con la fraternidad. ¡Ah! La ambición de poseer algo, aunque sólo sea una particilla de la tierra, para fecundarla con el sudor y convertirla en la herencia de una posteridad enriquecida por el trabajo y el sacrificio personal, es una legítima y noble ambición; es también uno de los signos que distinguieron siempre la vida de los pueblos civilizados de la de los pueblos salvajes.

Mas, bajo el pretexto hipócrita de que puede abusarse y de que se abusa en efecto de la propiedad, atreverse á intentar des-

truiria, ¡qué aberracion tan extraña! Bajo el pretexto insensato de enriquecer á todos, incluso los perezosos, los holgazanes, los disipadores, y, osémoslo decir, los *comedores* de profesion, venir á demandar la cancelacion de todos los derechos y de todos los actos que lleven el sello de la justicia; venir á pronunciar, delante de todos los hambrientos del mundo, esta palabra verdaderamente salvaje: *la propiedad es el robo*, hé aquí, no sólo un error, sino un crimen y un atentado público contra la sociedad viviente, por quebrantar cuanto es posible la base *material* que sostiene el edificio del orden social.

Ahora bien: en vano lo quisiéramos callar; el hecho es exacto, palpable, público; resuena de un extremo al otro del orbe, con un estruendo que parece presagiar la cercanía de las tempestades sociales. Sí: el Socialismo, ó, si quereis, la *idea* socialista, única cosa que considero en este momento, ataca la propiedad individual, proclamándola una usurpacion, una injusticia, y, en fin, un *robo*. Bajo cien fórmulas diversas,

el mismo pensamiento se patentiza, y no consigue disimularse siquiera. Según los predicadores de un derecho nuevo y de una justicia que no conocían las naciones, el propietario es un detentador injusto, compelido por el derecho á la restitución; el proletario desheredado de los bienes de la tierra es un dueño ultrajado en sus derechos, que viene á reivindicar, en nombre mismo de la justicia, su parte de la herencia común.

De ahí las fórmulas célebres, llenas de amenazas y preñadas de tempestades: *Reivindicación popular, liquidación social*. De ahí, además, el soberbio desden que al pobre, instruido por tales predicaciones, inspira el propio beneficio de la caridad, afectando no ver en ella un don ofrecido por afecto, sino un principio de satisfacción dado á la justicia; especie de *á buena cuenta preliminar*, que aguarda la hora que se aproxima del saldo *íntegro*.

Así, las doctrinas del Socialismo atacan verdaderamente la propiedad.

Sin embargo, á creer á los predicadores

de la flamante justicia y á los apóstoles del nuevo derecho, no quieren destruir la propiedad, sino trasformarla : ¡á lo más, trasformarla! «¡Eufemismo» encantador! ¡Trasformar la propiedad! ¡Milagro asombroso, que promete realizar el nuevo taumaturgo que se llama el Socialismo...!

¿En qué consiste, pensais vosotros, esta milagrosa trasformacion de la propiedad? ¡Oid, oid! El milagro es tan sencillo como posible. *Despojar* á todos los propietarios, á fin de constituir un solo y único propietario; aún es un bien que la tierra sea poseida por alguno. Este despojo legal no será, sin duda, la obra de un dia; se hará poco á poco, lentamente, pero con seguridad. ¿Quién será este propietario investido con el derecho de toda la propiedad, y cubierto con el manto de toda la riqueza? El Estado, el dios Estado; el Estado, que hoy puede ser un hombre de bien, y que mañana puede ser un malvado. Este dios Estado, cuya omnipotencia sábios indiscretos procuran diariamente aumentar, multiplicando sus adoradores, será el único posee-

dor y el único propietario. El Estado lo poseerá todo; el Estado lo beneficiará todo; será el centro, el origen y el fin de todo; en este universal dominio, en que el Estado lo posee todo, y en este inmenso arsenal, en que el Estado lo produce, ó á lo ménos lo inspira y hácelo ejecutar todo, la sociedad es una *colmena humana*; en esta colmena, vasta como el mundo, cada hombre queda reducido, segun la hermosa frase de un autor, *á las proporciones de una abeja*.

Tal es la obra maestra imaginada por la idea socialista; tal es el sueño de la universal propiedad y de la nivelacion universal. ¡No más iniciativa ni responsabilidad individual; no más libertad ni realeza humana; no más base material de la sociedad doméstica, ni áun de la sociedad pública; derecho de todos y de nadie! ¡La universal servidumbre delante del universal despotismo...!

Tal se presenta el prodigio de la transformacion de la propiedad que ahora promete á las generaciones del porvenir la idea socialista.

Sin duda, Señores, no todos los que levantan en medio de nosotros la bandera del despojo legal, llevan hasta este comunismo absoluto su ideal social; mas todos en realidad tienden á él, invistiendo á su dios Estado con el derecho de disminuir ó agrandar, hacer ó deshacer, bajo la apariencia de cuotas en pró de los pobres, ó de impuestos sobre los ricos, la propiedad individual. Lo que cáusame aquí cierta estupefacción es ver en algunos hombres, interesados como ninguno en mantener este principio conservador, ignoro qué complicidad pública ó secreta con esta idea eminentemente antisocial. ¿Cuándo comprenderán tales extraños conservadores la última razón que podrian entender, ó sea la de su interés más vulgar y grosero? ¿Cuándo comprenderán que intentar destruir una cosa consagrada por todos los siglos, y sancionada por todos los pueblos, es conmover, no sólo las bases antiguas de la sociedad, sino tambien de su propia familia? ¿Cuándo comprenderán que lo amenazado por las doctrinas que á sí propias se llaman socia-

les, no es solamente la pátria, sino el hogar; no sólo el suelo que sostiene la nacion, sino el que sostiene la familia? ¿Cuándo comprenderán que quizás en alguna ocasion, si no salen de su apatía, no tendrán que correr á la frontera sólo para detener la invasion de la pátria amenazada por el extranjero, sino que tambien deberán estar en pié, armados de punta en blanco, en el umbral de su casa, con el fin de contener la invasion del hogar amenazado por el enemigo interior? ¿Cuándo, en fin, comprenderán lo evidente como el brillo del sol, á saber, que la propia doctrina que ataca la propiedad, base *material* de las sociedades, ataca tambien á la familia, base *humana* de las mismas?

En efecto, Señores; el Socialismo, que combate la constitucion secular de la propiedad, ataca tambien la constitucion secular de la familia. ¡La familia! ¡Ah! Si hay en el mundo cosa digna de librarse de toda suerte de ataques, que por su propia institucion no necesita reforma ni trasformacion, es, sin disputa, la familia humana,

obra, no de creacion humana, sino divina; ¡el reflejo más hermoso de la sociedad divina, y el tipo más perfecto de la humana! ¿Quién hubiera nunca soñado que los hombres atacarian alguna vez su constitucion, á fin de llevar á ella tambien, bajo el nombre de reforma y de trasformacion, la ruina y la destruccion? Han venido, empero, los reformadores á todo trance, y han dicho: «La familia, tal como está fundada; la familia, tal como las sociedades y las religiones la consagraron de siglo en siglo; la familia, apoyada sobre sus antiguos fundamentos, nos resiste y nos resistirá siempre. Es preciso, por consiguiente, trasformarla: su constitucion orgánica contradice la constitucion social que preparamos á la humanidad, y que inauguraremos en el presente para el progreso de las sociedades del porvenir. ¡Abajo, por consecuencia, la familia secular! ¡Abajo, sobre todo, la familia contemporánea, consagrada por el Cristianismo!»

Lo que sería en ciertos sistemas socialistas esta trasformacion de la familia, ape-

nas es posible decirlo, y apenas podríais vosotros entenderlo. Socialistas célebres han hecho cuadros que no podría reproducir aquí sin maravillar vuestra razon y sin ofender vuestro pudor. Eran, bajo los nombres de *armonía familiar*, *libre seleccion* y *equilibrio pasional*, la consagracion legal de un libertinaje universal; eran el progreso de la familia pedido á cuanto existe más vergonzoso en sí y más antipático para ella. Corramos un velo discreto sobre tales degradaciones humanas, preconizadas como la ley del progreso social por los grandes maestros del Socialismo, y proscritas despues por una posteridad púdica, que se avergonzaba del oprobio paternal. Sólo diremos lo que la idea socialista ataca en todas partes y á toda luz en la familia; áun prescindiendo de las vergüenzas que pasamos en silencio, vais á ver lo que debe llegar á ser la familia, entregada como presa á las utopias de los trasformadores.

La idea socialista ataca, sobre todo, en la familia, con la propiedad, estas tres cosas que constituyen su honor, su fuerza y su

estabilidad. La *unidad*, la *indisolubilidad* y la *herencia*; por consiguiente, su permanencia y su perpetuidad.

Desde luégo ataca la unidad; la unidad en la trinidad. Un solo hombre, una sola mujer, y la familia entera saliendo del uno y de la otra; una sola vida brotando de dos fuentes que únicamente forman una; la unidad en la familia, como en todas partes, condicion esencial de la armonía, del orden, de la hermosura y de la felicidad. ¡Ah, Señores! ¡Quién lo creería! Esta unidad no place al socialista. Partidario acérrimo de las costumbres libres y de los libres amores, ama más la poligamia reconocida por el Alcorán, y practicada por los musulmanes, que la unidad conyugal encarecida por el Evangelio, y sancionada por la doctrina y por la práctica cristianas.

El Socialismo ataca la insolubilidad, es decir, la permanencia del lazo conyugal. Para él, la insolubilidad ante la Iglesia y el Estado es la consagración civil y religiosa de la servidumbre; es la confiscación teológica y legal de la libertad. Dos séres hu-

manos, encadenados uno al otro para siempre: hé aquí, sobre todo, lo que comprender no pueden los apóstoles de los libres amores. Lo que la Revolución consagra en la sociedad, el Socialismo pretende consagrarlo en la familia; la perpetuidad del cambio, la libertad indefinida del divorcio y de la separacion: en nombre de la naturaleza y del progreso, el Socialismo reivindica en alta voz la facultad verdaderamente revolucionaria en el marido de despedir á su mujer, y en la mujer de abandonar á su marido, poco más ó ménos como las naciones, relativamente á sus Monarcas y gobiernos; es decir, la revolucion permanente en la familia, como la revolucion permanente en la sociedad, y, por lo tanto, la supresion de la *herencia*.

La herencia, es decir, la tradicion del *patrimonio* en la familia; la herencia, garantía de la perpetuidad y de la permanencia de la sociedad doméstica; la herencia, fuera de la cual la familia, sin adherirse al pasado ni al porvenir, es únicamente, como el individuo, un fenómeno efimero que se

desvanece en el presente; esta herencia, que existe según el derecho del hombre y según el plan de Dios; que es la prolongación, á través del tiempo, del trabajo, de las mercedes y de los sacrificios paternos, es atacada realmente por el Socialismo, que niega su derecho. ¿Cómo, dice, la voluntad del moribundo puede transmitir más allá de la tumba del muerto un dominio á su posteridad? ¡Atrás este privilegio que asegura al hombre, convertido en cadáver, una soberanía póstuma que se opone á la condición de los muertos y confisca la libertad de los vivos!»

Así, el Socialismo ataca todos los principios conservadores de la familia; la idea que sopla en los espíritus quebranta todos los fundamentos de la sociedad doméstica, á fin de quebrantar mejor, con el mismo golpe, los fundamentos de la pública.

Por lo demás, para convencerse de la injuria que el Socialismo hace á la sociedad doméstica, no es preciso seguir á la idea socialista en su marcha destructora, bastando presenciar un momento el espectáculo de sus *prácticas*.

Mirad el fondo más íntimo de los hogares, donde reina soberana y prácticamente la idea socialista: ¡qué hogares, gran Dios! Y en aquellos hogares, ¡qué costumbres! ¡Capaces son de maravillar al propio paganismo! Libertinaje reconocido, consagrado por la doctrina, que no se da siquiera el velo de una sancion cualquiera religiosa, ni aún civil, patentizando una depravacion de la que no tiene siquiera la facultad de avergonzarse; ¡hasta tal punto la idea socialista, soplando á través de estos hogares, ha extinguido en ellos la llama de todas las santidades, haciendo caer en ignorancia qué fango el ideal de la perfeccion cristiana y aún el de la moral!

¡Ah! Comprendo que los hombres, predicando tales doctrinas y poniendo en práctica tales costumbres, muevan ruido sobre la transformacion de la familia; la *transforman*, en efecto, de manera extraña, porque hacen del santuario de todas las santas costumbres y de todas las virtudes un foco de todos los vicios y de todas las corrupciones.

Añado que trasforman esta escuela de fé y de Religion en una escuela de incredulidad y de impiedad, porque el Socialismo, que ataca á la propiedad y á la familia, ataca más aún á la Religion, el más firme apoyo de la una y de la otra.

Hay que trasformar, ó sea *destruir* en la humanidad la Religion, y no sólo *tal* religion en particular, sino la *Religion*, ó el comercio eficaz entre los hombres y Dios. Hé aquí el objetivo principal y supremo de la idea socialista: «¡No más Religion en la humanidad!» El objeto está marcado, y dada está la palabra de orden: bajo los nombres impopulares de «fanatismo, supersticion y clericalismo,» suprimir todas las religiones: hé aquí el ideal mostrado al mundo por el Socialismo, como el propio ideal del progreso. No sólo dice: «No más propiedad, no más familia, no más campo, no más hogar;» lanza tambien este grito furioso, que hasta hoy no habia retumbado en el mundo con tal estruendo: «No más Religion, no más altares, no más sacerdotes, no más templos, no más sacrificio, no

más culto, no más ceremonias, no más fiestas religiosas.»

Así vuelve á resonar, despues de diez y nueve siglos de Cristianismo y de civilizacion cristiana, esta palabra impía que tiene tres mil años de fecha: *Quiescere faciamus dies festos Dei a terra. Hagamos cesar sobre la tierra todas las fiestas de Dios.* Destruyamos los altares, arrasemos las iglesias, degollemos á los sacerdotes; una vez desaparecidos todos estos elementos de la vida religiosa, no habrá ya *religion*; el progreso saldrá de la ruina de todas las religiones.

Nunca se habia visto en la humanidad nada semejante, ni habia podido siquiera imaginarse. Esta pública tentativa de proscribir, en nombre del progreso, todas las religiones de la humanidad, es un fenómeno que nunca se manifestó en el Cristianismo, ni áun fuera de él. Esto es, en la historia del mundo humano, algo semejante al mónstruo en el mundo animal; esto es la monstruosidad del siglo XIX. Bajo este aspecto, nuestro siglo se presentará delante de la histo-

ria llevando en su frente la siguiente inscripción vergonzosa, que lo denunciará á los futuros, marcándolo con una señal que no podrá borrarse: «Yo, el siglo XIX, proclamé, por la voz de un millon de ateos, como la ley del progreso, la abolicion de todas las religiones.»

¡Cómo! La Religion, que se halla en la cuna de toda sociedad naciente, que se encuentra en el camino de toda sociedad que progresa, y que se descubre sobre todo resplandeciente con magnífico brillo en la sociedad que ha llegado á su mayor grandeza y perfeccion; la Religion, que un ilustre pagano proclamó como la fuerza *motrix* de todo, cuando dijo la frase asombrosa: *Omnia religione moventur; todo se mueve por la religion*; la Religion, que es, en efecto, para el mundo humano lo que la semilla para el vegetal, lo que la sangre para el animal, y lo que el calórico ó la electricidad para la naturaleza universal, es decir, una condicion de vida, de movimiento y de fecundidad; ¡cómo! esta celeste cosa que une la humanidad á Dios, que marca la más al-

ta cumbre de la vida humana, y que se halla en el fondo de lo que lo penetra, mueve y fecunda todo, ¿se intenta lanzar de la tierra y arrebatlarla al hombre?

¡Ah! diria yo aquí á estos «extirpadores» encarnizados: ¿por qué no arrancais á la naturaleza el calórico, á las plantas la semilla, y la sangre á nuestras venas? A la verdad, más fácilmente viviria el árbol sin la sávia, la planta sin la raíz, y el cuerpo sin la sangre que circula por las venas, que el alma del hombre sin religion. ¡Ah! ¡La religion, el sentimiento religioso, la necesidad de lo celeste, la pasion de lo divino, la indagacion del infinito! ¡Es la respiracion natural de la humanidad de todos los tiempos y de todos los siglos! Sí; el alma nuestra respira lo divino, como nuestro pecho el aire que le hace vivir, y gravita hácia el cielo, como el cuerpo hácia la tierra; así como una fuerza misteriosa, pero palpable, nos atrae hácia nuestro centro terrestre, una fuerza más misteriosa y más palpable aún, pero sobre todo más poderosa, nos atrae hácia nuestro centro celeste; adheridos corporalmente por

una cadena inquebrantable á los lazos del cuerpo, nos lanzamos espiritualmente, por un movimiento invencible, hácia el lazo de los espíritus, es decir, hácia lo inmortal y lo infinito.

¡Gran Dios! Hé aquí una idea que viene á salir al encuentro de tales aspiraciones, tendencias y necesidades invencibles de toda la humanidad; una idea que inscribe sobre su bandera la siguiente palabra ignominiosa: «No más Religion; no más comercio con Dios; no más Dios. Sólo el hombre, transformado por él mismo, ante sí mismo, en su religion y en su Dios.» ¡Qué prodigio de ceguedad y de aberracion!

¡Ah! ¿Cómo explicar semejante ceguedad? ¿Cómo entender semejante aberracion? ¿Por qué tal guerra sistemática contra la Religion? ¿A qué fin el ataque incesante contra la que es reputada condicion suprema de todo progreso? ¿Cuál es su crimen de lesa humanidad? ¿Por qué maldecirla, perseguirla y proscibirla? ¿Qué mal ha hecho? *Quid enim mali fecit?* ¡Ah! Que se abuse de la Religion, y que tal abuso de lo más san-

to que hay se convierta en lo peor, según el axioma célebre: *Corruptio optimi pessima*, lo comprendo; mas ¿cómo proscribir la Religion en sí misma, y sólo por ser la Religion? Nos hallamos aquí, al parecer, ante un misterio verdaderamente inexplicable.

Explícate, sin embargo, este antagonismo flagrante de la idea socialista con la religiosa. ¡Ah! Es que el Socialismo alcanza, por un instinto infalible, que en la Religion, y sobre todo en el Cristianismo, que es la Religion por excelencia, está el fundamento divino que lo sostiene todo en la humanidad; es que conoce que, en tanto no sea derruida, el edificio social no podrá ser nunca completamente derribado; es que advierte que la Religion, aún despojada de toda influencia directa en el orden político y social, es el postrer escudo que le impide pasar y conseguir su objeto; es que vislumbra que allí está la fuerza incomparable y suprema que se opone á sus designios; es que adivina que allí está la verdad, que rechaza todos sus errores; que allí está toda la santidad, que rechaza todas sus corrupciones;

que allí está toda la autoridad, que rechaza todas sus anarquías ; que allí, en una palabra, está la fuerza divina, que dice á la idea devastadora, como Dios al mar: «No pasarás de aquí:» *huc usque venies!*

CONCLUSION.

Por consiguiente, Señores, una vez para todas, dáos por advertidos. Existe una idea desastrosa que atraviesa el mundo nuevo: la *idea socialista*. Esta idea, que fué sólo en un principio la de la *reforma* social, y más tarde la de la *transformacion* social, ha venido á ser, en medio de nosotros, la idea de la *destruccion* social.

Y porque todo edificio social se apoya en estos tres fundamentos, la propiedad, la familia y la Religion, la idea socialista los ataca más ó ménos directamente.

Sí, Señores, y lo digo con verdad ; la idea socialista, ó el Socialismo considerado como idea, lleva á tal punto su agresion antiso-

cial; compadezco á los hombres del tiempo presente bastante ciegos para no ver lo que brilla, á toda mirada abierta, con espantosa claridad.

En vano (diré aquí á estos hombres, á los cuales nada parece instruirles ni conmoverles, sin excluir las realidades más terribles), en vano cerrais los ojos para no ver y los oídos para no oír: la agresión existe; es tan radical y formidable como lo puede ser, amenazando los fundamentos vitales de la sociedad. Sí, Señores; la tierra oscila bajo nuestros piés; se quebranta y extirpa el principio de la propiedad; quebrántanse hasta las paredes y amenázase hasta el umbral de vuestro hogar, combatiendo, con la unidad, la indisolubilidad y la herencia, los inmortales apoyos de la familia; se quebrantan, en fin, hasta los fundamentos de vuestra propia vida, ensayando destruir en vuestra alma la Religión, base celeste de la vida, de la familia y de la sociedad humana.

Por lo tanto, Señores, es preciso resistir; resistir faz á faz, por todas partes, siem-

pre, la idea socialista, es decir, la idea de la destrucción, del desastre y de la ruina. Léjos de vosotros la inmovilidad absurda, ó la abstención inconsiderada, que dejaría, cruzándoos de brazos, pasar el torrente que nos conduce al abismo, ó la resignación fatalista que se reduce á decir: «Nada se puede hacer; aceptemos nuestra suerte, aunque sea el despojo y el pillaje, por no decir el asesinato y la matanza.» ¡Atrás esta vergonzosa resignación, más digna de un sectario de Mahoma que de un discípulo del Hombre Dios! Es menester resistir; ¡os lo digo nuevamente!

Mas ¿cómo? ¿Cómo eficazmente resistir el ataque de la idea socialista? ¿Por la fuerza? ¿Por el hierro? ¿Por el acero? ¿Por las armas, en fin? ¡Quién sabe si algún día os vereis reducidos á tal extremo, dos veces lamentable! Mas este no es mi ministerio; ministerio de verdad, de paz y de amor. Os pido la resistencia doctrinal; defender cuanto ataca la idea socialista y afirmar cuanto niega; en una palabra, juntos resueltamente decir todos el *Credo* de la universal afir-

macion; no sólo decirlo, sino publicarlo y cantarlo á la faz de la idea socialista, que se resume en la negacion universal.

Un pueblo cristiano que dice y canta su Credo, que lo dice y canta entero y siempre, jamás será socialista.

Por consiguiente, que todos lo digan aquí; que toda la ciudad lo diga; que lo diga toda la Francia, y que lo diga el mundo entero: que el *syllabus* del error y de la negacion sea vencido por el *Credo* de la verdad y de la afirmacion; que la idea socialista sea para siempre ahogada en las almas por la idea católica, única verdaderamente social; y la sociedad, amenazada de perecer por el Socialismo, será salvada por el Cristianismo.

SEGUNDA CONFERENCIA

EL ODIO SOCIALISTA

ó

EL SOCIALISMO CONSIDERADO COMO PASION

LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF CHICAGO
1910

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
520 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637

SEGUNDA CONFERENCIA.

EL ÓDIO SOCIALISTA, Ó EL SOCIALISMO CONSIDERADO COMO PASION.

SEÑORES :

Hemos visto lo que es el Socialismo considerado como idea, y cuáles son las últimas consecuencias sociales de ésta.

En su aurora primera, es decir, en su aparición en nuestra sociedad moderna, la idea socialista, efectivamente radiante como una aurora, se anunció como la *reforma* social para la universal restauración de la ley de armonía. Más tarde, y á medida que adelantaba en su carrera, la idea de la reforma social se reveló como la de la *transformación* social, es decir, como la idea del cambio radical de las condiciones orgánicas de la sociedad, según habíanla conocido to-

:

das las edades. Y hoy, delante de la sociedad que no quiere que la trasformen, y que pretende vivir con su vida normal, la idea socialista ha venido á ser la idea de la *destruccion* social.

Tres cosas fundamentales y universales, tan antiguas como la propia sociedad, sostienen el edificio que se intenta destruir: la propiedad, que es como su base terrestre; la familia, que es como su base humana; la Religion, que es como su base divina. Por consiguiente, para que caiga el edificio, necesario es sacudir estos tres fundamentos; para obtener su triunfo definitivo, la idea debe pasar sobre las tres siguientes ruinas definitivas: ruina de la Religion, ruina de la familia, y ruina de la propiedad. Si ésta no es siempre la idea de cada uno de los que se alistan bajo el estandarte socialista, es la idea del ejército tomado en su conjunto, y sobre todo la idea de los jefes que marchan á la cabeza del mismo.

Mas, Señores, es necesario atreverse á reconocerlo, y sobre todo á decirlo: el Socialismo no es solamente una *idea* que se

propaga por todas las voces de la prensa; es asimismo una *pasión* que se inflama y se acoge por todos los alientos de la vida contemporánea. Así como existe una idea que os grita diariamente por las mil voces de la prensa socialista: «He juzgado la sociedad, y se debe rehacer,» existe una pasión que grita, con una voz más formidable aún, desde el fondo de millones de corazones: «Odio á la sociedad, y yo la destruiré.»

Así, lo que debemos ahora buscar en nuestro Socialismo viviente no son sólo teorías, opiniones, utopías más ó menos atrevidas y más ó menos extravagantes; son pasiones más ó menos inflamadas, más ó menos amenazadoras para la sociedad; son cóleras, envidias y principalmente ódios: es, sobre todo, el hecho grave, lamentable, flagrante y público que llamo el *odio social*; el odio social, llevado en ciertos hombres hasta el paroxismo y hasta una especie de locura furiosa y de maniática exaltación; estado verdaderamente mórbido, que domina cada vez más en las muchedumbres, y que un publicista llamaba bien hace poco la *enajenación re-*

volucionaria. Si este azote, esencialmente contagioso, sigue maltratándonos, podeis esperar ver abrirse pronto nuevos asilos para recibir á esta novísima especialidad de dolientes, reputados incurables: La *enajenacion revolucionaria*, es decir, la pasion socialista llevada á la locura. Afortunadamente, por grande que sea ya el mal, puede conjurarse todavía; mas ante todo es indispensable que sea conocido y revelado con toda claridad. El mal más peligroso, en todo género de cosas, es el oculto, el latente y el ignorado, que sigue sus asolamientos sordos en las profundidades de la vida. Por consecuencia, lo primero que se necesita para la curacion de un mal, si puede curarse todavía, es manifestarlo. Hé aquí lo que me propongo hacer de una manera particular en este discurso: quiero mostraros, en toda su espantable realidad, este mal contemporáneo que califico de *ódio social*, ó, para expresarme más exactamente, de *ódio socialista*. Quiero deciros:

1.º *Lo que es* este ódio socialista, y cuáles son sus elementos:

2.º *Cuál es el origen*, entre nosotros, del ódio socialista, y cuáles las causas de su aparición en nuestra sociedad viviente:

3.º *A qué tiende* este ódio socialista, es decir, qué se propone, y cuáles son en la sociedad sus objetivos principales.

Hé aquí, Señores, lo que quisiera explicaros con la mayor claridad. ¿Conseguiré mi objeto? Lo ignoro. Sea lo que sea, la contestación á dichas tres preguntas es el objeto del presente discurso.

Creedlo. Dilucidando asunto tan espinoso y candente, hago violencia grande á mi corazón, y triunfo de una repugnancia que comprendereis sin esfuerzo. A un corazón que ama cuéstale mucho hablar del ódio. Mas se puede hacer con amor, y tal es mi propósito.

¡Oh Dios del amor, de la paz y de la fraternidad! Poned en mi corazón la llama, y en mis labios el acento de vuestro amor: que todos mis hermanos, aquí presentes, oyendo mi palabra que les hablará hoy del odio, alcancen y sientan que el amor les habla, y que les habla con el propósito de hacerles bien.

I.

Desde luego, Señores, pregunto qué es esta cosa horrenda, designada por mí con el nombre de *odio socialista*.

Qué cosa sea el odio, es bastante más fácil comprenderlo que decirlo. Mas el odio socialista no es un odio cual los demás; hállese complicado espantosamente; es triple y uno á la vez; se compone á un tiempo mismo del odio al *hombre*, del odio á la *sociedad* y del odio á *Dios*. Hé aquí lo que trasforma este odio en un sentimiento que á ninguno se asemeja, y que constituye un fenómeno peculiar del tiempo presente. Por léjos que se lleven las miradas hácia todos los horizontes de la historia, no se consigue descubrir el odio social segun manifiéstase á la luz de nuestro siglo, ó á lo ménos con las proporciones é intensidad que nos vemos forzados á reconocerle hoy; lo desconocido de todo punto, en los tiempos anti-

guos como en los nuevos, es la presente horrible complicacion del ódio al hombre, del ódio á la sociedad y del ódio á Dios.

Para rendirse cuenta bien uno de tan extraño fenómeno, es preciso comprender lo que es el ódio al hombre, lo que es particularmente el ódio á la *sociedad* ó al órden social, y sobre todo lo que es el ódio á *Dios*, que constituye el fondo del ódio socialista.

Confieso que aquí más que nunca me juzgo inferior á mi tésis; me siento impotente para expresar, porque me siento impotente para decir lo que hay en el fondo de cosa tan espantable; mas me considero feliz y me felicito de mi propia impotencia.

Procurémoslo, sin embargo; desde ahora procuremos decir lo que es el *ódio*, áun cuando su objeto es *el hombre* solamente.

Si únicamente se tratára de dar una definicion filosófica y metafísica del ódio, podría contentarme con decirnos que sólo es *la desviacion de nuestro amor*. El amor es el fondo del corazon humano, y el corazon humano entero; el ódio es la desviacion del amor; es nuestro amor huyendo del objeto

odiado, ó volviéndose contra lo que le hiere ó piensa que le hiere: esto explica por qué los grandes amores engendran ódios grandes como ellos.

Lo que aguardais, y lo que debo daros aquí, no es una noción abstracta, sino concreta, del ódio; lo que quereis no es una definicion solamente, sino una pintura, un cuadro, una especie de fotografía de tan espantosa realidad.

Mas, Señores, ¿os pintaré yo el ódio tal como es? ¿Lo podré hacer yo que, gracias al cielo, nunca he podido odiar á nadie? Empero, si nunca he conocido el ódio en mí, lo he hallado fuera de mí; he visto el color bermejo de sus ojos y el estremecimiento de sus lábios; héle oido hablar y obrar. Y vosotros, Señores, ¿no habeis visto por ventura el ódio...? Y si lo habeis visto, ¿hay precision de pintároslo...?

¡El ódio es *ciego*, es *sordo* y es *insensato*! No ve, ni oye, ni siente nada sino á sí mismo; nada, sino los negros pensamientos que amontona en su alma, y los sentimientos afrentosos de que llena su corazon.

¡El ódio es *injusto!* Desconoce, desnaturaliza y altera. Para él, la prudencia es sólo la malicia, la franqueza es sólo la insolencia, y la reserva es sólo la hipocresía; el apostolado es sólo la ambición; la dignidad es sólo el orgullo; el heroísmo del que se sacrifica es sólo un cálculo egoísta, porque, según la expresión de un poeta,

Dans un objet haï, «tout» devient haïssable (1).

¡El ódio es *malvado!* No sólo altera; denigra, detracta, miente y calumnia: no sólo contempla el mal que se figura ver, sino que supone además el que no ve: crea el mal á fin de odiar mejor, y se nutre así del horrible alimento que saca de sí propio.

¡El ódio es *ingrato!* Sobre olvidar el beneficio, encarnízase contra el bienhechor, hiriendo al mismo amor con su traición. El ódio es Saul; Saul, sometido al espíritu del mal; Saul, armado por sus negras envidias contra su propio libertador; Saul, arrojando

(1) Todo es, en un objeto que odia, odiable.

su lanza contra David, á fin de pegar al muro al vencedor de Goliat y al salvador de la pátria.

¡El ódio es *cruel!* Hacer el mal es su vida, y destruir su ventura; el colmo de su alegría es que se conozca el mal que ha querido hacer. «Ve, dice, *que muera, y que sepa, muriendo, que soy yo quien lo maté.*»

El ódio es fraticida. Quiere la matanza, y siempre la matanza; la ruina, y siempre la ruina; la sangre, y siempre la sangre: hé aquí su triunfo supremo, si vosotros lo quereis saber: aplastar á su enemigo bajo las ruinas de su dicha, y vivir, ó mejor perecer sobre las ruinas por él amontonadas.

La voz más elocuente del ódio, si quereis oirla, está en el siguiente grito de los romanos, engrandecido por el genio de un gran poeta nacional:

*Voir le dernier Romain à son dernier soupír
Moi seule en être cause, et mourir de plaisir* (1)!

¡Ah, Señores! ¿No comprendéis que este

(1) Ver al postrer Romano y su aliento postrer; Causar solo su muerte, y morir de placer.

ódio, con cuanto es capaz de concebir y de hacer para satisfacerse, es en el hombre algo de Satanás, y algo del infierno sobre la tierra?

Aquí está, en efecto, la parte satánica de nuestra vida, como el amor es su lado divino, porque Dios es amor. Los ódios profundos, sin excepcion, llevan este carácter de Satanás, y encierran en sí mismos, en los corazones que llenan, cuanto distingue á Luzbel: las envidias, las cóleras, las venganzas, los pensamientos siniestros, las negras maquinaciones y los afrentosos sentimientos que no puedo pintaros con toda su verdad espantosa, pero cuyas explosiones frenéticas habeis podido ver algunas veces, como habeis podido oir sus gritos salvajes; sentimientos verdaderamente satánicos, que hacen como un principio del infierno en el corazon humano, donde podria hacer un comienzo del paraiso el amor puro y ordenado... Dejadme, pues, arrojaros, al pasar, este grito de un corazon que os ama y sólo quiere vuestro bien: Preservaos del ódio, por ser una serpiente que hiere cuantos corazones penetra, matándolos más ó ménos

con sus tósigos. El ódio, en fin, es el mayor mal del hombre; el ódio, y su hijo primogénito el egoísmo, es para el hombre sobre la tierra un aprendizaje del infierno, por cuanto el infierno es sólo el eterno egoísmo y el ódio eterno.

Mas lo dije ya; el ódio socialista no es solamente el ódio al hombre, sino tambien á la sociedad. Ahora bien; si el ódio es el mal del hombre, constituye sobre todo el mal de la sociedad; mucho más horrible y más satánico aún que el visto hasta aquí es el que propiamente se llama el *odio social*.

¡Ah! El ódio es el disolvente de la vida social y el *antagonismo de la sociedad*. No existe, pues, nada tan incompatible con la vida, y mayormente con el progreso social, como el ódio en la sociedad, es decir, el ódio entre las partes que componen este conjunto armónico que se llama el orden social. Acercad, en efecto, estas dos cosas que se rechazan: la vida social y el ódio; ¿no veis cómo existe la oposicion en todas partes?

La vida social es el orden; el ódio es el desorden.

La vida social es la union; el ódio es la division.

La vida social es la fecundidad; el ódio es la esterilidad.

La vida social es la produccion; el ódio es la destruccion.

La vida social es el progreso; el ódio es la decadencia.

La vida social es la civilizacion; el ódio es la barbarie.

Así, con este mal espantoso en el corazón de la sociedad, haced, si podeis, un pueblo dichoso, un pueblo grande, un pueblo progresivo. ¡Ah! Podríais multiplicar en medio de vosotros los milagros del genio, del arte, de la elocuencia, de la ciencia, de la industria, de la riqueza, de la política, de la diplomacia, de la paz ó de la guerra; con el ódio en el corazón de los pueblos, entre los ricos y los pobres, entre los grandes y los pequeños, nada os podrá salvar. No; no os salvará el genio, ni os salvará la ciencia, ni os salvará la elocuencia, ni os salvará la industria, ni os salvará la riqueza, ni os salvará la política, ni os sal-

vará la paz, ni os salvará la guerra. Aun cuando seais Ciceron por la elocuencia, César por la conquista, Pompeyo por el triunfo, Lúculo por la riqueza, no podreis salvar una sociedad amenazada de morir del mal íntimo que la devora.

¡Ah! Miéntras el ódio está en las almas, el mal está en el corazon de la sociedad. El ódio social es el mal de corazon de las sociedades. Ahora bien: para éstas, lo mismo que para los hombres, cuando el mal gana el corazon, y está en el corazon mismo, la vida encuéntrase amenazada, y está cerca la muerte de contínuo. Aunque viva hoy y aunque pueda tener la seguridad de vivir mañana, la sociedad está enferma, inquieta, triste y desolada. Una inmensa enfermedad la domina por completo; con su mal en el corazon, se trasforma en una especie de enfermo. Nada, en efecto, mejor que este ódio asemeja la sociedad de los hombres á la de los demonios, porque, pregunto: ésta, ¿qué es sino el ódio, más ódio, y ódio eternamente?

Así obra el ódio con el egoismo que pro-

duce. En la sociedad, como en el hombre, el odio lo paraliza y devora todo; despues que lo ha devorado todo, devórase á sí mismo, mostrando por las ruinas que amontona y el caos que produce, que es lo dicho por nosotros, ó sea un infierno en la sociedad, como es un infierno en el hombre.

Mas lo que completa en el odio socialista su carácter satánico es el odio directo á la Religion y á lo divino: en una palabra, el odio á Dios. Nunca el hombre se parece más á Luzbel, y nunca la sociedad se parece más al infierno, como cuando estalla, en estos odios del hombre y de la sociedad, ya tan espantosamente complicados, el fenómeno del odio á Dios. Ahora bien; en vano quisiéramos callar esta verdad tan actual como espantosa: el odio socialista lleva en su fondo más íntimo el odio á lo divino: ¡el odio á Dios! La Revolucion y el Socialismo han hecho confesiones demasiado públicas y manifestaciones demasiado brillantes para que podamos en este asunto conservar siquiera una ilusion.

Oid lo que recientemente decia en me-

dio de vosotros un revolucionario sincero como pocos: «La Revolucion, en su esencia, no es liberal, ni democrática, ni republicana... La Revolucion es *anticlerical*, ó, dicho en otros términos, *antireligiosa*. En el sentido actual de la palabra, la Revolucion es *impía*; es el reinado de la libertad humana enfrente de la autoridad divina.»

Así, el Socialismo, hablando por la voz de sus propios defensores, cuando se atreve á decir su palabra última, y á mostrar todo el fondo de su corazon, no retrocede ni áun delante de la fórmula célebre de José de Maistre: *La Revolucion es satánica*.

Yo mismo, Señores, en una época en que podia suponer algun valor la proclamacion, osé decir desde las alturas de la cátedra de Nuestra Señora de París: *La Revolucion es Satanás en la humanidad*. ¿Y qué cosa es el Socialismo sino la Revolucion concluida, y á su potencia última elevada? El odio á lo divino y la repulsion de Dios constituye, por lo tanto, el fondo del Socialismo; es su alma y su respiracion, porque todo verdadero socialista lo respira y aspira.

8072 113330 113330 113330

Desde luégo comprendéis por qué y cómo el socialista tiende á convertir la sociedad de los hombres en la más espantosa imágen de la sociedad de los demonios, y la tierra en una especie de infierno.

¡Ah! Si lo dudais, evocad vuestros recuerdos; trasportaos con la imaginacion á una de las horas siniestras en las cuales el demonio de las revoluciones es desencadenado de golpe sobre la sociedad; entónces es cuando los ódios que existian en el fondo de las almas hacen exteriormente su libre y salvaje explosion; entónces es cuando hay en el fondo de los acontecimientos una especie de voz que grita: ¡Malditos sean los hombres honrados, malditos sean los virtuosos, malditos sean los santos! Entónces es cuando las muchedumbres, compelidas como por un viento infernal, corren al ataque de todo lo justo, al agravio de todo lo bueno, y á la profanacion de todo lo sagrado; entónces es cuando la rebelion y el sacrilegio se precipitan en los lugares santos, para establecer en ellos sus disoluciones.

¡Espantosa necesidad de la pasión socialista la de abalanzarse á los templos, y llevar la orgía hasta el fondo de los santuarios!

Tal es, Señores, en resúmen, el ódio socialista; es el ódio á la sociedad, complicado con el ódio á los hombres y con el ódio á Dios. Pues bien: ¿necesito insistir mucho para probaros que este triple ódio reunido; este ódio, tal como acabo de procurar pintarle, ó más bien bosquejarlo ante vosotros, es la espantosa realidad del tiempo presente? ¿Quién de vosotros no ha sentido pasar este ódio, y quién no lo ha respirado de algun modo en la candente atmósfera donde se debate, en un presente cargado de tempestades, la cuestión de nuestro porvenir? Ruego que me lo digais: ¿dónde no está, ó de dónde no sale hoy el ódio socialista? Yo siento el ódio socialista en las *doctrinas* que llevan en su seno el gérmen de todas las divisiones. Siento vivir y crecer de día en día, y de hora en hora, el ódio socialista, en los libros, en las revistas, en los diarios, en toda la prensa anticristiana, que parece se ha dado la mi-

sion de atizar el fuego de los furores populares. Siento el ódio socialista en el fondo de los conciliábulos, más ó ménos subterráneos, de los cuales sale, de buen ó mal grado, por todas sus aberturas, como la llama por sus respiraderos. El ódio socialista se forma en el ruido de nuestras luchas y en el encarnizamiento de los partidos que luchan en nuestros *forums*, donde á veces, no obstante la palabra de orden de la moderacion, estalla en amenazas espantosas. El ódio socialista...; mas ¿qué precision existe de atestiguar su presencia entre nosotros, cuando apenas se ha extinguido la llama de los incendios iluminados por su soplo, y cuando parece humear aún la sangre de nuestros rehenes, vertida por sus manos? ¿Quién, por tanto, no siente vivir y respirar en el seno de las muchedumbres el ódio socialista, aún fuera de las manifestaciones lúgubres que lo han mostrado en el vapor de la sangre y en el resplandor de nuestros edificios incendiados? ¿Quién no siente, con efecto, no bien percibe la respiracion de la vida popular, los tesoros de ódio que este

corazon del pueblo, conmovido por tantos soplos, encierra hoy contra la sociedad contemporánea?

Así, al oír en silencio este murmullo de las almas, saliendo sobre todo de las profundidades de lo que se llama hoy el mundo de los trabajadores, no puedo ménos de temblar, si no por mí mismo, por las sociedades, tan profundamente amenazadas por este ódio que anida en el fondo de las almas; áun cuando no estalle aún en los hechos, está siempre pronto á manifestarse á la primera señal en la sociedad, con una explosion espantosa.

¡Ah! Predicadores que á sí propios se dicen humanitarios han hecho lo posible para pervertir el corazon del gran pueblo francés, que su Religion y su naturaleza, su fé y su sangre, habian hecho tan amante, tan simpático y tan generoso; han vuelto al revés, en el sentido del ódio, su poder de amar; gracias á inspiraciones insanas, mejor dicho, gracias á sugerencias satánicas, esta nacion francesa, tan bien formada para el amor, segun la expresion de Bossuet, se

ha *vuelto hácia el ódio*. Le han robado en parte, si no del todo, aquella flôr y aquel perfume de amor, que hacian el encanto y la hermosura de nuestra raza; yo, hermano de este pueblo, salido de la misma sangre y brotado de las mismas entrañas de esta pátria del amor, experimento la precision de preguntar á los apóstoles de la idea y de la pasion socialista: «¿Qué habeis hecho del corazon de mi hermano el pueblo francés? ¡Ah! ¡Desgraciados de vosotros, y desgraciados de nosotros! Habeis llenado este vaso viviente, creado para contener y derramar el amor, con los venenos del ódio, que amenazan hoy darnos la muerte.»

II.

Hasta aquí héme limitado á demostraros lo que es el ódio socialista, con los tres elementos de que se compone: el ódio á los hombres, el ódio á la sociedad y el ódio á Dios. Ahora pregunto: ¿cómo tan extraña

pasion apareció por primera vez en medio de nosotros? ¿Qué ha causado en nuestro siglo este fenómeno jamás visto en la historia, á lo ménos con las proporciones que ha conseguido y conserva todavía á nuestros ojos?

Observadlo bien: no pregunto cuáles son las causas lejanas y primordiales de tal passion; suspendo la cuestion grave de los orígenes primeros del Socialismo en la humanidad; pregunto solamente aquí cuáles son las causas relativamente modernas que han hecho nacer y agrandar en Europa, pero sobre todo en nuestra Francia, el ódio socialista.

Podria decir, ántes de continuar, que, dada la marcha de la idea socialista, tal como la hemos mostrado, la passion socialista debia salir de ella necesariamente. Está en la naturaleza del hombre y en la lógica de las cosas que las ideas fijas engendren pasiones implacables, y que las ideas subversivas enciendan ódios destructores. Podia esperarse, pues, que la idea fija de una sociedad que se debia trasformar y

rehacer suscitaria pasiones impacientes por atacar, demoler y destruir la sociedad actual; en una palabra: el ódio socialista debia salir naturalmente de la idea socialista.

Sin embargo, áun haciendo abstraccion de la fuerza de las cosas que hace brotar la pasion de una idea socialista, pueden señalarse ciertas causas que han concurrido más particular y directamente al nacimiento, al desarrollo y á la exaltacion de tal pasion en Europa, pero sobre todo en la Francia moderna. Me contento con indicar, dejando las otras, las tres causas siguientes:

La primera fué la separacion de lo divino, es decir, la separacion de las generaciones nuevas del Corazon de Jesucristo Dios.

La segunda fué la prevaricacion humana, que, despues de la separacion de lo divino, contribuyó, bajo todas las formas y en todas las esferas de la vida, al engrandecimiento del ódio á que nos referimos.

La tercera fué la resistencia social á las exigencias del Socialismo, resistencia necesaria y tenaz, que ha excitado este ódio hasta una especie de exaltacion.

En tres palabras que lo resumen todo:
La separacion de lo divino engendró la
pasion socialista.

La prevaricacion humana la desenvol-
vió cada vez más.

La resistencia social la irritó, llevándola
á su último paroxismo.

Rápidamente recorramos estos vastos ho-
rizontes, que me limito á entreabrir delante
de vosotros.

La primera, la grande y la principal
causa en los tiempos últimos del mal que
llamo la *pasion socialista*, es la separacion
de las muchedumbres sin fé y sin religion
del Corazon de Jesucristo; es decir, la sepa-
racion de lo *divino*, hace un siglo comen-
zada por el «anticristianismo» de Voltaire,
y despues engrandecida entre nosotros por
el ateismo del pueblo, que es la cosa más
horrible que se ha visto nunca en la hu-
manidad.

Antes de guerra tan inaudita, que de-
claró al mismo Jesucristo el patriarca de la
impiedad moderna; ántes del cisma sacri-
lego que alejó de él á las muchedumbres,

compeliéndolas á dicha guerra verdaderamente satánica, hubo en las generaciones cristianas un gran principio de armonía social, por existir un grande y universal centro de amor: el Corazon de Jesucristo, Señor nuestro. Alrededor de este centro divino, las generaciones humanas gravitaban como planetas alrededor de su sol, en la propia medida del amor que á él las atraia; era la realizacion más ó ménos perfecta, segun los tiempos, de la siguiente palabra del propio Jesucristo: «Cuando seré yo elevado, lo atraeré todo á mí.» *Cum exaltatus fuero, omnia traham ad me.*

Entónces, salvo las imperfecciones inherentes á toda naturaleza humana, ¡qué armonía entre todas las clases de la sociedad! Y como reflejo de tal armonía, ¡qué hermosura social! Entónces, ¡cómo los grandes respetaban á los pequeños, y cómo los pequeños sabian amar á los grandes! Entónces, bajo la influencia universal del amor de Jesucristo, ¡cómo el rico sabia dar liberalmente al pobre, y cómo el pobre sabia, por el reconocimiento, corresponder al favor

del rico! ¡Y cómo este amor de Jesucristo, reinando sobre los corazones, arrojaba de ellos los ódios y las envidias, que constituyen hoy la perenne amenaza del orden social! Entónces, sin duda, como en todas partes y siempre, podian existir, y existian en efecto, ódios parciales; pero no se conocia, contra la sociedad, el ódio universal: habia ódios individuales, pero no el ódio social: habia, en una palabra, un principio engendrador del orden en la sociedad, porque habia un amor comun, en el cual todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, podian unirse y abrazarse.

Pero un dia vino el impío, y arrojó en el mundo contra el Cristianismo aquel grito furioso del ódio: «¡Aplastad al infame!» Ahora bien: el infame era el Cristianismo; el infame era la Iglesia católica; el infame era el mismo Jesucristo. Entónces fué rota por muchedumbres enteras la cadena celestial que unia entre sí á las generaciones humanas, y bien pronto el horrible cisma que debia separar á los hombres de los hombres y á las generaciones de las generacio-

nes, fué comenzado, seguido despues y por fin consumado en este mundo más ó menos separado de Jesucristo, y más ó ménos convertido en gentil.

Desde entónces sopló sobre las poblaciones nuevas, con el viento glacial del egoismo, el viento más glacial aún de los ódios, y por consiguiente de las discordias y de las divisiones desconocidas anteriormente. Entónces los hombres encontráronse separados y desunidos; más separados y más desunidos que los granos de arena de la playa, que ninguna argamasa puede juntar. ¿Qué digo? Los hombres no se encontraron solamente separados y desunidos: se encontraron enemigos encarnizados unos contra otros, dispuestos á deshacerse y á devorarse mutuamente; un dia pudimos ver á estas generaciones frente á frente de los bienes de la tierra, no con el fin de repartírselos, sino con el de quitárselos, semejantes á dos leones venidos de los dos cabos del desierto, que se hallan delante de una misma presa.

Así, la separacion del gran centro divino fué como el punto de partida de nues-

tras divisiones y de nuestros ódios sociales. Id; buscad en estas generaciones separadas de Jesucristo, y áun de Dios, un punto que las una, un centro que las atraiga y que las pueda armonizar: no lo hallareis. Para todos estos séres desunidos nada existe que los junte en el seno de un mismo amor fraternal; cada hombre, dominado por el egoísmo, se retira sobre sí propio, á fin de convertirse ante sí mismo en sólo y único centro. Y entre tales séres disgregados y desunidos por el «anticristianismo,» elévanse antagonismos que no se pueden expresar, y ódios sin nombre. El amor humano ha huido de las generaciones separadas del amor divino; para realizar la armonía, tan preconizada por los profetas de la idea socialista, sólo quedan, en las generaciones nuevas, estas dos cosas que dividen y arman á los unos contra los otros á los hombres que separan: el *egoísmo* y el *odio*.

La segunda causa general que ha contribuido á desarrollar el fenómeno del odio *socialista* es la *prevaricación humana* subsiguiente á la separacion de lo divino, to-

mando, á la vista de los pueblos, proporciones que apenas habian conocido los propios gentiles : prevaricaciones morales, prevaricaciones literarias y prevaricaciones filosóficas ; no ha faltado nada, y todo ha servido para reunir en el corazon de las muchedumbres los inmensos ódios que amenazan estallar hoy sobre la cabeza misma de los prevaricadores.

Prevaricaciones *morales*. Las grandes orgías de la concupiscencia, la pasion desenfrenada de enriquecerse, los escándalos del agiotaje y los abusos públicos de la riqueza. La conducta del sensualismo, el furor de gozar de todas maneras, los contrastes que irritan de los goces de los unos y de los sufrimientos de los otros. Tambien la manifestacion de un lujo insolente, apareciendo á las miradas de un pueblo desheredado como un público insulto á su miseria. Nuestros dispendios de Cresos y nuestras cenas de Lúculo se ofrecen de nuevo en plena civilizacion cristiana á las miradas de los que tienen hambre. Además, nuestro lujo de Sardanápalo y los festines de

Baltasar en nuestras modernas Babilonias; en una palabra: el egoismo, el monstruoso egoismo, cerrando en el corazon de los que poseen, las fuentes del amor y de la liberalidad. ¡Ah, Señores! Todos estos desórdenes, todos estos escándalos, todas estas orgías, todas estas corrupciones de nuestro siglo, ¿no han contribuido á crear, lenta pero seguramente, el foco de los ódios sociales en el corazon de las muchedumbres? Bajo este punto de vista, ¿quién de nosotros no puede y debe, más ó ménos, herir su pecho y exclamar delante de Dios y de su conciencia: «Tal es mi falta, por cuanto en el foco amenazador de los ódios populares tambien arrojé á lo ménos una chispa?» ¿Quién puede ignorar, en efecto, que todos estos espectáculos de fausto babilónico, de lujo gentil y de goces sibaríticos desenvuelven día por día, hora por hora, en el corazon de los pueblos desheredados de todo, la triple pasion de mandar, de poseer y de gozar, que llevan en su seno los gérmenes fecundos, cada vez mayores, de los ódios populares?

Sí, creedlo: tal es una de las causas más

tristemente poderosas de los ódios que constituyen hoy el gran peligro de la sociedad; el ejemplo permanente, cada vez mayor, aún en medio de nuestras ruinas, de los desórdenes, prevaricaciones y desarreglos de nuestra vida moral.

Y, cosa más desoladora para verla, y sobre todo para decirla: miéntras los ódios encendidos en el corazón de los pueblos por tan escandalosos espectáculos y por tan devoradoras codicias, aumentándose cada vez más en medio de nosotros, eran atizados por los soplos de la corrompida edad presente, hemos visto y vemos aún á la literatura contemporánea atizar el fuego de los ódios populares.

¿Quién ignora lo que han hecho y hacen aún, á fin de aumentar este foco formidable del odio, nuestros novelistas socialistas, nuestros poetas socialistas, nuestros dramaturgos socialistas, nuestros historiadores socialistas, nuestros cronistas socialistas, y en particular nuestros diarios socialistas? ¿Acaso una gran parte de la literatura no ha sido y no es todavía una cons-

piracion pública, con el fin de meter el odio social en el corazon de las muchedumbres?

Y bajo este punto de vista, ¿es menor la prevaricacion filosófica que la prevaricacion literaria? ¿Qué no han hecho tantos mentidos sábios de la época presente para producir este resultado lamentable? A fuerza de romper en las almas, con todas las creencias, todos los frenos de las pasiones; á fuerza de quebrantar hasta en el fondo de las conciencias los últimos atrincheramientos de la justicia; á fuerza de oscurecer, por la sombra de las negaciones, hasta la nocion del bien y del mal, de lo verdadero y de lo falso, de lo justo y de lo injusto; á fuerza de causar la ruina en las inteligencias devastadas y el vacío en los corazones asolados; añadámoslo, á fuerza de excitar hasta en el propio cuerpo, por la predicacion de las doctrinas materialistas, el hambre y la sed de los goces más groseros: en tres palabras: á fuerza de poner, en nombre de la filosofía y de la ciencia, el escepticismo en las inteligencias, el egoismo en los corazones y el sensualismo en los cuerpos, ¿qué

hemos hecho? ¡Ah! Hemos convertido al pueblo, desheredado de la fé, de la esperanza y del amor de Jesucristo, en la perpétua y universal amenaza de la sociedad moderna. A esta sociedad sin sus defensas de doctrina, de respeto, de obediencia y de amor, hémosla expuesto á los asaltos, no sólo de la revolucion ideal y contemplativa, sino tambien de la revolucion apasionada, fanática, brutal, que un publicista llamó hace poco «la revolucion *flava*, la revolucion de las concupiscencias furiosas y de los hartazgos cínicos.» Miéntas todas nuestras prevenciones morales, literarias é intelectuales aumentaban esta corriente de los ódios populares, la sociedad, por sus necesarias resistencias, íbalas á compeler á su exaltacion última.

La tercera causa, en efecto, de la presentacion del ódio social es la resistencia necesaria que opone la sociedad á las exigencias del Socialismo.

Lo hemos dicho: la idea socialista ataca la propiedad, la familia y la Religion. Ahora bien: la sociedad, en su conjunto, defien-

:

de las tres cosas, declarando que no las dejará suprimir. De ahí el paso de la idea socialista al ódio socialista.

¿Decís que quereis destruir la propiedad?
¡Atrás! Nosotros defenderemos la propiedad.

¿Decís que quereis destruir la familia?
¡Atrás! Nosotros defenderemos, contra vosotros, la familia.

¿Decís que quereis destruir la Religion?
¡Atrás! Nosotros defenderemos, contra vosotros, la Religion.

Así la sociedad resiste las tentativas de la pasion socialista. De ahí, en ésta, un redoblamiento de cóleras y de furores.

En presencia de tales cóleras, que braman de coraje, la sociedad existe con sus necesidades imperiosas, con sus leyes fundamentales y con su invencible necesidad de conservacion. De buen ó mal grado, á dichos amores impacientes de la presa y enemigos del freno; á estas pasiones ciegas, que piden lo imposible; á estas codicias imperiosas que hacen de su inmediata satisfaccion *el sér* ó *el no sér* de la sociedad viviente, la sociedad que, como el hombre,

tiene tambien el instinto de su propia conservacion, y quiere ante todo *existir*, debe responder: «Vosotros me pedís lo imposible; es demasiado, y no iré tan léjos.» Ella tambien, á las pasiones feroces que le demandan el suicidio, contesta con el *non possumus* de la vida y de la conservacion social. En vano las pasiones, que cuentan ya seis mil años, excitadas hoy por todos los soplos y por todas las corrientes del siglo, le hacen oír sus clamores y áun sus amenazas; la sociedad responde: «*Non possumus*. Vais inútilmente contra mis tradiciones de sesenta siglos; ¡anatema! Os desconozco. Veamos, hablad: ¿qué me pedís?»

—Nosotros pedimos la independencia, y la independencia absoluta; queremos el hombre soberano en todo y en todas partes, sin más señor que sí mismo.—

La sociedad responde:—*¡Autoridad!* La libertad, *sí*, pero con la autoridad; si no, *no*.

—¿Qué más pedís?

—Pedimos la *riqueza* para todos; solicitamos nuestra parte en el festin de la opulencia. Y como la propiedad, segun está

constituida, nos arroja del festin y nos deshereda de nuestra parte legítima, nosotros, iguales y hermanos en la familia humana, pedimos que sea la propiedad abolida.—

La sociedad, por la voz de todos sus legisladores y de todas sus legislaciones, de su pasado y de su presente, responde:—*¡La justicia!* ¡La justicia sin la cual nadie podría subsistir en el mundo! El libre acceso de todos á la propiedad, sí; la abolicion de la propiedad, no; *non possumus!* La conquista de la propiedad por el trabajo, sí; la reparticion de la propiedad en beneficio de la pereza, no; esto no puede ser: *non possumus.*

¿Qué me pedís, en fin? ¿Qué quieren estas impaciencias frenéticas y estos clamores furiosos?—

—¡Ah! exclaman de un cabo á otro del mundo las pasiones, encendidas por los mismos soplos y animadas por los mismos ardores: *el goce*, el goce para todos, y el goce indefinido. Ha llegado la época de que gocemos. El pueblo soberano tiene derecho á la dicha; por consiguiente, ¡no más sufrimiento para él!—

La sociedad, con su voz plañidera, responde:—¡Imposible, imposible! El alivio del sufrimiento, *sí*; la disminucion del sufrimiento, la pido tambien; su supresion y el goce igual para cada uno y para todos, *no*; *non possumus*. Esto no existió nunca, ni existirá, ni puede ser; *non possumus*.—

Así como la roca inmoble se opone y resiste á la ola que brama en torno suyo, cubriéndola con su espuma, la sociedad, fundada sobre bases eternas, opone á la ola invasora de la pasion socialista su necesaria é invencible resistencia. Dice: «Existo, y no me dejaré abatir, ni áun quebrantar, por vuestros sistemas.»

De ahí, en los pueblos extraviados por sofistas, é impacientes por conseguir el ideal social entrevisto en sus sueños, ignoro qué vasto estremecimiento de los ódios populares y de los apetitos impacientes por gozar. De ahí, en las muchedumbres jadeantes que van en pós de las felicidades materiales y de los goces terrestres, murmullos siniestros y llamamientos á la venganza. De ahí que se atice tanto el ódio social, enarde-

ciéndose cada vez más por el soplo de la realidad para cogerlo y destruirlo todo. De ahí, en fin, contra la sociedad viva, el juramento del Socialismo destructor, inspirado por el ódio: «Para el triunfo de nuestra causa juramos destruir y marchar sobre las ruinas de la sociedad presente, que nos rehusa la independencia, el bienestar y el goce.»

Tales resultan en los tiempos últimos las grandes causas de la pasión socialista. La separación de lo divino, la prevaricación humana bajo todas sus formas, y la resistencia social: todas estas causas han contribuido á encender el vasto foco del ódio.

Desde ahora es fácil entender qué se propone, sobre todo en nuestra sociedad, el ódio socialista, y cuáles son los objetivos que prefiere. Es lo que me resta demostraros ántes de concluir.

III.

¿A qué conduce y á quién ataca sobre todo el ódio socialista?

¡Ah, Señores! La respuesta es bien sencilla. Este ódio profésase á cuanto se le opone; ha nacido de la triple codicia que es su esencia y su fondo; ataca cuanto enfrena la codicia y cuanto hiere una de las cabezas de la hidra; va, en una palabra, contra todo lo que, por la fuerza religiosa, por la fuerza moral, y áun por la fuerza material, la impide pasar.

Desde luégo, áun ántes de que lo diga, habreis adivinado á dónde va preferentemente lo que designo aquí por el ódio socialista, y qué ataca sobre todo en nuestra sociedad viva. Combate toda *fuerza* y toda *autoridad* social. Empero, entre todas las demás, quisiera el Socialismo ahogar en el seno de un ódio comun á cinco clases de hombres. Él mismo ha hecho confesiones bastante

públicas por medio de la palabra y de la accion: ódia en su corazon sobre todo al *gob-bernante*, al *soldado*, al *propietario*, al *ma-gistrado*, y principalmente al *sacerdote*.

Sí; el primer objeto del ódio socialista en la sociedad es lo que llamo el hombre *gobernante*. Entiendo por esta palabra la autoridad social que, sea cualsea su nombre, representa la autoridad de la pátria; la autoridad social, cuyo inmediato objeto es reprimir la independencia feroz de la pasion ante la tranquila soberanía del derecho de mandar; la autoridad social, que ama el progreso por la libertad, pero la libertad por el órden, y el órden por la obediencia. Pues bien. El Socialismo ódia, y ódia instintivamente, á esta autoridad cuando se encarna en un hombre y se afirma por sus actos: á medida que más se muestra verdaderamente autoridad, más derecho tiene á su ódio, esencialmente levantisco y armado contra todas las autoridades.

¡Ah! Es que esta autoridad, personificada en uno ó en vários que llevan el derecho y la majestad de la pátria, es la sobe-

ranía hecha hombre, que reivindica como tal el derecho de dirigir las voluntades. Por este título, el hombre gobernante es el enemigo nato del Socialismo, por constituir el antagonismo más verdaderamente radical para sus ambiciones. Lo que ante todo busca el verdadero socialista es la independencia, y la independencia absoluta. Sueña con la independencia, y va en su busca como el último término del progreso que adora, como la más alta expresión del culto que á su propia soberanía, y podemos añadir que á su propia divinidad, consagra. El Socialismo coloca en sí propio la autoridad que á Dios roba; es, como veremos más tarde, la independencia absoluta de la voluntad del hombre por la negación absoluta de todas las autoridades, sin excluir la de Dios. Oímos hace poco á un socialista exclamar desde lo alto de la tribuna francesa: «No quiero más autoridad. Diariamente repetía Catón en el Senado de Roma: «Es preciso destruir á Cartago.» Repitamos todos los días de nuestra vida: *Es preciso destruir la autoridad.*»

¿Quién puede ya maravillarse de que el socialista odie al hombre-gobernante, que personifica y encarna en sí la autoridad?

Además del hombre-gobernante, existe otro blanco del odio socialista: el soldado, es decir, el hombre representante de la fuerza colocada al servicio del derecho; el soldado, siempre de pié, no sólo para contener la invasion que amenaza desde fuera, sino tambien á fin de ahogar la anarquía que amenaza desde dentro. Este guardian generoso, heróico con frecuencia, que cubre la frontera, y protege así el sueño de la pátria, molesta mucho al socialista, le importuna y le irrita. Miéntras una legion de hombres abnegados está dispuesta siempre á pagar á la pátria el tributo ó el rescate de sangre, el socialista sólo tiene odios que hacer estallar sobre la cabeza de tales hombres consagrados á su pátria. Es que el soldado, con el escudo de la fuerza en el brazo y el amor de la pátria en el corazon, mejor aún que cualquiera otra fuerza puramente civil, dice al Socialismo que ansía

pasar: «¡Alto ahí! ¡No se pasa!» Ante tal resistencia armada, el socialista grita á los cuatro vientos del cielo, con el ódio en el corazón y la espuma en la boca: «¡Atrás los esclavos de la obediencia! ¡Atrás los instrumentos de todas las usurpaciones y de todas las tiranías! ¡Atrás los que arrastran sables y llevan bayonetas! ¡Atrás los millones de parásitos que se comen nuestros tesoros en la paz, y prostituyen el honor nuestro en la guerra!»

De ahí anualmente, llegada la hora de las citas del Socialismo cosmopolita, los siguientes clamores, que retumban de un cabo del mundo al otro: «¡Atrás el *militarismo!*» ¡Atrás el arte de matar, elevado á la categoría de una profesión, y aún de un ministerio! ¡Atrás, en una palabra, los *ejércitos permanentes!* ¡Atrás los batallones que amenazan al pueblo!» ¡Como si los ejércitos no fuesen los hijos del propio pueblo, consagrados por su profesión á la defensa de la patria, su madre comun...!

Además de odiar al soldado, el socialista odia también al *propietario*. Sí; al hom-

bre propietario, aún en el mejor sentido de la palabra, al que hace salir su propiedad de un trabajo persistente, y al que consigue aumentar, en un polvo regado con su sudor, la sustancia que debe alimentar á su familia y á su posteridad, enriquecida por sus beneficios. Para el Socialismo, este poseedor, este dueño, que es el más legítimo de todos, este propietario, en fin, es un usurpador y un despojador, á quien debe constreñir la ley, y, si es necesario, la violencia, para que restituya la parte de la herencia comun, arrebatada por la usurpacion á la gran familia humana. ¡En nombre de la sociedad, reserva para el ciudadano pacífico, que come con sus hijos un pan completamente regado con sus sudores, ódios fraticidas!

¡Ah! Comprendo, comprendo el misterio de tal ódio, ante la razon tan absolutamente inexplicable. Allí está la *bestia humana*, que reivindica su *derecho á devorar*. Como mira en las manos del propietario la presa que ansía, el Socialismo hambriento grita en el viento que sopla y que compele al despojo:

«Odio á la propiedad;» lo que quiere decir:
«Odio al propietario.»

De ahí asimismo, en el ruido de nuestras revoluciones modernas, estos clamores que han llegado á ser lamentos contra el *capital*. Sí, Señores; con todas las grandes leyes que rigen la sociedad, el Socialismo ha jurado destruir el capital, que, para él, es un mónstruo asolador del mundo económico, y un espantajo que ofrece á las miradas de las muchedumbres aterrORIZADAS; el capital, que, sin embargo, es sólo el conjunto de los productos de la actividad humana; el capital, que es al mismo tiempo el efecto y la causa del trabajo, el nervio de la industria, de la agricultura y del comercio; el capital, que no es sólo el millon del hacendista, sino también vuestra casa, vuestro campo y vuestra herencia; el capital, tesoro compuesto frecuentemente de las fatigas del padre, de las solicitudes de la madre, de las creaciones laboriosas de la paternidad y de las privaciones dolorosas de la maternidad; el capital, según existe desde que ha sabido el hombre producir ó ahorrar

algo, y en el que una posteridad reconocida puede hallar algo del amor de los antepasados, ó donde los hijos pueden sentir, hasta bajo el metal que lo representa, los sacrificios de un padre y los sentimientos de una madre; el socialista maldice y ódia el capital y el capitalista, como maldice y ódia la propiedad y el propietario.

El ódio al propietario y al capitalista llama luégo á otro: el ódio al *magistrado*, es decir, al hombre de la justicia y del derecho. No hay que maravillarse. La justicia es, en el tiempo, el representante humano de otra justicia, divina por ser eterna, y eterna por ser divina. La magistratura es un sacerdocio; el sitio que ocupa se llama perfectamente un santuario. El magistrado se revela, pues, ante los pueblos como una aparicion de la autoridad de Dios. Se piense ó no se piense, créase ó no se crea, existe algo *divino* en él; hé aquí lo que bastaria para explicar delante de toda magistratura el ódio socialista.

Empero de tal ódio existe una razon más fácil de inquirir y más popular: la jus-

ticia, personificada en el magistrado, cubre, con su mirada y con su mano, la propiedad y la libertad humanas.

Tiene líneas inflexibles y barreras que no se pueden salvar. Ella es la que, de pié junto al umbral de la herencia y de la propiedad, grita contra el invasor, por la voz del magistrado: ¡Detente! Ella es la que, ante la iniquidad consumada, grita á la espada de la autoridad protectora: ¡Hiere! El secreto del ódio socialista contra el magistrado se halla en esto completamente; por este doble título, el magistrado tiene dos veces derecho al ódio socialista: es una cara de la autoridad de Dios; protege, con el escudo de la justicia y el derecho, la propiedad y la libertad del hombre.

Así, creedlo; el día en que subiera el Socialismo al trono y se apoderára del gobierno de los pueblos, sería el último de la magistratura, tomada en el sentido tradicional de la palabra. Aún habria verdugos, pero no magistrados, ó bien se veria en la humanidad esta cosa monstruosísima que se halla siempre, más ó ménos, en la hora de

las más grandes perturbaciones; veríase al verdugo convertido en magistrado, y al magistrado convertido en verdugo. Si Dios permitiese un día en el seno de las naciones este supremo desorden y este supremo desastre, á saber, el Socialismo encarnado en los hombres, metiendo el pié en el santuario de la justicia y sentándose en el trono del magistrado, ¡oh! entónces podríamos exclamar: ¡Adios justicia y adios magistratura! Entónces la realza de la fuerza se entronizaría en el reino del derecho, y la humanidad, en vista de espectáculo tan lamentable, podría exclamar como el Sábio, testigo contristado de un escándalo que atrae las más divinas represalias: «Hé aquí que yo he visto á la iniquidad en el lugar de la justicia.» *Et vidi... in loco justitiæ iniquitatem* (1).

Sea lo que sea de tal eventualidad, afirmo que entre el verdadero magistrado y el verdadero socialista el antagonismo es radical, y que el ódio del Socialismo es una de las cosas que más enaltecen á la magis-

(1) *Eccl.*, III, 164.

ROBT. WYLLIE
LIBRERO EN LA
CALLE DE LA PLAZA

tratura contemporánea. Si, lo que yo ignoro, hay magistrados que constituyen la excepción y merecen los aplausos del Socialismo, no temo proclamar muy en alta voz que tales magistrados son los traidores de la justicia, y los apóstatas de la verdadera magistratura.

Así, como veis, odia el Socialismo al gobernante, al soldado, al propietario y al magistrado, es decir, al hombre que manda, al hombre que defiende, al hombre que posee, al hombre que juzga y condena: todos estos odios tienen una afinidad secreta entre sí, que parece confundirlos en uno solo é idéntico.

Empero, Señores, hay en la sociedad un hombre á quien el socialista consagra un odio aparte, un odio escogido, un odio reservado; odio complejo y profundo que parece resumir en sí mismo todos los demás; es el odio al que, bajo una ú otra forma, representa directamente al mismo Dios; al hombre que aparece en su persona como una encarnacion, y en su ministerio como la accion de Dios en la humanidad; le ha-

:

beis nombrado ya: este hombre es el *sacerdote*, pero principalmente el sacerdote católico, órgano de la más elevada religion y blanco preferido del odio socialista.

Bajo este punto de vista, existe como un misterio del cual apenas se puede uno rendir cuenta. ¿A qué fin aborrecer al sacerdote, y al sacerdote católico principalmente? ¿A qué fin contra él este odio que á ninguno se asemeja?

¿A qué fin aborrecer al sacerdote? ¿Es para el pueblo un extraño ó un enemigo? ¿Por ventura el sacerdote, particularmente hoy, en su conjunto, no sale de las entrañas mismas del pueblo? ¡Cuántos entre nosotros pueden decir: mi padre fué un artista y mi madre una obrera!

¿A qué fin aborrecer al sacerdote? ¿Y por qué, os pregunto, es para vosotros tan formidable? El sacerdote es, en el mejor y más verdadero sentido de la palabra, el hombre desarmado. Esencial y oficialmente, es el hombre de la paz y no de la guerra: es eminentemente pacífico. Entónces, ¿por qué temer y odiar sobre todo al sacer-

dote? ¡Oh soldado del Socialismo! Si algun día una espada ó un arma cualquiera te ha impedido pasar, ¿por ventura la llevaba en su mano el sacerdote? Y sobre la barricada donde subirás acaso mañana, con el fin de dar un asalto á la sociedad, ¿será del sacerdote de quien recibas el golpe de muerte? ¿Sobre su cabeza harás recaer la sangre vertida por el triunfo de tu idea?

¿A qué fin aborrecer al sacerdote católico? ¿Es acaso porque hace suya la riqueza nacional? El sacerdote católico quizás es el hombre más despojado que sobre la tierra existe. Despues que las manos de vuestros padres en el Socialismo se lo arrancaron todo, pregunto: ¿qué reivindicaciones terrestres puede aún ejercer contra él vuestra justicia, que á sí propia llámase popular? ¡Ah! Comprendo que hubiera existido una causa, ó á lo ménos un pretextó, para ódios envidiosos, cuando la corriente de los siglos llevó como por sí misma al seno de la Iglesia y de su clero el rio de la riqueza; mas hoy que este clero sólo tiene lo que la caridad le da, y que, entre nosotros particularmente,

no tiene de todo punto asegurada la módica partecita que los gobiernos dejan caer en su mano, como un salario que insulta su dignidad sacerdotal, ó como una compensacion más ó ménos irrisoria del despojo de su fortuna secular, confieso desde luégo que no lo alcanzo. ¿A qué fin, por parte de los hambrientos del Socialismo, fieros enemigos de toda opulencia, estos clamores insensatos contra un clero que sólo tiene su pobreza para echarla en pasto al ogro de la codicia humana? ¿Qué pretendéis coger á este clero que nada tiene? ¿Qué debeis reprochar, para defender vuestro ódio, á este clero que os pide sólo la libertad de haceros bien?

¿A qué fin odiar al sacerdote? ¿Es, por ventura, el malhechor, el azote de sus hermanos? ¿Qué os ha hecho, despues de todo, el sacerdote, y por qué quereis meteros con él? ¿Qué le reprochais? ¿Acaso que trabaja con el fin de corromperos? ¿Que os transforma en malos padres, en malos esposos, en malos hijos? ¿Que hace de su predicacion un escándalo para vuestra virtud, y de su accion una amenaza para vuestra seguridad? ¡Ah!

¿Por qué no designais á tales sacerdotes, si existen realmente? ¿Y por qué les odiais, si no existen? ¿A qué fin estos ódios, demasiadamente reales, contra séres imaginarios?

¿Dónde está, y quién es, por consecuencia, este sacerdote tan digno de vuestros ódios y de vuestras cóleras? ¡Ah! Os comprendo: el sacerdote avaro, egoísta y ambicioso; el sacerdote que lleva en el mismo ministerio de la santidad el ejemplo y el espectáculo del vicio; el sacerdote malo, escandaloso, prevaricador, reprobado por la misma Iglesia; ¿es éste el que odiais? Sea. A éste, si lo habeis encontrado, lo entregamos, y con él á todos los que se le asemejen, á vuestros ódios legítimos. Mas ¡cosa singular! Este sacerdote degradado y entredicho por su Obispo á causa de sus prevaricaciones, es cabalmente el que halla merced delante de vosotros; es el que os gusta exaltar como el tipo del sacerdote que os hace falta; es el que llamais con afectacion un sacerdote distinguido, ilustrado, tolerante, liberal, conocedor de las necesidades de su si-

glo; es el que compadeceis como una víctima de lo que llamais, como vuestros señores, las tiranías episcopales.

Sea lo que sea, á éste lo entrego, ó, mejor, él mismo entrégase al desprecio popular. Mas ¿por qué temer, y sobre todo odiar al sacerdote, tal como la Iglesia lo quiere, tal como lo hace, aún delante de vosotros y para vosotros, y tal como es en la gran mayoría del sacerdocio católico? ¡Ah! Una vez más pregunto: ¿cómo y por qué odiar al sacerdote que va por todas partes buscando lágrimas que enjugar, ignorancias que desvanecer, heridas que sanar, tristezas que consolar, pobres que nutrir, prisioneros que visitar; al sacerdote digno de su vocacion y de su nombre; al sacerdote á quien vemos en el dia de las grandes desventuras correr á través de todos los peligros, sobre todos los campos de batalla del sacrificio, llevando el Crucifijo en la mano, el amor de Jesus en el corazon, y en su frente la aureola del sacrificio, cuando no la del martirio? Y sin embargo, vanamente se querria encubrir un hecho que existe sin duda

en su espantosa realidad. Oid lo que decía muy recientemente el Socialismo, en uno de sus Congresos cosmopolitas, por la voz de uno de sus órganos entre los aplausos de la Asamblea:

«El sufragio universal será esclavo mientras exista un sacerdote sobre la faz de la tierra. Es preciso destruir el capital. Ahora bien; para destruir el capital, es preciso que perezca el sacerdote (1).»

Así, en el corazón de los pueblos que obedecen la palabra de orden del Socialismo, existe contra el sacerdote no puedo decir qué ódio más profundo, más encarnizado y más implacable que los demás; este ódio tiene algo más de satánico que cuantos odios pueden anidar en corazones humanos, porque, más que ningún otro, se parece al odio mismo á Dios. Se siente y se ve mejor cuando llega la hora de las grandes orgías sociales, cuando el fondo de los corazones muéstrase á la claridad de las cosas, y cuando todo lo que hervía en la sombra y en el

(1) Congreso de Gante. *Univers* del 17 Set. 1877.

silencio sordamente, estalla en el ruido y en la publicidad. Entónces se ve este ódio al sacerdote mostrando en la tierra alguna cosa del infierno. La sangre del sacerdote, sobre todo cuando ha empezado á correr, da siempre á la muchedumbre ignoro qué horrenda embriaguez que la conduce á los supremos límites del furor humano; hace poco que París, que se vanagloria de ir á la cabeza de la civilizacion moderna, pudo contemplar un espectáculo que, áun despues del 93, podia maravillar. ¿Pues cuál? Toda una legion de sacerdotes marchando á través de un cortejo de risotadas, de aullidos y de maldiciones, á un suplicio indescribible, y mostrando en una escena de vergüenza, de furor y de sangre, todo el ódio á los sacerdotes que ha depositado el Socialismo en el corazon de las muchedumbres.

CONCLUSION.

Tal, Señores, me ha parecido el ódio socialista, en su naturaleza íntima, en sus

causas inmediatas y en sus principales objetivos. Si lo considerais en sí mismo y en su naturaleza, veis la horrible complicacion del ódio al hombre, del ódio á la sociedad, y del ódio á Dios. Si lo considerais en sus causas inmediatas y próximas, que lo han hecho tal como muéstrase hoy entre nosotros, lo veis brotar de la separacion de lo divino, engrandecerse por la prevaricacion humana, y exaltarse hasta el paroxismo, enfrente de las resistencias sociales. Si, en fin, lo considerais en sus principales objetivos, lo veis dirigirse contra lo que le opone obstáculo en el órden social presente; sobre todo este ódio estalla contra el hombre-gobernante, contra el hombre-soldado, contra el hombre-propietario, contra el hombre-magistrado, y principalmente contra el hombre que representa mejor todo lo que aborrece más, á saber: el sacerdote católico.

Así, como lo hemos dicho empezando, lo que amenaza á la sociedad viviente, no es sólo la idea fija de una sociedad que se debe reformar, perfeccionar, trasformar; lo

que nos amenaza es una pasión; la pasión ardiente y furiosa de una sociedad que quiere devorar, como un animal, su presa. Podemos ensayar aturdirnos respecto del peligro que por esta pasión nos amenaza; pero el foco abrasador existe bajo nuestros pies, pronto, á cualquier hora, á hacer su última explosión y á consumir su desastre supremo. Y ahora, me preguntais, ¿qué hacer para conjurar este desastre y prevenir esta explosión, que haría saltar, con los que viven en ella, el edificio de la sociedad contemporánea...?

Ciertamente precisa combatir este odio é impedir que, agrandándose, destruya el orden social; ninguno de vosotros osará negarlo. Mas ¿cómo combatir este odio? ¿Cómo desarmarlo desde luego, y destruirlo en seguida? ¿Será oponiendo el odio al odio y el furor al furor? ¡Oh! No, Señores, mil veces no; esto sería multiplicarlo en vez de destruirlo; sería engrandecerlo, en vez de aniquilarlo. ¿Cómo combatir el odio socialista? ¿Será por la fuerza, por el poder de la espada, ó por el poder de los batallones? No, Señores, no;

el poder de la espada y el poder de los batallones pueden aterrorizar al ódio y hacerlo un instante retroceder, pero no lo pueden destruir; bajo la fuerza, un momento victoriosa, que lo habrá comprimido, como toda pasión arrinconada por la violencia, se levantará luégo, más enérgico, más irritado, más furioso, y por consiguiente más amenazador.

¿Cómo, pues, vencer el ódio socialista y salvar así la sociedad que amenaza?

¡Ah, Señores! En cuanto á mí, confieso que solamente conozco una potencia capaz de vencer el ódio, por ser la única opuesta diametralmente á él: la del amor. Un día tendré ocasión—lo confío á lo ménos—de poner de realce esta verdad con toda su evidencia; límitome aquí á sostener, de paso, y á deciros en alta voz desde el fondo de mi alma, iluminada por las grandes claridades del siglo, y desde el fondo de un corazón conmovido por los riesgos que corre. Sí: el amor, sólo el amor, puede libraros de las apreturas del ódio socialista. La naturaleza de las cosas os lo dice. El amor es para el

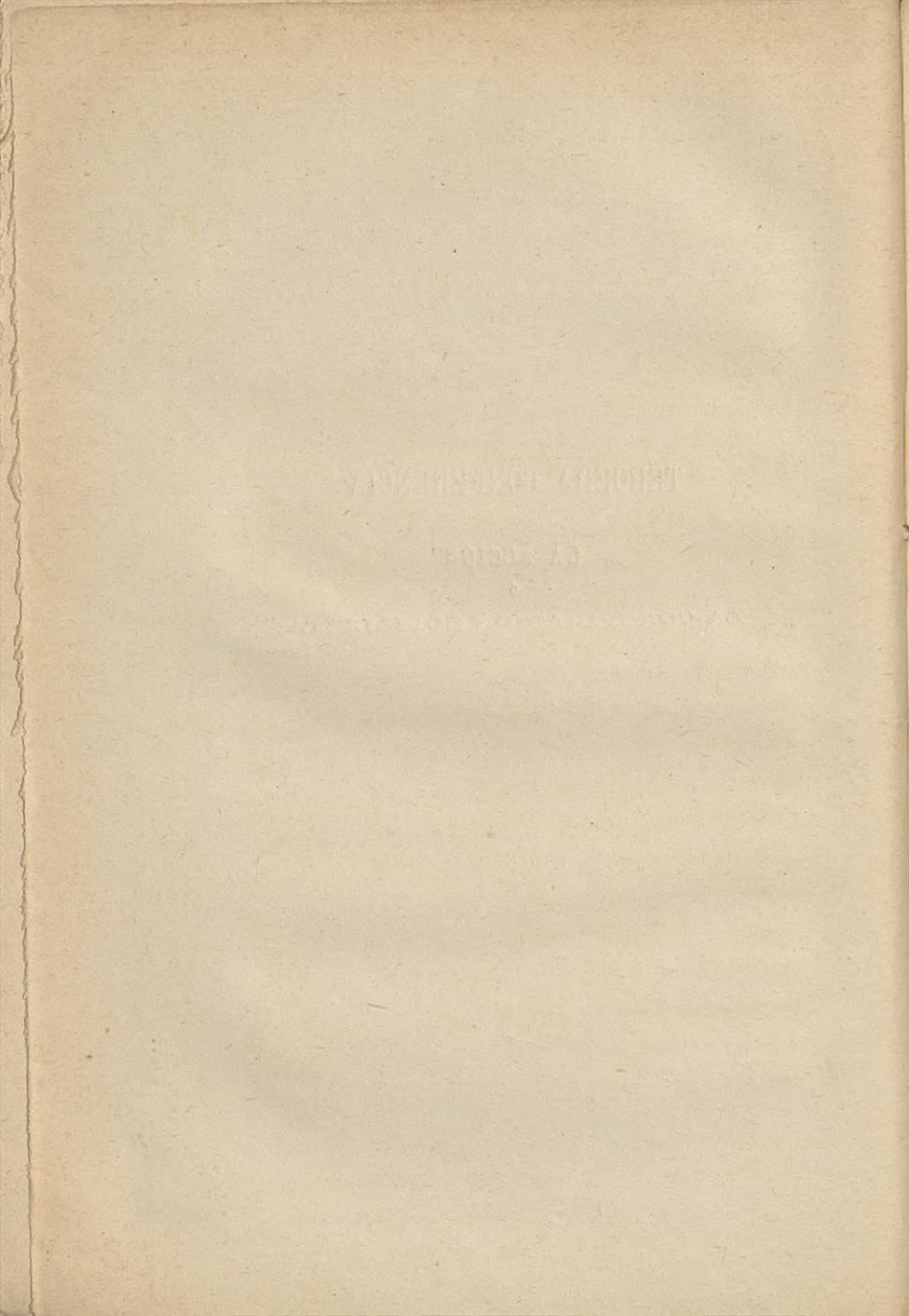
ódio lo que el calor para el frío, y lo que la luz para las tinieblas ; un poder esencialmente triunfante. Por consecuencia, para vencer al ódio, y, por esta victoria decisiva, salvar á la sociedad armémonos con este poder ; en las luchas supremas que nos aguardan acaso mañana, que sea el amor á la vez nuestra coraza, nuestro escudo y nuestra espada. ¿Quién vencerá, pues, al amor? Creamos en la verdad de esta palabra humana: «El amor triunfa de todo ;» creamos mejor, y creamos sobre todo, esta palabra divina: *El amor es fuerte como la muerte*, y más fuerte aún que ella. En su virtud, el ódio, que causa la muerte, será vencido por el amor, que da la vida. Sí; que así sea: *fiat!* Que la idea socialista quede vencida por el poder de nuestra fé, y que la pasión socialista sea vencida por el poder de nuestro amor.

TERCERA CONFERENCIA

LA ACCION

ó

LA CONSPIRACION SOCIALISTA



TERCERA CONFERENCIA.

LA ACCION, Ó LA CONSPIRACION SOCIALISTA.

SEÑORES :

Hemos dicho que el Socialismo puede ser considerado bajo un triple aspecto: como una *idea*, como una *pasion* y como una *accion*.

Como *idea*, el Socialismo doctrinal en su aurora fué, bajo el nombre de *reforma* social, la idea de la universal asociacion en la universal armonía. Era la exageracion de una idea verdadera y legítima: la mejor asociacion posible, en la más grande armonía posible. Más tarde, la idea de la reforma social se convirtió en la idea de la *trasformacion* social, ó del cambio absoluto de todo el «organismo» de la sociedad; finalmente, la idea de la trasformacion compe-

lió las impaciencias de la secta á la idea de la *destruccion*: destruir del todo el edificio de la sociedad presente, para fundar sobre sus ruinas la sociedad del porvenir. Tal es, en el momento en que os hablo, la idea fija del Socialismo viviente.

Empero, como hicimos notar en la conferencia última, el Socialismo ha llegado á lo que puede llamarse su fase *apasionada*; trátase ya, no de una doctrina que discute, sino de una pasión que brama; no se trata ya de una opinión, de un sistema ó de una filosofía que se defiende, sino de una pasión que amenaza. Hemos mostrado lo que es esta pasión, á la cual nombramos el odio socialista: mal social, espantosamente complicado, compuesto del odio al hombre, del odio á la sociedad y del odio á Dios. ¿De dónde viene este odio? Emanas, sobre todo, de las tres causas siguientes: emana de la separación de lo divino por el anticristianismo de Voltaire; emana de la prevaricación humana, moral, literaria y filosófica; emana, en fin, de las resistencias sociales á las exigencias de la idea socialista.

¿Cuáles son los objetos preferidos del odio socialista? Todo lo que se opone á él, por una fuerza social cualquiera; pero en particular el hombre gobernante, el hombre soldado, el hombre propietario, el hombre magistrado y el hombre sacerdote: sobre todo el sacerdote católico.

Solamente con frase amorosa hemos querido tocar esta horrible llaga del odio. ¿Necesito repetir que sólo hay en mi alma, aún para los atacados del mal espantoso, un sentimiento de compasion humana y de tristeza católica? Precisamente porque amamos, sentimos con dolor más profundo que haya en corazones de hermanos la lepra del odio. Engañárase, pues, ó sería injusto, quien pretendiese hallar, en la forma ó en el fondo de nuestras palabras, una gota de amargura contra alguno. He ahondado bastante las heridas de mi siglo, y deseo demasiado vivamente su curacion, para no proceder con amor, aún cuando, como un operador atrevido, pero afectuoso, véome forzado, para salvarle, á cortar en lo vivo y hacer gritar al enfermo. La vocacion de los predica-

dores en la Iglesia, como la de los Profetas de Israel, es poner de realce las llagas que roen, y denunciar los peligros que amenazan. Réstame completar hoy lo empezado en las dos Conferencias anteriores. Después de haberos mostrado la idea y la pasión socialista, he de mostrar hoy lo que llamo la *accion socialista*.

Ahora bien; la accion socialista tiene una palabra que la expresa, compendiándola: la accion socialista es la *conspiracion* contra la sociedad. Sí; la conspiracion organizada contra la sociedad, por todas las potencias activas y por todas las fuerzas vivas de la Revolucion: hé aquí lo que yo llamo la *accion socialista*, y lo quisiera revelar hoy de un modo clarísimo en mi discurso, cuya sustancia toda resumo en estas tres palabras: la *existencia* de la conspiracion socialista; el *poder* de la conspiracion socialista; los *caractéres* de la conspiracion socialista.

Este asunto refiérese de un modo singular á lo vivo de la situacion; pero, como en las consideraciones precedentes, quiero mi-

rar desde muy alto para ver sólo las cosas en su vasto conjunto; no pretendo levantar ante vosotros otra bandera que la de la sociedad, la de la civilizacion y la del Cristianismo.

I.

¿Existe realmente la conspiracion socialista, tal como acabamos de definirla? ¿O es sólo un fantasma evocado para espantar la imaginacion del pueblo? La verdad obliga-nos aquí á responder: Sí; la conspiracion social existe; no es un «mito» ni un sueño; no sólo es una realidad, sino la realidad más actual y más amenazadora de nuestra historia contemporánea.

Para poner de realce la existencia de la conspiracion socialista, podemos invocar tres testimonios absolutamente irrecusables: la fuerza de las cosas, el sentido íntimo de las almas y la evidencia de los hechos. La fuerza ó la lógica de las cosas nos

dice que tal conspiracion debe existir; el sentido íntimo, y, si puedo decirlo así, el estremecimiento de las almas, nos advierte su existencia; al paso que la fuerza de las cosas nos dice que *debe existir*, y que el sentido ó el estremecimiento de las almas nos dice que *existe*, la conspiracion socialista denunciase á sí propia por la publicidad de los hechos que la muestran con toda su luz.

La naturaleza ó la fuerza misma de las cosas bastaria para probar la existencia de la conspiracion socialista organizada contra el órden social; lo que se halla en la naturaleza de las cosas, de una manera ó de otra, entra en el dominio de los hechos. Dada la Revolucion, con las tendencias nativas de su genio, la conspiracion socialista era inevitable y necesaria; no hablo de la necesidad metafísica, sino de la necesidad moral.

La idea y la pasion socialistas son únicamente la idea y la pasion revolucionarias, elevadas á su más alta potencia; como me propongo demostrarlo directamente un dia, el Socialismo es la última palabra del genio

de la Revolucion; es la Revolucion á su más alto período llegada. Ahora bien; la conspiracion es la obra necesaria del genio revolucionario. El revolucionario conspira, como sopla el viento, como vuela el ave, como circula la sávia, como devora el tigre; ¡el revolucionario conspira como respira el pecho! Despues que el conspirador Lucifer incitó contra Dios, en el fondo mismo del cielo, á los primeros revolucionarios de la creacion, todo verdadero revolucionario ha heredado de Lucifer, como su necesidad nativa, la precision de conspirar contra la verdad, contra el bien, contra el órden, contra la autoridad, contra la Religion, y, finalmente, contra la sociedad. Bajo el punto de vista en que se coloca, es decir, bajo el punto de vista de la destruccion, el revolucionario se encuentra delante de una necesidad siempre renaciente: la de conspirar. Esta necesidad tiene ignoro qué de inexorable; diríais que es una especie de fatalidad... De buen grado ó de mal grado, queda siempre en la humanidad algo que destruir; aún despues de todas las destruc-

ciones que Satanás realiza por medio de los revolucionarios, quedan siempre fragmentos de verdad en el mundo intelectual, chispas de bien en el mundo moral, restos de autoridad en el mundo político, y fortalezas en el orden del mundo intelectual; quedan, sobre todo, en el mundo religioso representaciones de la imagen de Dios, imagen importuna y aborrecida que el genio de Satanás quisiera expeler de la sociedad, donde, sin embargo de todo, subsiste eternamente incrustada, como si desafiase de un modo invencible á que la destruyan completamente.

El genio de las revoluciones tiene, pues, de continuo alguna razon para ensayar una protesta y para disponer una conspiracion; esto explica por qué los revolucionarios conspiran: conspiran por existir, en todas partes donde existen, y segun la medida en que existen; segun son más revolucionarios, son más conspiradores. Conspiran para lograr el poder, y, cuando lo han logrado, su instinto, más fuerte que su fortuna, les hace conspirar aún; de pié sobre un trono, aún no están

contentos, y aspiran á destronar; cualquier revolucionario, llevado al poder y áun al s6lio por la corriente de los sucesos, no es ni ser6 nunca sino un conspirador coronado. Conspir6 para reinar, reina para conspirar, y su conspiracion es s6lo la opresion. En toda hip6tesis, h6 aqu6 su alternativa: Conspirador, si no reina; opresor, si reina, conspirando áun ent6nces en su virtud para oprimir 6 los pueblos y confiscar sus libertades.

Ahora bien; ya lo hemos dicho, y es menester volverlo 6 decir siempre; el Socialismo es s6lo la Revolucion en su m6s vasta manifestacion: en la confluencia de todas las corrientes m6s 6 m6nos borrascosas que el viento de la Revolucion compele 6 trav6s del alma de los pueblos que agita, como tambien el c6mulo y la concentracion de toda la espuma revolucionaria; li6 aqu6 por qu6, como es la m6s completa expresion de la Revolucion, debe ser la m6s completa organizacion de la conspiracion; cualquiera que desde las alturas de la historia del pasado le hubiese podido ver mar-

char por los caminos del porvenir, hubiera podido profetizar, para el tiempo en que nos encontramos, el más gigantesco sistema de conspiracion que se ha visto nunca.

Así el Socialismo, sólo por ser la idea revolucionaria completa y absoluta, es necesariamente conspirador. Lo es además necesariamente tambien, por ser, en toda su verdad formidable, la pasion en el orden social, y particularmente la pasion que encierra tantas otras, nombrada por nosotros el odio social. Las pasiones hacen en la sociedad lo que hacen en el hombre: conspiran.

Se necesitaria todo un discurso para mostráros bien este fenómeno subjetivo, á saber: que nuestras pasiones, en su conjunto, constituyen dentro de nosotros una conspiracion permanente contra la verdad, contra el bien y contra Dios. La Iglesia católica, intérprete divina de todos nuestros grandes enigmas, explica este antagonismo que toma dentro de nosotros la forma de una conspiracion organizada contra todo lo verdadero, bueno, justo y santo, con la siguiente palabra que resuelve tantos problemas é

ilumina tantos misterios: el *pecado original*, la caída «adámica.» A consecuencia de esta caída, las pasiones, que, según el primer plan de la creación del hombre, sólo debían ser auxiliares, se convirtieron de pronto en enemigas. Dadas al hombre á fin de secundar su marcha hácia su destino y su vuelo hácia Dios, se volvieron repentinamente contra su propio fin, y, armadas contra Dios, pusiéronse á desviar al hombre de Él, sustrayéndole á su verdadero destino. En vez de auxiliar como ántes, se convirtieron en conspiradoras; forman la conspiración viviente y organizada en nosotros. Compelidas estas pasiones fuera del orden, y vueltas contra su fin, como los conspiradores, se unieron en un mismo objeto, que es la destrucción, como también en los mismos medios, que son los crímenes y las traiciones: un mismo impulso las compele; un mismo propósito las atrae; los mismos medios las secundan; un mismo soplo las inspira, y bajo este triple aspecto, todas juntas conspiran. Tal es, dentro de nosotros mismos, la expresiva y viviente imagen de

lo que el Socialismo nos muestra en el exterior. Puesto que los señores, los discípulos y los soldados del Socialismo no son ya ideas, sino pasiones encarnadas en hombres, estas pasiones hacen fuera lo que hacen dentro, ó, lo que vale lo mismo, conspiran; son en las muchedumbres lo que son en un hombre, es decir, conspiradoras. Aun sin saberlo, siguen su instinto, que es conspirar por una comun rebelion contra todas las autoridades; conspirar para un mismo fin, que es la destruccion de la sociedad; conspirar por los mismos medios, es decir, por todo lo que puede conducir las á su fin, porque son, sobre todo, las que practican el horrible principio que ha llegado á ser tristemente famoso: *El fin legitima los medios*; ¡aunque sea el crimen, aunque sea la violencia, aunque sea el pillaje, aunque sea el incendio, aunque sea el exterminio!

Ved, en efecto, lo que sucede en nuestras grandes ciudades, llegada la hora infanda de nuestras perturbaciones públicas; hablo especialmente de aquellas en las cuales la Revolucion y el Socialismo agitan las

ondas populares, como los vientos las olas del mar. Vedlo: todas las independencias, todas las envidias, todas las cóleras, todos los ódios, en una palabra, todas las pasiones están allí; allí están, enhiestas, impacientes y bramando, con el fuego en los ojos, la amenaza en los lábios, el oído atento á los rumores que retumban y á los soplos que pasan; allí están con el brazo tendido y el pié levantado, dispuestas á marchar á donde la Revolucion las empuje. Semejantes al caballo de batalla de que habla la Escritura, que percibe de léjos el olor de la guerra, *procul odoratur bellum*, respirando anticipadamente el humo del combate, todas estas pasiones, animadas por un mismo soplo, conmovidas por un mismo estremecimiento y arrastradas por una misma corriente de electricidad popular, parecen decir con una voz que resuena á lo léjos, como el mar en dias de tormenta: «Vamos, vamos á destruir este trono; vamos á lanzar este rey, este cónsul, ó este emperador; vamos á disolver esta asamblea; vamos á echar este gobierno; vamos á romper esta Constitu-

cion.» Quizás añadirán un día, con la llama y el hierro en la mano: «¡Vamos á incendiar estos palacios; vamos á saquear estas casas; vamos á exterminar todas estas cosas; vamos á degollar á todos estos hombres.»

Así el Socialismo hace lo que hacen las pasiones; conspira: es el genio mismo de la conspiracion organizada para destruir. No bien cualquier Socialismo venciera hoy, otro más digno por sus representantes de su origen y de su nombre, aún conspiraria mañana, porque, repitámoslo, la conspiracion está en su naturaleza y es, en un sentido verdadero, su necesidad invencible: tal es la misma fuerza de las cosas; la idea socialista y la pasion socialista son la conspiracion por esencia; hijas naturales del genio de la Revolucion, producen la conspiracion como su fruto necesario.

Por lo demás, Señores, para convencernos de que pasa en la realidad efectivamente lo que es propio de la naturaleza y de la esencia misma de las cosas, ¿no basta interrogaros á vosotros mismos, y evocar en este punto el testimonio de vuestras almas?

Hay en la vida de la humanidad horas en las cuales las generaciones tienen un sentimiento vago, pero profundo, de su mal presente y de sus peligros futuros. En estas horas llenas de amenazas, la humanidad está dotada como de una segunda vista que le revela, en las entrañas mismas de las cosas, el misterio de la realidad; diríase que estos videntes de la realidad presente son al mismo tiempo profetas de la realidad futura. Las mismas muchedumbres parecen dotadas entónces de un misterioso poder de intuición, y de un poder más misterioso aún de profecía. Literalmente, todos ven y profetizan; todos ven el mal que ha venido, y todos profetizan el mal que á venir va, si nada detiene la corriente que lo conduce. Se manifiesta entónces en las almas como un estremecimiento de vago terror, ó como una angustia de dolorosa expectativa, semejante á la que se experimenta delante de un mal que se ve aumentar todos los dias, y cuyas explosiones supremas se temen. Si no me forjo una ilusión demasiado fácil, tal es, á la hora en

que nos encontramos, la situación real de las almas, pero sobre todo de las simpáticas y luminosas que tienen, en la vista y en el sentido del presente, intuiciones y presentimientos del porvenir.

Pues bien, Señores; no temo decirlo: lo que las almas sienten hoy con un sentimiento profundo; lo que ven con una vista clara, es esto mismo, ó sea la conspiración socialista; lo que presienten para el porvenir es la explosión más ó ménos próxima de las fuerzas que acumula y de las máquinas que dispone. Para tener de ello certidumbre, y certidumbre plena, ¿necesito evocar más testimonios que vosotros mismos? ¿Qué otra cosa se debe hacer más que oír en el silencio la respiración de vuestras almas y el universal estremecimiento de la sociedad viviente? ¿Por qué no estamos tranquilos? ¿Y por qué la calma de hoy no puede garantírnos nunca la de mañana? ¡Ah! Es que bajo la mirada y bajo la opresión de la realidad, se dice: «El mal allí está; ¡está en el Socialismo, que se prepara, se organiza y conspira!»

Es verdad que en la superficie de la sociedad ha cesado de resonar el ruido de nuestras luchas fratricidas; pero en el fondo de las almas y en el corazón de la sociedad, ¿no existe, por ventura, nada que se deje oír? Es verdad que las llamas del incendio causado por el odio se han extinguido sobre nuestras ruinas, que aún están en pié; pero ¿han cesado absolutamente de arder en los corazones las llamas del odio mismo? Es verdad que la lava demagógica, que derriba los pueblos y las instituciones, no impele fuera sus olas devoradoras; mas ¿quién de vosotros no siente mover de continuo el suelo bajo sus piés? ¿Quién no alcanza que este foco de los odios sociales, lejos de ser una especie de cráter extinguido, es una especie de volcan que nos amenaza siempre con una nueva erupcion? ¿Por qué, aún despues de la derrota de las facciones, hay siempre algo que turba el sueño de la patria? ¿Por qué cuando, hace poco, la ola de la invasion extranjera se retiraba de nuestros confines, como la marea que retrocede; por qué habia entónces, y por qué aún existe hoy mismo,

en el propio centro de la pátria, algo que os parece más formidable que el azote de aquella invasion, sin embargo de ser tan poderoso en ruinas y fecundo en funerales? Cuando los más hábiles de la política y de la diplomacia os profetizan y prometen la seguridad, ¿por que no llegan á tranquilizaros sus promesas ni sus profecías? ¿Por qué una expectativa tan ansiosa y una inquietud tan dolorosa? Y cuando las voces más autorizadas, haciéndose eco verídico de una prudencia abnegada, parecen repetir sobre nuestras ruinas la frase del Profeta: «*Pax, pax*; confianza, confianza; conseguireis la paz,» ¿por qué hay una voz de las cosas, y una voz más invencible aún de nuestras almas, que nos grita en el presente, entreabriéndonos el porvenir: «No, esta no es la paz, esta no es la paz,» *sed non erat pax*? ¡Ah! Es que algo más fuerte que todas las voces de los hombres nos dice que el foco de la guerra, de la guerra social, de la guerra que á los hermanos mata y que á las sociedades derriba, subsiste aún; que nunca fué tan ardiente como ahora en el corazon

de la Europa, y sobre todo de esta Francia, tan simpática, tan generosa y tan bien hecha para realizar en ella y á su alrededor los prodigios del amor; es por último, que no sólo todas las voces interiores, sino también todas las de fuera; no sólo los estremecimientos íntimos de la sociedad viviente, sino también todo lo que se dice, y todo lo que se hace fuera, os grita, desde todos los extremos del mundo, que el Socialismo está delante de vosotros, no ya solamente como una idea y como una pasión, sino como una acción armada y amenazadora, que vive y que conspira; en una palabra: que la idea y la pasión socialista se han convertido en la acción socialista.

En efecto, Señores; el hecho, el hecho público, el hecho confesado, el hecho resonante, responde con un brillo siniestro al testimonio que viene del fondo de las cosas, y al testimonio que sale del fondo de las almas.

El hecho de la conspiración revolucionaria y socialista ha salido ahora de la sombra del misterio: organizado en las «lógicas» y en los conciliábulos de la Revolución

subterránea, desplégase actualmente sobre todos los teatros de la publicidad; hijo de la noche, resplandece á la luz del Mediodía; agrandado en las tinieblas, preséntase con toda claridad, y os dice, mirándoos: «¡Vedme aquí!» No cabe, ni es siquiera posible, hacernos en este particular una última ilusión. Nos vemos forzados á reconocerlo, por las siniestras claridades que iluminan para nosotros el abismo; sí, vive la conspiracion socialista en la sociedad; su existencia se acusa y se denuncia en todas partes.

¡La conspiracion socialista! Hay genios que la organizan, que dan su palabra de orden, que disciplinan sus fuerzas, y que, por misteriosos resortes, tienen en sus manos todos los hilos complicados y todo el mecanismo «unitario.»

¡La conspiracion socialista! Hay vientos que pasan y atestiguan su vitalidad, como la respiracion de vuestros pechos prueba la vida que hay en vuestro seno; más fácilmente negaríais el viento que pasa levantando el polvo del camino, que podríais negar este viento tempestuoso que, de un ca-

bo á otro de la Europa, atraviesa bramando el mundo social.

¡La conspiracion socialista! Hay sucesos que la demuestran; tristes y públicas orgías que nos han revelado el fondo de la sociedad viviente; intentonas abortadas, qué, aún en su aborto, nos hacen ver y presentir lo que sería, en la hipótesis de un triunfo completo, el monstruoso parto que promete al mundo social el error socialista convertido en dueño de la sociedad.

¡La conspiracion socialista! Hay palabras que arrojan á lo léjos chispas abrasadoras, y elocuencias que atizan el fuego á través del mundo entero; palabras audaces que predicán su legitimidad, y elocuencias inflamadas que avivan sus ardores; palabras subversivas que hánla hecho pasar á través de los gobiernos dejándola libre curso á través de los pueblos aterrorizados y sorprendidos; elocuencias incendiarias, que tienen tribunas bastante altas para ser oídas de todas partes.

¡La conspiracion socialista! Hay, en fin, programas que, no sólo atestiguan su exis-

tencia, sino que dan su fórmula, que manifiestan sus designios, y que atrevidamente fijan el objeto que se propone; programas verdaderamente inauditos, de los cuales queremos dar un ejemplo auténtico muy reciente aún: «Mandados á todos nuestros hombres que aticen el fuego del odio y de la venganza, por nosotros encendido, contra *la Religion, la autoridad, los ricos y los de la clase media...* No se han apaciguado nuestros corazones, ni nuestros espíritus. Muy pronto recurriremos á las explosiones violentas y terribles que pondrán fin al sistema social existente, destruyendo, si es necesario, por el hacha y el fusil todo lo que hoy se conserva en pié en el orden civil y religioso (1).»

Hé aquí la realidad de la conspiracion socialista, atestiguándose á sí propia en plena luz del siglo XIX.

¿Cuál es la fuerza y el poder de esta conspiracion? Hé aquí lo que importa indagar y poner en evidencia.

(1) Comité central de Lóndres, 13 Julio 1871.

II.

En presencia de los programas salvajes que, á fuerza de repetirse, casi han perdido el poder de maravillarnos; en presencia de dichas proclamaciones públicas de matanza, de incendio, de pillaje y exterminio que nos hallan ¡ay! en número demasiado grande aún, como dormidos al borde del abismo entreabierto, existe una cuestion que cada uno, á la faz de Dios, de los hombres y de sí mismo, se formula necesariamente. Estos programas de demolicion social, ¿son bravatas de algunos dementes furiosos, que no saben lo que se dicen? ¿O bien, para convertir en hechos estas fórmulas de «bandolerismo cosmopolita,» tiene la conspiracion socialista en sus manos fuerzas y medios capaces de trasformarla en un peligro para la sociedad y en una amenaza para la civilizacion? ¿Qué importaria el atrevimiento de amenazar y la pretension de hacer miedo,

si la conspiracion, detrás de tales pretensiones y amenazas, no pudiese obrar?

Ahora bien, Señores: ¿qué pensais vosotros? ¿Es, por ventura, un vano ruido que se lleva el viento la amenaza de la conspiracion que se denuncia en los programas á sí propia, y que toma delante del mundo social entero una actitud agresiva? ¿Es sólo un espantajo sin cuerpo, una especie de fantasma ó espectro evocado con el fin de hacernos creer en peligros imaginarios? No, Señores, no; lo que os amenaza y procura intimidaros no es sólo un fantasma vacío y un espectro vano. Detrás de dichas fórmulas, programas, amenazas y desafíos, es preciso convenir en que hay un poder, y un poder formidable.

¿Cuál es este poder? Ni vosotros ni yo conocemos bien todo su misterio, porque, no obstante su gran notoriedad, queda en su fondo algo que participa del misterio. No podemos referir todos los hilos que tiene la conspiracion en su mano, ni todos los resortes que, con unapalabra, una señal ó un gesto, puede mover á través de la Europa

entera, ni todas las fuerzas preparadas á obedecer su voz, ni todos los recursos de que dispone para la realizacion de sus designios y el triunfo de sus ambiciones.

Empero, cuatro cosas sobre todo brillan de una manera extraordinaria en este poder de accion; cuatro grandes fuerzas (prescindiendo de las otras) se unen para constituir el haz de una misma fuerza; poder cuádruple y uno, que funciona bajo el mismo impulso, que tiende al mismo fin, y que obedece á la misma señal: es el poder de la prensa, el poder del oro, el poder del número, y el poder de la organizacion.

El poder de la *prensa* es, sin disputa, el poder mayor de los tiempos modernos; es el poder de multiplicar indefinidamente todas las manifestaciones del pensamiento, todos los delirios de la fantasía, todos los sentimientos del corazon y todos los gritos de la pasion; es el poder de «universalizar,» de perpetuar y de precipitar, con el movimiento de las ideas, el movimiento de las pasiones, y con éstas el movimiento de todas las cosas, pero particularmente la marcha de

las revoluciones. Necesitaria un discurso, y más de un discurso, para mostraros, tal como es, este poder gigantesco, verdadero dominador de las inteligencias en el siglo XIX.

¡Pues bien! La conspiración socialista en todas partes ha cogido en su mano este poderoso instrumento de acción, esta vastísima palanca de las conmociones populares, esta grande máquina de las revoluciones políticas y sociales. Si lo dudais, contad, en la prensa socialista, sus órganos reconocidos y sus órganos cómplices, más numerosos, que ofrecen acaso mayor peligro. La prensa socialista constituye todo un ejército de literatos ó de «semiliteratos» que trabajan como un hombre para el triunfo de una misma causa, y que, á fin de conseguirlo, ponen en práctica todos los medios que puede inventar el genio del odio, haciendo de la palabra humana el uso más abominable que nunca se hizo en la humanidad.

Esta no es ocasión de mostraros, en su conjunto y en sus detalles, el ejército de la

prensa socialista. Hago constar solamente que la prensa socialista es hoy como el animal misterioso del *Apocalipsis*: no tiene sólo una voz, sino que tiene cien, y mil, aún contando únicamente nuestro país de Francia. ¿Puedo hacerlos oír las voces que hace hablar en todos los países del mundo, y las predicaciones antisociales que hace retumbar en todos los confines de la tierra? Todas estas voces, bajo fórmulas indefinidamente várias, dicen la misma cosa; dicen, contra la sociedad, lo que Caton decia contra Cartago: «¡Es preciso destruirla! ¡Es preciso destruirla!»

Ahora bien: si una palabra, una sola en ocasiones, es tan potente para levantar las masas, ¿qué no podrán, para remover la grande alma del pueblo, estos millares ó millones de voces que hacen resonar, en todas partes y siempre, el grito de la guerra social?

Llegado á este punto, no encubriré un pensamiento que pesa sobre mi alma y sobre mi corazón. Entre muchos más, señalo en el mundo conservador un abuso lamen-

table. Lo que me aflige, como sacerdote y como ciudadano, es ver no sé cuántos hombres que se llaman á sí mismos conservadores, y aún religiosos, haciéndose cómplices indirectos y quizás «inconscientes» de la prensa armada contra la sociedad y contra la Religión. ¡Lo que me causa una dolorosa estupefaccion es ver cómo, por la lectura imprudente del periódico, y por la suscripcion á él, más imprudente aún, la prensa encarnizada que procura batir en brecha el orden social, gracias á nuestras compli- cidades indirectas, halla en el mismo mundo conservador recursos con que atacarnos!

El socialismo dispone de otro gran poder contemporáneo, que se llama el poder del *oro*. ¡El oro, este otro rey del mundo moderno; el oro, que pesa tan espantosamente hoy en todas las balanzas donde se deciden los destinos de los pueblos; el oro, que no es solamente, como le han llamado, el resorte del comercio y el nervio de la guerra, sino tambien un instrumento de revolucion, y frecuentemente tambien una máquina de destruccion; el oro, que cor-

rompe las almas y compra las conciencias; el oro, en fin, que, sembrado á manos llenas en las generaciones pervertidas, produce en ellas, con cosechas de crímenes, cosechas de cobardías, de vilezas y de apostasías! ¡Ah, Señores! ¡Si supiéseis todo lo que puede y todo lo que hace, aún en las manos de los poderes que se llaman conservadores, comprenderíais lo que debe ser el poder del oro en las manos de la Revolucion socialista y conspiradora! ¿Quién podría hoy ignorarlo? Este poder del dios Mammon, que destruye los tronos, rebela á los pueblos y disuelve á las naciones, está hoy en las manos de la conspiracion socialista. Como la conspiracion judáica contra el Salvador del mundo, tiene asimismo el oro en sus manos, y dice al genio del mal, señor de los tesoros de la tierra, mostrándole la sociedad viviente: *Quid vultis mihi dare?* ¿Qué me dareis y os la entregaré? *et ego vobis tradam!*

¿De dónde vienen estos tesoros y estas riquezas? ¿De qué fuentes brotan estos rios de oro, que van á todas partes con el fin de alimentar la conspiracion y de alentar á

los conspiradores? ¡Misterio! Lo que no es un misterio es el hecho. Los millones están en sus manos; con ellos la conspiracion compra hombres dispuestos á vender á la sociedad, y multiplica los brazos prontos á herirla; en una palabra: recluta y aumenta de dia en dia el número de los soldados alistados bajo su bandera.

Aquí está el tercer poder de la conspiracion socialista; el poder del número, ó el poder de los hombres consagrados al triunfo de su causa. La fuerza soberana en el órden social es el hombre mismo; el hombre, con su cuádruple potencia de comprender, amar, querer y herir; el hombre, armado con su pensamiento, su corazon, su voluntad y su brazo; el hombre, con estas cuatro fuerzas, conspirando á un mismo fin, capaz de abrirse, á través de la creacion, un camino triunfal, y de abatir cualquier obstáculo que halle á su paso.

Hé aquí por qué lo que buscan ante todo los revolucionarios, los reformadores y los agitadores son *hombres*, muchos hombres, dispuestos á poner al servicio de su idea y

de su designio todas las fuerzas humanas; porque nada en la humanidad se hace sin el genio, el amor, la voluntad, el brazo, en una palabra, el poder del hombre.

¿Qué pensais, Señores? ¿Tiene tambien la conspiracion socialista en su mano éstas más fuertes y más terribles máquinas que se denominan *hombres*? ¿Quién podria hoy contar los hombres que ha reunido, regimentado y juramentado? *Multitudinem ejus, quis enarrabit?* ¿Cuántos son? ¿Cuál es con exactitud el valor numérico de la conspiracion socialista? Dejemos las cifras fantásticas, que aumenta el cálculo de los unos y el terror de los otros; atengámonos á las menores estadísticas entregadas á los vientos de la publicidad. ... Sea lo que sea de la exactitud matemática, y del número preciso de los soldados alistados en el ejército y bajo la bandera socialista, convienen todos en que débense contar por millones: hecho único en la historia de las conspiraciones. Millones de hombres respirando la misma atmósfera, defendiendo la misma idea, compelidos por un mismo deseo, animados por

una misma pasion, dispuestos á levantar el brazo á la primera señal, y á herir como un solo hombre; yo pregunto; ¿se vió jamás esto, ni áun en Roma, en pleno incendio de la guerra social que tuvo un momento en jaque la fortuna y el valor de Pompeyo? ¿Quién no ve que la revolucion de Espartaco, extendiendo su brazo contra Roma, y azuzando contra los hombres libres á la muchedumbre de los esclavos, era sólo un juego de niños al lado de la conspiracion armada que levántase hoy enfrente de la civilizacion?

Hé aquí por qué todos debeis acoger con amor, y alentar con un concurso eficaz, las obras que, como la de los Círculos católicos de obreros, tienen por objeto inmediato quitar soldados al Socialismo, y extender los rangos de la defensa social. Porque tal es la ley que decide los triunfos y las derrotas; prescindiendo de raras excepciones, la victoria pertenece á la fuerza mayor, y la fuerza mayor corresponde al poder del número.

En fin, el cuarto poder que yo veo en

las manos de la conspiracion socialista es el poder de la *organizacion*. Grande, como hemos dicho, es el poder del número; pero lo que lo multiplica, y lo que sobre todo decide las grandes victorias, es el poder de la *organizacion*. Ved la fuerza inherente á toda *organizacion*, cuando está sólidamente constituida; ved cómo, á vuestros ojos, la conspiracion socialista ha conquistado esta fuerza de la *organizacion*; ved, por último, lo que es la sociedad viva delante de esta conspiracion organizada tan sábia como fuertemente, y comprendereis acaso mejor el peligro que á la sociedad amenaza.

¿Necesitamos advertir siquiera lo que puede la *organizacion* de las fuerzas humanas? ¿Quién osará desconocer que toda *organizacion* multiplica la fuerza de cada uno por la de todos, y la de todos por la de cada uno?

¡Ah, Señores! Un hombre, un hombre solo, no obstante todas las potencias y todas las grandezas que Dios ha reunido en él, es tan débil como pequeño: el aislamiento le amedrenta, le paraliza y quítale hasta el

sentimiento de su poder real; solo, se siente como una caña, incapaz de sufrir sin doblarse el viento de la tormenta, y condenado anticipadamente á romperse mañana, si no se rompe hoy; al paso que millones de cañas frágiles y débiles como él componen un haz inquebrantable, y á veces una fortaleza invencible. ¡Ah! Si la Escritura ha podido decir: «Un hermano auxiliado por un hermano es como una ciudad firme,» *frater adjutus a frater quasi civitas firma,* ¿qué será ver millones de hermanos socorridos por otros hermanos, dándose la mano, y socorriéndose mutuamente, para marchar á un mismo fin y conseguir un mismo triunfo?

Aun aquí, sobre todo aquí, pregunto: ¿dispone de este poder de la organizacion la conspiracion socialista? ¿A qué fin insistir para demostraros el fenómeno lleno de amenazas y de peligros, cuando revélase con tal evidencia é impónese con tal brillo?

En efecto: esta organizacion brilla en todas las esferas de la vida intelectual, literaria, política y social; brilla en la prensa,

BOULDER HERBARIUM
FEBRUARY 20 1897
UNIVERSITY OF COLORADO

siempre atenta y fiel á la palabra de órden de sus directores y de sus jefes; brilla en los sistemas de educacion y en las ligas de la enseñaanza; brilla en las maquinaciones idénticas de todos los hombres conducidos á un puesto cualquiera por el soplo de la idea ó de la pasion socialista; brilla, sobre todo, en la hora decisiva de las elecciones, en las cuales mil hombres votan como uno solo, y donde las muchedumbres, y áun los propios elegidos, abdicán su libre accion en presencia del mandato imperativo que les impone la organizacion.

No insistamos, y preguntemos: ¿qué es en sí misma, y qué puede para su propia defensa la sociedad actual ante esta inmensa conspiracion, armada, con el fin de atacarla, de la más sábia y de la más perseverante organizacion que ha desplegado nunca una conspiracion bajo la capa del cielo...?

¡Ah! Es demasiada verdad que somos la division delante de la union; que somos la pulverizacion delante de la concentracion, y que somos la separacion delante de la organizacion. Hace poco nos enseñaban lo

que una organizacion poderosa puede para vencer una sociedad desorganizada. Se dice que fuimos derrotados por el poder del número; sí, pero lo fuimos más aún por el poder de la organizacion. Y lo que es verdad en una guerra extranjera, donde un pueblo viene á las manos con otro, ¿pensais que lo es ménos en la guerra social, cuando se ve armados unos contra otros á los hijos de una misma pátria?

Hé aquí el hecho, el hecho actual, el hecho viviente, el hecho palpitante, como se dice hoy, y que prefiero simplemente llamar el hecho amenazador: hé aquí la conspiracion armada de las cuatro grandes potencias de la Prensa, del Oro, del Número y de la Organizacion. Sí; muchos periódicos, mucho oro, muchos hombres; hubiera podido añadir muchos arsenales donde, á una señal dada, todos los soldados del Socialismo irán á coger las armas á fin de atacar á la sociedad; todo esto unido, apretado en un ejército inmenso, marchando al mismo paso y obedeciendo á los propios jefes.

Hé aquí delante de vosotros la conspiracion socialista; en el silencio como en el ruido, cuando se calla lo mismo que cuando habla, os grita: «Tenedlo entendido. Mañana os atacaré; mañana os heriré; mañana os destruiré.»

Acabamos de ver, con su existencia, la fuerza de la conspiracion socialista. Veamos ahora algunos de los caracteres que hacenla particularmente formidable, y comprenderemos mejor aún qué actitud debemos tomar, y qué deber nos impone la Providencia, delante de una agresion cuyo triunfo sería, entre nosotros, la misma ruina de la sociedad.

III.

¿Cómo pintaros, con su verdadera fisonomía, esta conspiracion cuya existencia acabamos de probar y cuyo poder acabamos de mostrar? ¿Cómo deciros los caracteres que deben hacérosla particularmente temi-

ble? Procuremos, sin embargo, bosquejar rápidamente algunos de sus rasgos principales.

Lo que hace desde luego de la conspiración socialista el gran peligro de la sociedad, es su carácter de *universalidad*. Cuando una acción conspiradora está «localizada;» cuando se organiza y se mueve sólo en algún punto del territorio que abarca el reino, el imperio ó la república, parece que no hay motivo para conmoverse mucho, sobre todo si el punto donde la conspiración ha colocado su foco no es el centro, ni la cabeza de la patria. Un golpe fuerte dado en su lugar y tiempo por una mano vigorosa y por una voluntad resuelta, es bastante ordinariamente para extinguir el foco conspirador y arrojar al viento las chispas que, dispersándose, á extinguirse van en el vacío, ó son á lo ménos impotentes en adelante para producir un incendio. Mas cuando la acción conspiradora ha llegado á tener el carácter de una verdadera universalidad; cuando sus focos, no solamente se han multiplicado, sino que en un senti-

do verdadero existen en todas partes; cuando en cada puesto importante, donde la pátria sólo debia tener defensores, prestando á su seguridad el arma de su valor y el escudo de su patriotismo, encuentra muchedumbres atentas por sus ideas á la idea conspiradora, por sus pasiones á la pasion conspiradora, y que, sobre todo, han consagrado su accion á la accion conspiradora, ¿quién no vislumbra que, en situacion tal, el peligro de la pátria es inminente, y hállese amenazada de supremos desastres?

Ahora bien: ¿no tengo razon para sostener que hoy es precisamente tal el carácter que ante la sociedad ha tomado la conspiracion socialista? No sólo existe en cierto grado la conspiracion en todas partes en la pátria; existe tambien fuera; existe á uno y otro lado de las fronteras que intenta en adelante borrar en su sueño de una imposible asociacion. La conspiracion socialista no está organizada solamente contra la pátria, sino contra todas las pátrias; no es únicamente nacional, sino *internacional*, como denomínase á sí propia con soberbia: pronto,

si continúa marchando y extendiendo su esfera, podrá llamarse *omni-nacional*.

Aquí, Señores, está el inmenso peligro de nuestra sociedad: la universalidad de la conspiración socialista. Es ciertamente ya un mal muy grande, mucho mayor de lo que se imagina, para la nación que lo lleva en su seno, que una conspiración tenga en todas partes inteligencias, complicidades y fuerzas organizadas contra la patria: decir que entre las fronteras que la guardan contra el extranjero, al Oriente y al Occidente, al Septentrion y al Mediodía, en las extremidades y en el centro, hay hijos de la patria, armados con sus ideas, con sus pasiones y con sus brazos contra la seguridad de la patria, ¿no es ya esto bastante, y aún demasiado, para turbar el sueño de una gran nación? ¿Qué más se necesita para robarle, aún en la paz de cada día, la seguridad de mañana, y conseguir que tema cada uno y teman todos, aún en la calma de un presente, por sereno que parezca, las eventualidades de un porvenir preñado siempre de tempestades? ¿Qué será,

por lo tanto, ver á la claridad de los sucesos y á la luz de la evidencia que, mientras este poder conspirador está organizado en el seno mismo de la pátria, con las proporciones formidables que os acabo de mostrar, en todas partes tiene, fuera de la misma pátria, á través de la Europa, por no decir á través del mundo, proporciones más formidables aún, y que la organizacion interna se une, por mil hilos misteriosos, á la organizacion exterior? ¿Qué será, por último, deber decir que la espada de la conspiracion armada (esta inmensa espada, cuyo puño, segun la hora y el acontecimiento, está en París, en Lóndres, en Génova ó en otras partes, hiriendo tan pronto á la luz del sol como en la sombra), es suficientemente grande para que su punta llegue á todos los extremos del mundo, y bastante fuerte al mismo tiempo para dar golpes capaces de turbar á los pueblos y comprometer á las naciones?

Pues bien, Señores; lo que os muestro yo ahora, ¿qué más es sino la fidelísima imágen de un hecho que se descubre con

una claridad bastante siniestra para que todos conciban legítimas preocupaciones, por no decir legítimos temores?

Y sin embargo, no he dicho aún todo lo que la conspiración socialista tiene de más formidable, por cuanto hay en este inmenso foco de pasiones conspiradoras algo más amenazador que su universalidad: refiérome á su perpetuidad y á su *permanencia*.

En otro tiempo, las conspiraciones, limitadas en su extensión, lo eran más todavía en su duración. Desaparecían con lo que á ser venía su causa ó pretexto; eran esencialmente transitorias. No tenían, por otra parte, tampoco en las generaciones vivientes raíces profundas. Estando como estaban fundadas, por punto general, en cosas de leve monta, el golpe que las hería las desarraigaba y frecuentemente hacía las morir; una vez muertas, no volvían á renacer á la mañana siguiente; no tenían el poder maldito de eternizar las agitaciones de la patria, ni de tenerla «jadeante» y siempre despierta bajo el golpe de una perpétua amenaza.

Debe decirse todo lo contrario de la cons-

piracion revolucionaria, propiamente dicha, y en particular de la conspiracion socialista, que parece tener en jaque la seguridad de las naciones mejor armadas y más seguras de sí mismas. Este es, en general, en la sociedad moderna un hecho verdaderamente nuevo, y más formidable aún en sus efectos que nuevo en su aparicion.

Despues que, bajo nombres diversos, la Revolucion, marchando subterráneamente para mejor estallar luégo á la luz del sol, ha conducido en la sombra sus legiones disciplinadas; despues que este ejército de la noche ha empujado en todos sentidos la mina que debia, segun sus designios, hacer estallar, con los templos y las instituciones religiosas, los templos y las instituciones políticas, la conspiracion contra las religiones y las pátrias ha tomado un carácter de *continuidad* y de perpetuidad; ha venido á ser, en el sentido más riguroso, la conspiracion permanente; subsiste, como subsiste su razon de sér; vive, obra, conspira, no sólo un dia, sino siempre, porque su razon de vivir, de obrar y de conspirar continúa sien-

do la misma de continuo. Un día, forzada necesariamente á plegar su estandarte y á sustraerlo á la luz, lo enseña por la noche, y otro día lo hace reaparecer, desplegándolo y agitándolo con mucho más ruido que nunca sobre la cabeza de los pueblos que se despiertan sobresaltados por algun nuevo rayo de la Revolucion. Aplastada hoy por un golpe victorioso, lo mismo que ciertos animales que protegen, por una astucia instintiva, su existencia en peligro, se detiene, se calla, se oculta en la sombra, se hace la muerta, en fin, para que no traten de hacerla morir realmente. Empero, no bien sopla un viento que le trae una esperanza, á la primera descarga que conmueve la atmósfera social, por una explosion subitánea, sale de sus «lógias,» de sus cavernas, de sus subterráneos y hasta de sus prisiones, viéndose la reaparecer con ardores, ambiciones y audacias que no conocia el mundo aún. Sobre todo los que traen de los subterráneos donde han conspirado, y de las prisiones donde se han enfurecido veinte años, los rostros más arrugados, los cabellos más

encanecidos y las cabezas más trastornadas, al cabo de los veinte años no han perdido nada de su fanatismo revolucionario ni de su ardor de conspirar; la sociedad, siempre turbada por ellos y en peligro siempre, tór-nalos á ver con espanto, como las más as-querosas personificaciones de la Revolucion continúa y de la conspiracion permanente. Condenados, proscritos, encarcelados por haber conspirado, están prontos, más que nunca, á seguir conspirando; y esto, que es indudable de algunos hombres que de una manera especial encarnan en sí mismos el genio revolucionario y socialista, es incontrovertible de todo el Socialismo contemporáneo: es la permanencia y la continuidad de la conspiracion.

Hé aquí, Señores, lo que constituye para la sociedad moderna un peligro ignorado por nuestros padres; hablo de nuestros padres que vivieron más allá del ciclo de nuestras revoluciones. Hé aquí lo que constituye propiamente, y en el sentido más riguroso, el riesgo social de la época en que nos hallamos.

¡Ah! Cuando la conspiracion es sólo de un dia ó de un año, comprendo que, una vez ahogada, pueda la sociedad emprender de nuevo seguramente su marcha progresiva, bajo el escudo de la fuerza extendido á fin de protegerla; la pátria, libre de los conspiradores, puede dormir entónces su tranquilo sueño. Mas cuando la conspiracion es permanente; cuando existe de continuo, siempre organizada y siempre agitando; cuando hoy, y mañana, y pasado mañana, de dia y de noche, sin tregua ni descanso, subsiste con el ojo abierto, con el ódio en el corazon y el arma en el brazo, dando vueltas, si puedo decirlo así, alrededor de los tronos y de los gobiernos, buscando, con el fin de abrir brecha, los lados débiles del poder, esperando, como la hora que debe dar la señal de su triunfo, un instante de desfallecimiento en la sabiduría, en la fuerza, en la prevision, ó en el acuerdo, ¿cómo esperar que este demonio que se llama legion, que vela de continuo y que no duerme nunca, no hallará un dia los centinelas dormidos, y acaso abierta la

ciudad y desarmado el poder? ¿Cómo creer que nunca cogerá en falta á nuestros políticos, sin excluir á los más avisados, á nuestros hombres de Estado, sin excluir á los demás experiencia, á nuestros capitanes, sin excluir á los más abnegados? ¿Cómo persuadirse de que, expiados, acometidos y provocados hoy, mañana y siempre, triunfarán hoy, mañana y siempre? En presencia de la conspiracion continúa y del ataque permanente, ¿cómo creer en la continuidad del éxito y en la permanencia de la victoria? ¿Cómo pensar que esta legion que conspira en todas partes y siempre, no hallará nunca, para dar sus golpes triunfantes, ni falta de coraza, ni falta de fortaleza, ni falta de genio, ni falta de sabiduría, habilidad y prevision?

¡Ah, Señores! Inútil en este punto es engañarse y cerrar uno mismo los ojos; la conspiracion permanente, un dia ú otro, es la conspiracion triunfante. Lo contrario sería un prodigio en el orden social, y no tenemos derecho á esperar prodigios para salvarnos y defendernos; sobre todo, no los te-

nemos para esperarlos en el orden social. No somos más fuertes que la fuerza de las cosas; ahora bien: este triunfo, más ó menos acelerado, más ó menos diferido de la conspiracion permanente, se halla en la fuerza de las cosas: no lo conseguirá mañana, si quereis, ni pasado mañana; pero ¿qué importa si estais en presencia de lo inevitable? La conspiracion permanente fracasará nueve veces; pero probará fortuna diez, ciento, si es preciso, y á la centésima pasará; una vez que haya pasado, como el rio que ha roto su dique, nada la contendrá; pasará sobre vuestros hogares, sobre vuestros templos, sobre vuestras familias, sobre vuestras instituciones, sobre vuestras fortunas, y principalmente sobre vuestras fortunas; plantará su estandarte sobre todas vuestras ruinas, y quizás sobre el suelo regado con vuestra sangre, diciendo: *Væ victis!* ¡Ay de los vencidos; existo y únicamente yo existo!»

Para sustraernos á esta inexorable conclusion de la lógica de las cosas, necesitaríamos los dos privilegios siguientes: necesitaríamos ser infalibles é invencibles. Aho-

ra bien: muchos errores os gritan que no sois infalibles, y muchas derrotas os gritan en voz más alta todavía que no sois invencibles.

¿Es esto todo, Señores? En esta conspiración, ya dos veces formidable, ¿queda todavía algo que señalar? Sí: con el carácter de la universalidad y con el carácter de la perpetuidad, os señalo el carácter que distingue sobre todo á esta conspiración absolutamente inaudita: el carácter de la *implacabilidad*.

Estamos en presencia y bajo el golpe de una conspiración verdaderamente *inexorable*, lo que constituye para la sociedad un riesgo á ningun otro parecido; porque, bajo este aspecto, nada semejante sin duda se ha visto, desde que existe, en el mundo de las conspiraciones y de los conspiradores. Frecuentemente han existido conspiraciones en la historia de los pueblos; pero, por censurables que fueran, no tenían este carácter que con gusto denomino satánico: no eran implacables é inexorables. Nacidas por circunstancias accidentales, y generalmente apoyadas

en causas más ó ménos conocidas, nada tenían de la infernal terquedad de la conspiración revolucionaria, según la vemos á la hora presente, organizada á nuestro alrededor. Conducidas por ambiciones pasajeras ó por acontecimientos transitorios, deteníanse con las ambiciones que las habían inspirado, y con los acaecimientos que las habían sugerido. Después de tal derrota sufrida, ó de tal victoria lograda, se desarmaban, marcando su triunfo ó su derrota el fin de una conspiración que no tenía motivos de existir.

Mas la conspiración que nada puede satisfacer y que nada puede apaciguar; la conspiración que, aún después que se desarma su brazo, conserva su corazón siempre armado; la conspiración que, hasta en el seno de sus mismas derrotas, de los calabozos y de los destierros, guarda sus odios conspiradores, y que todavía entonces, entonces más que nunca, renueva en la sombra, contra la sociedad vencedora, el juramento de las represalias y de la venganza; la conspiración que tiene á la vez el fana-

tismo de la idea y el fanatismo de la pa-
sion, excitándose mutuamente é iluminan-
do el uno y el otro sus mútuos ardores; la
conspiracion que llega á todos los extremos
de la Europa gritando por todas las voces
de la publicidad: «Seremos el gobierno, el
único gobierno, ó no existirá gobierno;
mandaremos á la sociedad, ó no existirá so-
ciedad; seremos los amos de la pátria, ó no
existirá pátria; tendremos la Francia, ó no
existirá la Francia;» la conspiracion á la
cual se ha oido hace poco gritar con todas
sus fuerzas, en el seno de una borrasca so-
cial: «¡O nos apoderaremos de París, ó lo
destruiremos!» como si hubiese dicho: «Nos-
otros, nosotros solamente, nosotros de con-
tínuo, nosotros ó la destruccion, nosotros ó
la ruina, nosotros ó la nada;» la conspira-
cion, en fin, que ayer mismo ó anteayer, y
no ántes, osaba decir, por uno de sus órga-
nos reconocidos: «Nuestro fin es llegar á la
destruccion irrevocable del mundo anti-
guo (1),» ¡ah, Señores! esta conspiracion

(1) *Commune*, 27 Marzo 1871.

tiene un nombre, un nombre que se ha dado á sí misma, el mejor, en una palabra, para expresar todo lo que lleva en su seno; un nombre que la caracteriza y la denuncia á los hombres de hoy como á los del porvenir, con su carácter antisocial, con su naturaleza salvaje, inhumana, satánica; hé aquí este nombre: *implacable, inexorable*, ó, como se han vanagloriado públicamente sus fautores, áun llamándose á sí mismos los más moderados: *Irreconciliable*. «Sí, dicen ellos: ¡nosotros nos llamamos y somos irreconciliables! No nos habéis de paz, porque os contestaremos con la guerra.» ¡*Irreconciliables!* Háse arrojado al mundo esta palabra de la ambicion y del destino socialista, haciendo resonar todos los ecos de la prensa que retumban todavía. ¡Ah! Esta vez que oigan los que tienen oídos: *Qui habet aures audiendi, audiat*. «La palabra ha sido lanzada desde todas partes y os han intimado para que contesteis: ¡*Irreconciliables!* Y lo que ellos dicen, lo hacen; lo que prometen, lo cumplen, á lo ménos en cuanto pueden. Nada les reconcilia, nada les

aplaca, nada les hace decir: «Es bastante.»

Tal es el Socialismo en sus órganos más consagrados á él y más activos. Y áun cuando para sorprender á la mejor sociedad parece querer reconciliarse con ella, áun entónces, creedlo, conspira contra ella, tratando de ahogarla en el abrazo de una amistad fingida. Es cual el ódio personificado en Neron, cuando se le propuso que se reconciliase con Británico; tambien él exclamó con una rabia que se concentra para estallar mejor:

¡Sí, le abrazaré; pero será con el fin de ahogarle!

Despues de esto, ¿qué decir de la sabiduría de los políticos que están meditando aún para ver cómo apaciguarán á la bestia, que no quiere apaciguarse, y que se preguntan si, humillando cada vez más ante sus tentativas y sus crímenes las líneas eternas del derecho social y de la justicia humana, se conseguirá desarmar estos corazones, y conseguir que cesen sus cóleras? Algunos se han dejado oír, que piden pactos desastrosos y alianzas imposibles con

los conspiradores; esto, segun dicen, para salvar por la concordia y la civilizacion á la pátria, amenazada de perecer por la discordia y la division. ¡Salvadores indiscretos, que, bajo el pretexto de ser elementos con los bandidos, á los cuales denominan hermanos, vendrian á mostrarse parricidas respecto de la pátria que denominan su madre! ¡Ilusiones generosas acaso, pero ilusiones! Olvidan lo que constituye la esencia misma del Socialismo; olvidan lo que es su idea fija, su pasion dominante y su resolucion inquebrantable; olvidan, en fin, que la conspiracion socialista es, como ella misma se proclama, una conspiracion *implacable*.

Es preciso añadir el último rasgo que acaba de pintarla, y que ya se denuncia en lo que acabamos de manifestar: la conspiracion socialista es la conspiracion *á muerte*.

Hé aquí lo que debe arrancar de su sopor áun á los más adormecidos, y de su sueño á un á los más aletargados: ¡la conspiracion *á muerte!*

Oid, Señores, oid sobre este punto las

palabras que hace poco salian de uno de los conciliábulos más célebres del Socialismo contemporáneo:

«Los tiranos han abierto un abismo profundo entre ellos y los trabajadores: este abismo sólo se puede colmar con los cadáveres de los unos ó de los otros.»

Tal es el programa definitivo de la Revolución socialista.

¡Ah! Cuando una conspiracion sólo se fija en un hombre ó en una institucion determinada, en tal abuso del poder, en tal restriccion de libertad, en tal artículo de una Constitucion, ó en tal forma de gobierno; cuando sólo pide tal ó cuál cambio en la escena política; cuando escribe sólo sobre su bandera la palabra *Reforma*; reforma de las instituciones, de las leyes, de las administraciones, comprendo que entónces la sociedad, sin comprometerse del todo, pueda querer calmar sus cóleras por la conciliacion. Puede dar á lo que sirve de pretexto para la rebeldía una satisfaccion momentánea; puede pactar, en fin, con tal que esto no sea la debilidad que pacta con la pasion,

sino la fuerza que pacta con la razon. Aun cuando estos pactos, en presencia de la conspiracion que amenaza, ó del motin que chilla, son siempre peligrosos, nada tienen de esencialmente mortal, ni de necesariamente fatal para la sociedad que pacta.

Mas cuando la conspiracion no intenta destruir tal abuso del poder, ni tal forma de gobierno, sino la sociedad misma; cuando anuncia, publica y celebra por todas las voces que hace hablar en el mundo esta ambicion suprema: *Destruir, para rehacerla desde la base hasta la cumbre, á la sociedad viviente*, y para esto, si es menester, regar con la sangre de los que llama sus tiranos los fundamentos de la sociedad en que sueña; ¡ah, Señores! cuando la conspiracion ha dicho esto, y cuando con este fin reconocido, y con esta ambicion proclamada por ella misma, osa escribir sobre su bandera, como señal de guerra, esta palabra de órden salvaje: *¡el triunfo ó la muerte!*; cuando en todas partes hace retumbar en el viento de la Revolucion que ruge como la tormenta: «¡Muera la sociedad y to-

dos los que la defienden! es decir, mueran los gobernantes, mueran los soldados, mueran los magistrados, mueran los propietarios, mueran los sacerdotes, mueran, sobre todo, los sacerdotes;» ¡oh! entónces, ¡desgraciada, mil veces desgraciada la sociedad que transige, porque, al decretar las condiciones del pacto, decreta las condiciones de su muerte! No cabe alianza entre Dios y Belial; no cabe alianza entre el orden y el desórden; no cabe alianza entre la barbarie y la civilizacion; no cabe alianza entre la sociedad y el Socialismo; no cabe alianza, en fin, entre la vida y la muerte. Un hombre lo dijo, y tuvo cien veces razon: «Nadie puede unirse al abismo, destinado á engullir (1).» El abismo causa vértigo; el abismo os fascina y os atrae; pero es para devoraros.

Ahora bien, Señores, nunca lo olvideis; bajo el punto de vista en que nos hallamos en este momento, vuestro abismo es el Socialismo; el Socialismo del tiempo presen-

(1) Chateaubriand.

te, el Socialismo codicioso y hambriento: podeis abismaros en él; pero no uniros á él. Por consiguiente, á vosotros, contemporáneos de la nueva barbarie, corresponde detenerla, portodas vuestras fuerzas reunidas, en la barrera de la civilizacion; á vosotros, en una palabra, corresponde vencer el *Socialismo* para salvar á la *sociedad*, ó ver á la sociedad devorada por el Socialismo.

CONCLUSION.

Tal es, Señores, la situacion creada por la conspiracion socialista, y el mal con que os amenaza. Lo más triste todavía es la actitud de muchos hombres de nuestra época delante de dicho mal. ¡Ah! Ciertamente, ¿quién podria negar que este azote suspendido sobre la sociedad es ya por sí mismo formidable y amenazador? Empero la disposicion de la sociedad en presencia del azote, es, á mis ojos, más amenazadora y más formidable todavía. Sí, lo confieso; lo

que me asusta más, no es el mal, sino el enfermo; el enfermo que no quiere remedio, y que apenas reconoce su enfermedad y el peligro á que le conduce.

Mirad, en su conjunto, la actitud de los hombres en estos tiempos tan cargados de tempestades, y decidme: ¿no estais vosotros asustados? Dejad aparte, si quereis, á los hombres que voluntariamente llamaré los *encarnizados*; hombres fatales, que á la hora presente procuran aún hacer mayor nuestro mal y ahondar nuestro abismo; hombres verdaderamente incomprensibles, si la pasión no bastase para explicárnoslo todo; que, en un momento como el actual, nada les parece tan apremiante como lanzar á Dios del alma del pueblo y aún del alma del niño; y que, para salvar nuestro presente y asegurar nuestro porvenir, juzgan que lo han hecho todo multiplicando los hombres sin religion y los niños sin Dios: ¡como si el abismo que amenaza engullirlo todo no fuera precisamente, en nuestras generaciones ya educadas, la ausencia de la Religion y de Dios!

Dejemos á estos hombres, que, semejantes á caballos que han roto el freno, arrastran al abismo á donde nos conducen el carro de la civilizaci6n. ¡Al lado de los hombres *encarnizados* directa y abiertamente enemigos de la sociedad, veo á los cómplices; á los que, sin desearlo y quizá sin saberlo, empujan tambien el carro de la sociedad amenazada á la corriente de todos los errores que nos han conducido á la situaci6n en que nos hallamos: hombres ciegos, cuyas ilusiones son comparables á una verdadera ceguedad; que no piensan en repeler el más pequeño de los errores que nos pierden cada día, y amenazan destruirnos absolutamente; hombres verdaderamente cómplices del atentado público contra la sociedad, que continúan, hoy como ayer y como anteayer, por sus palabras, por sus lecturas, por sus periódicos, por sus libros y por todas las prácticas de su vida, siguiendo la corriente de la Revoluci6n y de la impiedad, dejando estrellarse contra todos los escollos el buque que lleva, á través de tantas tempestades, á la sociedad viviente!

Hay otros, que yo llamaré mejor los *in-consecuentes*; hombres irresolutos, tímidos, pusilánimes, que desean fortalecer la sociedad, y que dejan subvertir todas sus bases; que quieren mantener el orden, y que no se atreven á combatir resueltamente el principio del desorden; que temen el triunfo del mal, y que no se deciden á levantar animosamente la bandera del bien; que ansian, con una voluntad sincera, la victoria del derecho y de la justicia, pero que se disponen á pedir gracia á la justicia y á la iniquidad en el dia temido y verdaderamente temible de su triunfo; hombres peligrosos, más peligrosos algunas veces que los mismos adversarios.

Hay otra clase de hombres, que yo llamaré gustosamente *los indiferentes* y *los inactivos*; seres apáticos, á los cuales nada puede conmover, sin excluir la razon grosera de su interés más vulgar; hombres indolentes que miran cómo pasa el torrente, sin procurar hacer nada para detenerlo, ó para desviar su curso, y que se tranquilizan diciendo: «Todavía no ha inundado nuestras

márgenes; sigamos tranquilos; despues de todo, ¿quién nos responde de que el mal sea tan grande como dicen?» Hombres ligeros, superficiales, niños grandes que, como los hijos de la antigua Atenas, van preguntando á todos los que hallan: «¿Qué hay de nuevo?»—¡Oh! exclamaba Demóstenes: ¿qué cosa más nueva puede haber que contemplar á un macedonio amenazando la libertad de los atenienses?—Y yo preguntaré: ¿qué cosa más nueva y más capaz de arrancaros de vuestro entorpecimiento que ver, en medio de vosotros, la barbarie amenazando á la civilizacion? ¿Y qué se necesitará para despertaros, si los golpes que nos han herido ya no pueden conmoveros siquiera? Estamos en el caso de repetiros lo que decia un orador gentil á sus conciudadanos en una situacion semejante: «¡Despertad, por fin!» *Expergiscimini tandem!* Sí, Señores; ha llegado la hora de salir de este sueño; ha llegado tambien la hora para vosotros de contaros, de uniros, de organizaros para una defensa intrépida y para una resistencia invencible. Haced un gran haz de fuerzas vi-

vas, si no quereis ser quebrantados, desunidos y separados; sí, salid, salid de vuestra soledad, si no quereis que os barra cual el polvo el viento de las tempestades.

Pero me preguntais: ¿qué se ha de hacer para salvar á la sociedad y para salvarnos á nosotros mismos? ¿Qué se ha de hacer? Si quereis, lo ignoro tambien, y éste no es el lugar de decíroslo con la última precision. Lo palpable, lo evidente es que hay que hacer algo, y que no teneis tiempo que perder. En toda hipótesis es preciso contarse, unirse, organizarse; es preciso combatir, por medio de la verdad, por medio del amor y por medio de toda actividad legítima, para la defensa de la sociedad.

¡Cómo! ¿Me preguntais lo que se debe hacer? Pues bien: vuestros adversarios os dan el ejemplo; imitadles, y que, salvo los medios legítimos, la defensa se asemeje al ataque.

¡Que sea, pues, como él, universal, permanente, resuelta, y resuelta hasta morir

Empero, sobre todo, que sea fraternal y verdaderamente *unitaria*; que todos mar-

chen con los corazones unidos y con la mano en la mano. Sí: que de tantas fuerzas se forme una sola fuerza, un inmenso haz de fuerzas defensivas, para oponerlo al inmenso haz de las fuerzas agresivas. Desunidos, seríamos quebrantados; unidos, opondremos al ataque una potencia grande como él mismo.

No basta ser valientes; es preciso unir los bríos á los bríos, porque, segun la hermosa palabra del poeta,

*Le courage fait des vainqueurs;
La concorde, des invincibles* (1).

(1) El valor da la victoria;
La concordia hace invencibles.

CUARTA CONFÉRENCIA

PRIMER ERROR RADICAL EN EL SOCIALISMO

ó

EL ERROR EN EL PUNTO DE PARTIDA

AMERICAN ANTIQUARIAN

THE AMERICAN ANTIQUARIAN SOCIETY

100 NORTH MAIN STREET, BOSTON, MASS.

AMERICAN ANTIQUARIAN SOCIETY
100 NORTH MAIN STREET
BOSTON, MASS.

CUARTA CONFERENCIA.

PRIMER ERROR RADICAL DEL SOCIALISMO: EL ERROR EN EL PUNTO DE PARTIDA.

SEÑORES :

Hasta hoy hemos procurado decir qué cosa es el Socialismo. Hémoslo presentado, primero como idea y despues como pasion: en la última conferencia hicimos conocer lo que designamos con el nombre de *accion socialista*, es decir, la conspiracion efectiva contra la sociedad. Hemos sostenido su existencia, mostrado su poder, y puesto de realce sus principales caractéres.

La existencia de la conspiracion socialista se nos ha revelado á la vez por la fuerza de las cosas, por el testimonio de las almas y por la evidencia de los hechos: triple demostracion absolutamente irrecusable.

Hemos dicho que el poder de esta cons-

:

piracion se compone sobre todo de estos cuatro poderes: el poder de la prensa, el poder del oro, el poder del número, y el poder de la organizacion.

Al ojo del observador, esta conspiracion, cuya existencia se denuncia y cuyo poder se manifiesta con brillo siniestro, preséntase con caracteres que hácenla particularmente formidable: su carácter de universal, de continua y de implacable. Es la conspiracion que existe en todas partes, la conspiracion que existe siempre, y la conspiracion que nada puede apaciguar; conspiracion *á muerte*, por último, que plantea osadamente ante nosotros el *ser ó no ser* de la sociedad viviente.

Desde ahora es fácil descubrir cuál debe ser nuestra actitud, y qué resolucion se impone á todos los que no quieren perecer delante de esta conspiracion, á ninguna otra semejante, que pretende desarraigar y destruir por la fuerza, en el seno de la Europa cristiana, la sociedad y el Cristianismo, para confundir sus ruinas en el fondo de los mismos abismos. Ciudadanos y católi-

cos á la vez, debemos defender hasta morir las dos cosas amenazadas á la vez por la conspiracion socialista: el Cristianismo y la sociedad.

Ahora que conocemos la naturaleza y el hecho del Socialismo contemporáneo, réstanos pedirle cuenta de sus doctrinas, ó á lo ménos de lo que decora con este nombre. Resta patentizar los principales *errores sociales* enseñados por el Socialismo que llámase á sí propio dogmático y doctrinal.

No tratamos, seguramente, de señalaros uno por uno todos los errores que admite y consagra el Socialismo. Como hicimos notar de paso, y demostraremos más tarde mejor, bajo el punto de vista doctrinal, es el compendio, la suma y el resultante de todos los errores que han brotado del racionalismo moderno. Mas, como Socialismo, profesa errores que le son propios, y que se pueden llamar *errores sociales* por excelencia. Quiero señalar particularmente dos, que parecen resumir todos los demás.

El Socialismo doctrinal engaña-se respecto del *punto de partida* y respecto del

punto de llegada, ó del término de la vida social.

Me contento con señalar hoy el primer error fundamental del Socialismo, ó el *error en el punto de partida*; á saber: el error referente al *mal* de la vida, ó sobre el verdadero sitio del *mal* en nuestra humanidad; opondremos á este error la doctrina eminentemente social profesada en este punto por el Cristianismo.

PROLOGO.

Sí, Señores; el primer error fundamental del Socialismo, considerado bajo el punto de vista doctrinal, es un error absolutamente radical sobre *el mal de la vida*; es *el mal de la vida*; es *la mala colocacion del mal real en la humanidad*.

La causa general de los errores sociales del tiempo presente, sin duda, es la ignorancia de la vida real de la humanidad. Nunca, como en nuestros dias, háse habla-

do de la humanidad; nunca se ha penetrado y ahondado tanto en ella; nunca se ha inquirido y disecado como actualmente esta cosa abstracta é impalpable que se desborda en los discursos, llamándose la *humanidad*. Leed los libros y oid los discursos: siempre sale la humanidad; allí está la humanidad que sigue, la humanidad que avanza, la humanidad que retrocede, la humanidad, la humanidad otra vez, y siempre la humanidad. Una cosa únicamente sobrepuja esta ciencia profunda de la *humanidad*, y es la ignorancia del *hombre*. Ha dicho un publicista, refiriéndose á un novador anticristiano: «¡No conoció al hombre!» Esta es la crítica imparcial de todos los que buscan, fuera de Jesucristo, la ciencia de la humanidad: no conocen al hombre. Sus teorías y planes de progreso humano, de gobierno humano, de perfectibilidad humana, suponen siempre una humanidad que no es el *hombre*, y una vida que no es nuestra vida; la prueba irrecusable de su ignorancia es que no temen ellos mismos escribir: «Lo que nos falta es un axioma sobre la vida, una

definición, una verdadera noción de la vida.» No tienen, en efecto, una verdadera noción de la vida, y según los supuestos fundamentales de sus sistemas, no la pueden tener. Así, el punto de partida de sus errores sociales es un error sobre la más grande y la más profunda realidad de la vida, es decir, un error acerca del mal. ¿Dónde está el mal? ¿De dónde procede? O más bien: ¿dónde *yace* el mal real de nuestra humanidad? Cuestión capital, en la sociedad eternamente actual.

Lo más palpable, sin duda, en la vida humana es la existencia de un mal que la domina. Tocamos el mal y lo respiramos; nuestra vida personal lleva su sentido profundo; la exterior agitación de los hombres y de las cosas denuncia, fuera de nosotros, su perpétuo pasaje.

No se halla, por consecuencia, una persona que lleve la osadía de la negación hasta la negación absoluta del mal en la vida del género humano. Se discute sobre la causa ó naturaleza de este mal; fuerza es que todos reconozcan su existencia y con-

fiesen la realidad del mónstruo que nos estrecha. No; sean cuales sean, en un hombre el «radicalismo» del error y el fanatismo de la negacion, nadie, á ménos que haya perdido la cabeza, llevará su locura hasta decir: «El mal es sólo una quimera; en la humanidad todo es bien.» Si vosotros osáis decirlo, el mal os gritaria desde el fondo de toda la humanidad viviente, y aún desde el fondo de vuestro corazon y de vuestras entrañas: «¡Héme aquí! Hombre, puedes desconocer mi misterio; pero no puedes ignorar mi existencia. Te aprieto, te apuro, te hago sufrir: luego existo.»

Empero, ¿dónde se halla el mal? ¿Dónde tiene sus raíces profundas en nuestra vida? Observad que no pregunto de dónde viene *originariamente*. La pregunta tiene un fin y un objeto de todo punto distintos. Pregunto dónde *actualmente se halla*, en la vida humana, el *sitio* real de nuestro mal. Lo debemos saber, porque, para combatir el mal, es preciso saber dónde reside.

La cuestión es grave, Señores; más grave de lo que se puede decir. Segun se re-

suelva en un sentido ó en otro, puede conseguirse la paz ó desencadenarse la guerra; apresurar la dicha ó los desastres.

Ahora bien; todas las soluciones que pueden hallarse al problema conducen evidentemente á estas dos: ó el mal radicalmente se halla en la *sociedad*, ó radicalmente se halla en el *hombre*. En efecto; toda vez que en la vida del hombre, sér individual y social, el mal es palpable, ha de referirse por necesidad á un vicio constitutivo del orden social, ó á un vicio constitutivo de la naturaleza humana.

Tomándoos, Señores, tal como sois, y segun os toma mi palabra en este momento, os digo: Si el «organismo» social está sano, vuestro mal está en *vosotros*; si vuestra naturaleza está sana, vuestro mal está en la *sociedad*. Es preciso elegir una de las dos hipótesis, y entreveis ya cuál puede ser el alcance de las dos soluciones.

Ahora bien, Señores; hay una doctrina que dice: «El mal radicalmente no está en el *hombre*, sino en la *sociedad*.» Hay otra doctrina que dice: «El mal radicalmente no

está en la *sociedad*, sino en el *hombre*.» La primera de las dos doctrinas es el Socialismo; la segunda el Cristianismo.

Tales se presentan, bajo el punto de vista en que nos hallamos, las dos doctrinas verdaderamente radicales; las otras son intermedias y no debemos ocuparnos en ellas. Entre las dos doctrinas, el antagonismo es flagrante; importa colocarlas francamente delante la una de la otra, con sus principios y sus consecuencias.

I.

Escuchad desde luego la primera doctrina, si puede ser honrado con tal nombre un sistema profundamente inmoral y anárquico; la doctrina que dice: «El mal *radicalmente* está en la *sociedad*.»

En el pasado siglo, como en tantos otros, buscaron algunos hombres la grande incógnita de toda filosofía puramente humana, á saber: la solución del problema de la

dicha. Instruidos por las revelaciones exteriores de la tierra, y por las revelaciones íntimas de su propia vida, dijeron: «Los hombres son desgraciados, y la vida, sea cual sea el punto de vista bajo que se considere, es un dolor que sólo concluye para empezar de nuevo.» Sin embargo, Dios es bueno, y el hombre es su obra. Surgió la cuestión inevitable. ¿Por qué, con un Dios bueno, debe haber hombres desgraciados? ¿Por qué, con un Dios que ama, debe haber una humanidad que sufre? Entre el Criador y la criatura, ¿no habrá existido, hace seis mil años, una mala inteligencia fatal? ¿No habrán velado los hombres las claridades del plan divino por las sombras de su pensamiento humano...? ¿No habrán los jefes de los pueblos desfigurado la obra de Dios, llevando á ella la mano del hombre? Entonces concibieron la idea que, como ellos dicen, es el relámpago de Dios que ilumina todos los misterios del hombre, y exclamaron: «¡Una gran equivocación ha labrado hasta hoy la desventura de la humanidad! Se ha creído *malo* al hombre, lo cual es un

error.» Pronto, de los discursos, de los libros y de las enseñanzas más ó ménos aduladoras de la naturaleza y del hombre, se desprendió una fórmula que resumia las tendencias flamantes de la sabiduría humana: *El hombre nace bueno y la sociedad es la que lo deprava*. Frase desastrosa, que lleva consigo el gérmen de todos nuestros errores y la causa de todas nuestras tempestades sociales. Ignoro si el sofista de Ginebra que la consignó midió todo su alcance; mas no dudo que nunca se pronunció una palabra más fecunda en desastres. Nunca, seguramente, una fórmula, en apariencia más pacífica, encerró más amenazas. Para todo atento observador marca *el punto de partida* de las grandes aberraciones sociales, y de los desastres que prepara fatalmente á las sociedades, germinando en las inteligencias. En efecto, Señores; la doctrina que encierra dicha fórmula produce incontinenti esta conclusion eminentemente antisocial: la revolucion contra la sociedad es legítima, y la guerra social no es un derecho solamente: es el deber social por excelencia.

Esta conclusion era inevitable; si encontró, aún en los hombres que admitieron el principio, resistencias tenaces, no fué por ser ilógica, sino por ser monstruosa. Empero la lógica, más fuerte que los hombres, empujó, á través de los acontecimientos, la consecuencia fatal: «El hombre nace bueno, y la sociedad es la que lo deprava;» ó en otros términos; el mal de la humanidad no está en la *constitucion del hombre*, sino en el *organismo de la sociedad*. De aquí la siguiente consecuencia rigurosa: el hombre tiene derecho á combatir á la sociedad, y en ciertas horas decisivas para la humanidad, la reivindicacion efectiva de su derecho se transforma en un deber para él.

En efecto; si hay algo absolutamente indudable, y, si lo puedo decir, primitivo en el orden de las convicciones humanas, es que los hombres y los pueblos tienen derecho á combatir el mal, y, si pueden, extirparlo y destruirlo. El mal es el obstáculo para la conquista del bien; el mal es todo lo que nos impide, á mí y á mis hermanos de destierro, conseguir nuestro fin, nuestro tér-

mino, nuestro destino, es decir, la dicha. Ahora bien; todos tenemos derecho á nuestro destino; todos tenemos derecho á nuestro fin; todos tenemos derecho á la dicha. Este derecho es la raíz de todos los derechos. ¿Qué digo? Tenemos más que un derecho á conquistar nuestro destino; tenemos un deber, y un deber soberano. Por consiguiente, donde quiera que hallemos el mal, podemos y debémosle combatir; el que, pronunciando esta espantosa frase: «Dios es el mal,» pudo creer lo que afirmaba, debía, para ser consecuente, combatir á Dios. Ahora bien; según la fórmula: «El hombre nace bueno y la sociedad es la que lo deprava,» nadie puede tener razón para combatir en sí mismo un mal que no existe *en él*, y tienen todos una soberana razón para perseguir en la sociedad el mal que existe en *ésta*. Por consecuencia, si la desgracia le hiere, bajo la mano del dolor que le oprime, y bajo la opresión del mal que le aprieta, el hombre puede y debe decir: «¡Oh Dios! ¡Oh buen Dios! ¡Oh Dios justo! ¡Soy inocente y sufro...! ¿A qué debo mi miseria? ¿A qué

debo mi hambre? ¿A qué debo mi sed? ¿A qué debo mi dolor? ¡Ah! Ya lo comprendo, y los sábios me lo han dicho: El mal no está en mí que sufro; está en la sociedad que me aplasta: ¡maldita sea!»

Sí, Señores, porque allí está verdaderamente la grande amenaza de nuestra humanidad. El mal, colocado radicalmente en la sociedad, es decir, fuera del hombre mismo.

¡Ah! El hombre siente demasiado esta formidable precision de creer fuera de sí el mal que existe sin duda en él. Place á nuestro egoismo descubrir el mal en lo que nos toca, y sobre todo en lo que nos gobierna; al atacarlo, sentimos ignoro qué alegría suprema. Es que, volviendo contra lo que se halla fuera de nosotros nuestra justicia y nuestra energía, no debemos acusarnos y combatirnos á nosotros. Miéntas fulminamos contra lo que suponemos las tiranías de fuera el rayo de nuestras cóleras, admitimos dentro servidumbres contra las cuales no soñamos siquiera en ensayar una protesta, hallando, por añadidura, el medio

de componer con nuestras infamias una victoria para nuestro orgullo.

Ahora bien: ¿dónde se halla el hombre que no ha experimentado una vez en su vida la precision de acusarlo *todo* por el mal que habia hecho? ¡Todo, á excepcion de sí mismo! Y lo que con mucha frecuencia es verdad para un hombre solo, es siempre verdad para una muchedumbre. A este sér colectivo, irresponsable, y en cierto modo «inconsciente,» que se llama la muchedumbre, nunca se le ocurrirá buscar en sí misma, en sus ignorancias, en sus errores, en sus pasiones ó en sus vicios, la causa efectiva del mal que la devora; tiene que hallarla *fuera*; hácele falta algo que acusar y herir, si es menester. Un hombre sabe á veces descubrir y acusar en sí el mal que ha labrado su desdicha; la muchedumbre, jamás. Los hombres en masa no se examinan; una vez desgraciados, no entran en sí mismos, sino que salen, buscando fuera la causa del mal que está en su interior. Se fijan en el ruido del acontecimiento, y en el vasto murmullo que se hace á su alrede-

dor, oyendo resonar palabras como las siguientes: «¡Oh, pueblo, hé aquí tu miseria! ¡Oh, pueblo, hé aquí tu servidumbre! ¡Oh, pueblo, hé aquí tu mal! Tu miseria consiste en esta riqueza; tu servidumbre consiste en este gobierno; tu mal consiste en esta sociedad.» El pueblo, conmovido por estos discursos, que declaran culpables á todos, ménos á él, al escucharlos salta de gozo, de orgullo, de esperanza, de cólera, y dice, tendiendo su brazo para herir: «¡Pues bien! Yo destruiré esta riqueza; yo abatiré este gobierno; yo aniquilaré esta sociedad. Sí, porque todo esto para mí es el mal que debo combatir. El mal es mi enemigo, y es Satanás. Por consecuencia, dice al adversario de todo el órden social, yo lo perseguiré; *dixit inimicus: perseguar*. Tomaré en mis manos esta sociedad que me oprime, y la destruiré: *comprehendam, confringam*; llevaré á los que tienen derecho los despojos del pobre, arrebatados por déspotas: *dividam spolia*; y á su vez, mi alma se saciará en el festin de la creacion á que convida Dios á todos sus hijos; *implebitur anima*

mea. Si me oponen resistencia, y mis tiranos se hallan en mi camino, ¡infelices de ellos! Contra ellos sacaré mi espada: *evaginabo gladium meum*; si es menester, los mataré con mi mano; *interficiet eos manus mea*; no me detendré hasta que mimiseria, mi servidumbre, mi mal, en fin, caigan á mis piés, vencidos y arrebatados con la sociedad en una ruina comun: *non convertar donec deficiant.*»

Así, como veis, dado el supuesto fundamental de la doctrina: «El hombre nace bueno y la sociedad es la que lo deprava;» es decir, dado este principio, tan fecundo en desastres: «El mal está en la sociedad, en la constitucion de la sociedad, en el «organismo» de la sociedad,» la insurreccion contra el órden social no es sólo un derecho, sino un deber; un deber contra todo estado social que á los hombres deja una miseria, un dolor, un mal cualquiera, en una palabra. Y como, sea lo que sea lo que hagan los poderes constitutivos, legislativos, ejecutivos y administrativos, el mal existirá en nuestra humanidad siempre, resulta

que el principio, en apariencia tan inofensivo, y la fórmula que á sí misma llámase filantrópica y humanitaria: «El hombre nace bueno y la sociedad es la que lo deprava,» es la consagración de la rebeldía en principio; es la perpetuidad de la revolución política y de la guerra social.

Empero, aún no estamos al fin de las conclusiones que salen de una fórmula tan fatal para la sociedad moderna. Aunque hasta hoy sólo hemos considerado el Socialismo en su principio generador (la supresión del mal en el hombre), ya le veis engendrar, como su fruto espontáneo, la guerra social perpétua. Es preciso verle ahora en su desenvolvimiento completo, causando, como última consecuencia, la ruina de la sociedad. Este desenvolvimiento es sólo la dilatación de la idea encerrada en la fórmula que lleva en su gérmen el Socialismo: «El hombre nace bueno y la sociedad es la que lo deprava.»

En efecto; entre esta fórmula y esta otra: «Todos los instintos son legítimos, todas las pasiones son inocentes,» existe sólo el in-

tervalo del silogismo que sigue: «En el hombre todo es bueno; el desenvolvimiento de todo lo bueno no puede ser malo; luego toda expansion de los instintos es legítima, toda pasion es santa y tiene derecho á ser satisfecha.»

Hombres han venido que han desenvuelto en el presente siglo el gérmen sembrado en el anterior. Tambien han planteado el problema eterno: «¿Por qué son desgraciados los hombres?» Hé aquí la solucion á que han llegado. Han dicho: «Hasta hoy los hombres han creído reconocer en ellos dos clases de instintos, de los cuales unos compelen al bien y otros al mal; los primeros piden una expansion legítima, y los segundos una represion igualmente legítima. Las filosofías han enseñado esta doctrina, las religiones la han convertido en dogma, y el Cristianismo le ha dado su más elevada sancion. Ahora bien, añaden estos atrevidos novadores; aquí está la fuente fecunda de todos los males de nuestra humanidad. Consagrando de un modo doctrinal y dogmático el «dualismo» de los instintos

de nuestra vida, las filosofías y las religiones creaban en la naturaleza humana este antagonismo necesario: combatir en sí misma el mal que lleva en sí misma. Luchar contra la propia vida convertíase, por lo tanto, en la ley suprema de la vida. Ahora bien; allí donde está la lucha, existir no puede la dicha. Por consiguiente, para encontrar al problema de la dicha una solución eficaz y definitiva, sólo habría que hacer una cosa: destruir teóricamente la idea, y prácticamente la realidad de la lucha; sustituir en todas partes la expansión á la represión y la armonía al antagonismo. En dos palabras: el desenvolvimiento simultáneo y legítimo de todos los instintos y de todas las pasiones, considerado en adelante como la ley radical y soberana de la naturaleza humana, era la idea que resumía la ciencia novísima. Imaginar un sistema de asociación, un «organismo» social que viniese á ser la regular aplicación de esta ley, y que hiciese pasar la idea á la historia, era el destino de las sociedades del porvenir, y la solución adecuada del problema social.

Tal es, Señores, la doctrina que en estos tiempos se ha osado afirmar; doctrina, en cierto sentido, tan antigua como el mundo, y que tiene sin duda el raro privilegio de reproducirse en todas las épocas de gran perturbacion moral é intelectual, en las que, segun la bella observacion de un protestante ilustre (1), «por el hervidero universal, todas las cosas son lanzadas á la superficie, y pueden mostrarse.»

No espereis que repita yo tales doctrinas, y que intente poner de realce lo que tienen de absurdo, demasiado flagrante por sí mismo. La palabra evangélica no puede descender hasta tal punto. Una madre ilustre, acusada un dia, por la calumnia, de haber faltado al honor de su maternidad y al respeto debido á la infancia, halló, en una palabra de su corazon, el más elocuente de los informes, y dijo: «¡Apelo á todas las madres!» Contra estas doctrinas que dan un mentís á la dignidad y al honor que todo el género humano se debe á sí mismo, diré,

(1) M. Guizot.

con ménos elocuencia, pero con tanto motivo: «¡Apelo á todos los hombres!»

Sin embargo, los errores extremos tienen consecuencias prácticas que preciso es señalar. Es una gran equivocacion creer que no debe ocuparse uno en las consecuencias de un error por la sola consideracion de que da un mentís á la razon, á la conciencia y al testimonio del género humano, siendo en él palpable lo absurdo.

Podria deciros aquí, mostrándoos todas las consecuencias que contiene sin duda esta monstruosa doctrina: es la extincion del sentido moral; es el envilecimiento de los caractéres; es el reinado absoluto de la materia y de los sentidos; es la degradacion; es la misma barbarie.

Con todo, no debo salir del punto de vista especial en que me hallo en este momento, y, sacando de la doctrina la consecuencia social que todas las demás contiene, digo: «Esta doctrina no es sólo la guerra contra la sociedad, sino su propia ruina, por ser la destruccion en las almas de todos los elementos de la vida social. Reinando esta doc-

trina como soberana, serian imposibles la fraternidad, la libertad y el orden, resultando inevitables de todo punto las tres cosas siguientes, que hacen de la sociedad una imágen del infierno: egoismo, despotismo, anarquía, y con ellas la ruina social.

Sí; el reinado de semejante doctrina en la sociedad es el reinado del *egoismo*, ó la muerte de la fraternidad. Segun ella, en efecto, la expansion de toda pasion es legítima, moral, santa. De aquí la consecuencia inevitable: toda represion de las pasiones es ilegítima, inmoral, impía. Decir á una pasion: «No irás más léjos,» es romper en el hombre las armonías de Dios; es profanar, en la obra maestra del universo, la ley primera de la creacion, ó la expansion espontánea del sér. En una palabra, todo debe obedecer á la pasion, y nada le debe mandar.

Ahora bien; sea cual sea el especioso nombre con que se disfrace, esta doctrina es la consagracion del *egoismo* más antisocial. La pasion, obedeciendo á la ley de la justicia y del deber, se puede convertir en una

virtud, y aún en un heroísmo. La pasión, obedeciéndose á sí misma, sólo puede ser un egoísmo. Por encima de sí, la pasión no ve nada, ni quiere nada, ni busca nada. Gozar es su ambición, y satisfacerse su objeto. Por consecuencia, declarar legítima toda expansión suya, es consagrar el reinado del egoísmo en el hombre.

Así esta doctrina, en apariencia tan fraternal, lleva en su seno, como su fruto espontáneo, este monstruo sin razón, sin entrañas y sin corazón que se llama el *egoísmo*; el egoísmo que se forja en las ruinas un reino digno de él, y dice, proclamándose soberano en la humanidad: «Existo, y sólo yo existo.» Este egoísmo, á su vez, engendra, en todas partes donde se plantea, el despotismo, que produce necesariamente.

Desplegando toda su fuerza, la pasión va en pos del fin que se propone alcanzar, y, por la expansión ciega de toda su energía, rompe brutalmente toda fuerza desigual á la suya; repite, desplegándola, la frase que ya decía hace tres mil años: «La ley de la justicia es nuestra fuerza, y lo dé-

bil es inútil: *fortitudo nostra lex justitiae; et. quod infirmum est, inutile invenitur!*
¡Ah! ¿Sabeis, Señores, lo que es la pasion sin freno, la pasion dejada en el mundo moral á su expansion libre?

Es la gran encina que á su alrededor ahoga, bajo su vegetacion potente, toda vegetacion enferma. Si los arbolillos que opri-me hoy bajo la exuberancia de sus ramas pudiesen, dirian: «¿Por qué sobre nosotros extiendes tus ramas? ¿Por qué nos aplastas?» Y si ella misma pudiese, contestaria: «Extiéndome porque mi ley es extenderme. Mi sávia me dice: El espacio te pertenece; dilátate: y yo invado el espacio dilatándome: os ahogo porque yo soy la gran encina, y vosotros sois únicamente arbolillos.»

Tal es la naturaleza y la exigencia misma de las cosas: si vuestra opresion total conviene á una pasion bastante fuerte para satisfacerse, suprimida la represion, quedareis ahogados. La pasion, á su expansion libre dejada, es el despotismo; es, por consecuencia, la opresion, la opresion brutal, la opresion ciega, la opresion anárquica.

La anarquía ó el desórden absoluto es, en la sociedad como en el hombre, la última palabra de la pasion que se sustrae á la ley del combate y á la libre represion.

El órden sólo puede subsistir con estas dos condiciones, que forman únicamente una: á condicion de que todo gravite alrededor de un centro *único*, y á condicion de que obedezca todo á una *autoridad* sola. Ahora bien. Las pasiones libres de la represion significan la exclusion total de ambas cosas. La pasion es egoista, y, en su virtud, quiere hacerse centro y conducirlo todo á sí misma. Por consiguiente, allí donde reinan las pasiones sin represion voluntaria, no puede existir la unidad del centro, ni el órden. La pasion es rebelde, y como tal quiere mandar á todos sin obedecer á nadie. Toda pasion sin represion pretende ser soberana; soberana que busca súbditos; áspera, imperiosa y absoluta. Y desde entónces, ¿qué puede ser sino la anarquía la sociedad en que cada uno quiere ser centro, donde todos quieren mandar y nadie obedecer? ¿Qué puede ser con la anarquía

sino el desórden, la destruccion y la muerte social?

¡Ah, Señores! Si quereis saber lo que son en la sociedad las pasiones sin represion, os lo diré: las pasiones sin represion, llamadas á gobernar el mundo, son el 93; el 93, ó sea el reinado simultáneo de la tiranía, del egoismo y de la anarquía; el 93, con sus dos piés sobre la sangre, enhiesto sobre las ruinas, haciendo subir al cadalso á la nobleza, á la virtud, á la inocencia y á la justicia, teniendo á la derecha la estatua de la libertad, y á la izquierda la de la fraternidad.

Y hoy, Señores, ¿qué os causa un vago terror, áun en medio de vuestra prosperidad material? ¡Ah! Vosotros temeis la explosion de las pasiones sin freno; temeis á los mónstruos siempre vivos que se hallan junto á la sociedad, de continuo dispuestos á devoraros. Pues bien: ¿qué se necesitaria para conducir, quizás no solamente á vuestra Francia, sino á la Europa entera, á un 93 agrandado y universal, con agravacion de tiranía, egoismo y anarquía? Bastaria que

la fuerza material viniese á faltarnos en una ocasion, y que el mecanismo social, que retiene ahora pasiones á las cuales se ha hecho retroceder, pero que braman, se rompiese de pronto. ¡Ah! Si por desgracia—es una simple suposicion que hago para poneros mejor ante la realidad que nos amenaza;—si, en la noche próxima, el toque de alarma de la sociedad viniese á despertarnos con sobresalto, diciéndoos de repente que no habia gobierno en Francia, decidme: ¿qué temeríais mañana? Una cosa solamente: Temeríais, y con fundamento, las pasiones libres de toda represion; temeríais el egoismo, el despotismo y la anarquía. ¡El egoismo, capaz de devorarlo todo; el despotismo, capaz de aplastarlo todo, y la anarquía, capaz de destruirlo todo!

¡Hé aquí el último fruto de una doctrina en apariencia tan benévola y humana: «El hombre nace bueno y la sociedad es la que lo deprava...!»

Si no comprendéis esto, Señores, será preciso desesperar de haceros comprender algo, y no sois dignos siquiera de que se in-

tente demostraros la menor cosa. Mas vosotros lo comprendeis, sí; comprendeis que aquí está el punto de partida del gran error social: el Socialismo, que radicalmente coloca el mal en la *sociedad*.

Procuremos comprender, del mismo modo, que el punto de partida de la verdad y de la armonía social es el Cristianismo; el Cristianismo, que hace consistir el mal radical del género humano, no en la sociedad, sino en el hombre mismo.

II.

Acabamos de verlo; la fórmula célebre: «El hombre nace bueno y la sociedad es la que lo deprava,» lleva en su seno el germen de nuestras grandes aberraciones sociales; es la idea-madre del Socialismo contemporáneo; es, en su propio principio, la rebelion contra la sociedad considerada como un derecho; es, en su progreso, la excitacion, siempre mayor, al ataque de la sociedad;

es, en su desenvolvimiento último, la ruina total de la sociedad.

Sin duda, cuando esta fórmula tristemente famosa resonó por la vez primera en el mundo, pocos hombres vislumbraron de lejos las tempestades cuya amenaza llevaría en su seno para el porvenir; aún hoy, cuando estas tempestades vienen sobre nosotros acumulando desastres, hay pocos espíritus que sepan hallar esta fórmula escrita sobre nuestras ruinas. A través de los destrozos acumulados en la superficie de las cosas, ¿cuántos saben reconocer la invisible acción de la idea que produce los cataclismos?

Y sin embargo, nada es más cierto; para explicar el conjunto de nuestros desastres sólo se necesita una idea que trae la tempestad; una idea con todos los errores que supone y produce. Pues bien, lo repito: la idea, fecunda en tantas desdichas y madre de tantos infortunios, se halla en esta fórmula, que resume la doctrina socialista considerada en su punto de partida: «El mal radicalmente no está en el *hombre*, sino en la *sociedad*.»

Quizás, Señores, os maravillareis de la insistencia con que reproduzco esta fórmula y señalo sus fatales consecuencias. Es que, en los discursos como en los libros, no se puede insistir demasiado en el origen, principio y punto de partida de todo. Para suprimir las derivaciones del error y del mal, es preciso suprimir ó secar sus fuentes. Ahora bien: la gran fuente de que han salido, hace cien años, tantos errores y utopias más ó ménos antisociales (nada tan cierto), es la doctrina, funesta sobre toda ponderacion, que, mudando de sitio el mal que sufren las generaciones humanas, lo coloca en la sociedad, en vez de ponerlo en el hombre.

Contra doctrina tan antisocial, es menester una doctrina franca y resueltamente opuesta. El Socialismo doctrinal, en su punto de partida, dogmatiza el desórden, porque impone como un dogma la pretendida doctrina. Es menester, por consiguiente, otra que dogmatice el órden, es decir, que convierta en un dogma el principio radical, que gustosamente llamaria el «radicalismo» del órden y de la conservacion social. Porque

tal es la fuerza de las cosas y la naturaleza del hombre; el «radicalismo» del desorden y del error sólo puede ser muerto, ó á lo ménos derrotado en la humanidad, por el «radicalismo» del orden y de la verdad.

Señores, esta doctrina existe; esta doctrina esencialmente «reaccionaria» contra el error socialista; esta doctrina que odia el Socialismo con un odio sincero, porque siente que su dogma es la única fuerza doctrinal que le impide pasar, esta doctrina es la nuestra; es la doctrina de Adán prevaricador y de Cristo reparador; es especialmente, en la base de todo, el dogma fundamental del pecado de origen; doctrina eminentemente social, que nos dice claramente y sin vacilacion dónde yace el mal en nuestra humanidad, y que delante del Socialismo bramador exclama con voz muy alta: «No: el mal no se halla radicalmente en la sociedad, sino en el *hombre*, porque el hombre cayó en el principio, y la caída del primer hombre metió el mal en el corazón de todo sér humano.»

Esta doctrina es la base de toda teología

ROBERTO RODRIGUEZ
LIBRERO EDITOR
CALLE DE LA PLAZA 10

cristiana; es el punto de partida de toda filosofía cristiana; es el grito de toda conciencia cristiana; es el compendio de toda legislación cristiana; es el propio Cristianismo, en sus relaciones más íntimas y eficaces con la vida real de la humanidad.

Sí: en ella está la base profunda de nuestra teología; en ella está su resúmen más sustancial. Tres palabras, en efecto, resúmen sin duda el Cristianismo doctrinal: la creación, la caída y la rehabilitación.

Fué la creación en la humanidad el orden, la hermosura, la armonía, el bien en todas partes, y el mal en ninguna. Fué la caída en la humanidad el desorden, la falta de armonía, el mal, el mal triunfante por la derrota del bien. La rehabilitación fué la reacción divina contra la rebeldía humana; fué la bandera de la verdad y del bien, levantada enfrente de la bandera del error y del mal; fué, por último, el combate, y el combate á muerte, del orden contra el desorden, es decir, el propio Cristianismo; el Cristianismo, revelador é intérprete divino de esta fórmula, que resume todos los mis-

terios y todas las contradicciones del hombre: «La carne se rebela contra el espíritu, y el espíritu se rebela contra la carne.» *Caro concupiscit adversus spiritum, et spiritus adversus carnem.*

Hé aquí, Señores, nuestra teología aplicada á las realidades de nuestra vida: el mal radicalmente en el *hombre*. Es nuestro dogma social, como es nuestro dogma religioso. Y esta palabra, que abre las entrañas de la humanidad para dejarnos ver el misterio íntimo de su vida, al propio tiempo que compendia toda nuestra teología, ilumina con una luz popular toda nuestra filosofía.

Sí; allí está la gran filosofía, la única que no miente al hombre, ni á la historia, ni á la sociedad; porque esta simple frase: «el mal está radicalmente en la vida humana,» es la llave divina que abre, con todos los misterios del hombre, los misterios de la historia y de la sociedad. Es la filosofía de San Agustín, en *La Ciudad de Dios*. Es la filosofía de Bossuet, en el *Discurso sobre la historia universal*: filosofía sencilla y popular, pero profunda, única que lo explica

todo, y que ante las agitaciones de la humanidad y las catástrofes de la historia, dice con el genio de Bossuet, como tambien con la teología del Cristianismo: «¡Maldita la tierra, maldita la tierra, maldita la tierra de donde sale un humo tan espeso y vapores tan negros que se levantan de las pasiones tenebrosas, y de donde parten tambien resplandores y rayos contra la corrupcion del género humano (1)!»

Todo el que quiera dar otra explicacion de la naturaleza y de la historia humana, presentará, en lugar de la filosofía, la utopia de la naturaleza humana. Escribirá la novela de la humanidad, pero nunca su historia.

Esta teología del Cristianismo, que es la única filosofía del hombre, de la historia y de la sociedad, es el grito de la conciencia cristiana. El verdadero Cristianismo se reconoce por esta señal; en ella está el sentido profundo que Jesucristo ha desenvuelto en las almas, ó sea el sentido del mal que

(1) Bossuet: *Tratado de la Concupiscencia.*

se halla en el hombre. A medida que somos más cristianos, más aumenta este sentido en nosotros; la santidad cristiana es el sentido del mal del hombre, á su más alta potencia elevado; porque, á medida que uno se hace santo, es decir, á medida que más se une al bien, á Jesucristo, á Dios, más lleva en sí mismo, viva y profunda, la sensación del mal que ataca, y mejor oye la voz imperativa de la conciencia que le manda oponerse á él.

Y esto, que nos dicta la conciencia cristiana, nos lo ordena y nos lo impone también la ley cristiana: *Abnega temetipsum*. Renúnciate á tí mismo: *Abnega*, lo que vale tanto como decir: ¡Oh, hombre, acuérdate de que se halla el mal en tí mismo, y de que habita en lo más íntimo de tu vida; acuérdate de que allí, en las entrañas mismas de tu sér, yace la causa, viviente de continuo, de todos los desórdenes que estallan en tí y á tu alrededor! Por consiguiente, toma en tí esta parte de tí mismo que ataca la verdad, el orden, la justicia, y que se realice despues la separacion. *Abne-*

ga temetipsum. Si para concluir con este mal, que se obstina en vivir, es preciso tomar la espada, toma la espada del espíritu, y en tí mismo hiere todo el mal que se agita en tí; mortifica tu orgullo; mortifica tu avaricia; mortifica tu voluptuosidad; da, en una palabra, muerte á todo lo que toca en tí la vida: *Abnega temetipsum.*

Ciertamente, precisa convenir en que, ó esta palabra carece de sentido, ó supone que el mal está en el hombre. Sea lo que sea, digo que está en ella toda la teología, la filosofía, la conciencia y la resignacion cristiana; todo entero, en fin, el Cristianismo.

Yo podria demostrar aquí que, al proclamar esta fuerte y varonil doctrina, nuestra Religión es sólo el eco engrandecido de todas las voces generosas que hace seis mil años retumban en la humanidad, y que, por consecuencia, el Socialismo, fijando en su punto de partida la fórmula: «el mal existe radicalmente en la sociedad,» está en contradiccion flagrante con todos los testimonios que el alma humana rinde á

través de los siglos. Por la voz de todas las enseñanzas, por la voz de todos los acontecimientos, por la voz de todas las poesías, por la voz de todas las elocuencias, por la voz de todas las filosofías, por la voz de todas las literaturas, por la voz de todas las guerras, por la voz, en fin, de todas las revoluciones sociales y de todas las catástrofes humanas, por la voz de este universal testimonio, podría demostrar que el Socialismo, haciendo á esta doctrina una oposicion absoluta, se opone á toda creencia y á toda certidumbre humana; que, por el fanatismo de la innovacion, niega la inmortal afirmacion del género humano; y que, bajo el pretexto de hacer triunfar lo que llama soberbiamente la idea moderna, se hiere á sí mismo, delante de toda la humanidad que piensa, con una involuntaria incomunicacion.

Inútil es insistir más en una verdad evidente para quien conoce el Cristianismo y la humanidad. El Cristianismo proclama que el mal está en el *hombre*; la voz del género humano es, bajo este aspecto, un

eco unánime y verdaderamente universal de la voz del Cristianismo.

Dejemos á un lado este aspecto de la demostracion, que no toca directamente á mi asunto. Tomo la doctrina tal como es en sí misma; y, sin discutirla, sin inquirir todos sus dogmas y sin ahondar en todos sus fundamentos, digo que ésta es realmente nuestra doctrina: *El mal radicalmente se halla en el hombre*. Y poniéndola delante del orden social, atrévome á sostener que nuestra doctrina, entrando en las almas, así como pasando á la realidad de la vida privada y de la vida pública, es la salud de la sociedad, porque funda el principio esencial del orden y de la grandeza sociales, hiriendo al Socialismo en el corazon.

Sin duda el Cristianismo, consagrando esta fórmula: *El mal está en el hombre*, no asegura que todo es bueno en la sociedad. Por el contrario, proclamando que el mal está en el hombre mismo, reconoce que este mal que se halla en el hombre hiere de rechazo á la sociedad con golpes inevitables, debiendo en cierto modo pasar el

vicio á las instituciones sociales desde la humana naturaleza. Muy léjos de sostener, como la doctrina rival, que se debe combatir el mal de la sociedad á fin de aniquilar el mal que se halla en el hombre, dice lo contrario: «Es preciso combatir el mal que se halla en el hombre, á fin de aniquilar el mal que se halla en la sociedad.» Léjos de decir: «Es preciso reformar las sociedades á fin de reformar á los hombres,» dice: «Es preciso reformar á los hombres, á fin de reformar las sociedades.» En una palabra; en lugar de tomar el progreso social como punto de partida del progreso humano, considera el progreso humano como punto de partida del progreso social. Principio soberanamente saludable y conservador, por el que aplicase sólo al orden social la doctrina: «el mal radicalmente se halla en el hombre.»

Sólo se necesita un vulgar conocimiento de los hombres y de las cosas para comprender que de este principio salen consecuencias absolutamente opuestas á las de la doctrina rival, como tambien que, así

como la primera es desastrosa, la segunda es la salud de la sociedad.

La doctrina rival dice: «El mal está en la *sociedad*; es preciso, por consiguiente, atacarla.» Por el contrario, del principio: «el mal está en el *hombre*,» el Cristianismo deduce inmediatamente como ley suprema de la vida real, esta fórmula esencialmente social: *Vincere seipsum*; el hombre debe atacarse y vencerse á sí mismo. Así, volviendo contra cuanto está dentro la energía que la doctrina opuesta dirige contra lo de fuera, funda sobre las luchas individuales el secreto de la vida y de la prosperidad sociales.

En efecto; la aplicacion universal y perseverante á la sociedad de este principio tan sencillo produce exactamente lo contrario de lo que produce el Socialismo; produce, como un árbol su fruto, la dilatacion progresiva de la paz, de la libertad, de la fraternidad; en una palabra: de la armonía social.

Desde luégo, Señores, este principio, aplicado á la vida social, suprime la guerra

contra la sociedad, fundando sobre su verdadera base la *paz* y el reposo en el *orden*.

Es evidente que todo el que acepta contra sí mismo los combates interiores, se sustrae, por este mismo hecho, á los combates de fuera. La necesidad de dirigirse y de atacar todo lo que no es él, hállase siempre en razon inversa de la necesidad que siente de dirigirse y atacarse á sí propio.

Cuando se ha estudiado un poco la naturaleza humana, se puede asentar, como un axioma de la vida moral, esta fórmula que resume la historia de muchas vidas, y que puede sin vacilacion declararse infalible. Un hombre cesa de ser formidable para los otros á la hora en que á ser comienza formidable para sí mismo, y en la medida exacta en que lo es. Recogiendo así la sociedad el beneficio de nuestras luchas personales, la paz pública se funda y se fortifica por la guerra que cada uno organiza en su corazon contra sus propias pasiones, es decir, contra el mal que está en él.

Hé aquí el gran secreto de la paz social. Creedlo: cuando todos los hombres, en las

aldeas como en las ciudades, fieles á esta divisa eminentemente cristiana: «¡Guerra á mis pasiones! ¡victoria contra mí mismo!», hagan bien la guardia alrededor de su propio corazon, dispuestos á herir á todas las pasiones que se agitan en él, el rio de la paz, deslizándose plenamente, llevará sus ondas alegres á las ciudades y á las naciones. Nuestros valientes soldados, no teniendo ya que proteger á la sociedad contra las pasiones que cada uno domará bastante dentro de sí mismo, podrán volver á entrar en sus casas. Para guardar un millon de hombres no se necesitará ni una bayoneta, viniendo á ser cada uno tanto más, respecto de la pátria, un soldado de la paz, cuanto será mejor, respecto de sí mismo, un soldado de la guerra.

Tal me pareció un dia la fuerte y antigua raza de Vizcaya, tan conservadora por instinto como independiente y fiera por su carácter; tan antipática tambien al genio de la Revolucion, como celosa de sus antiguas libertades. Allí, en el seno de aquel pueblo incomparable, gracias á un Cristia-

nismo sincero, que ha penetrado hasta la médula de sus huesos, hace poco todavía, para mantener el orden, apenas se necesitaban algunos soldados; la fuerza y la violencia nada tenían que hacer para guardar un pueblo bastante guardado por sus virtudes.

Así es como la doctrina que tiene por objeto inmediato meter la guerra en el hombre, hace refluir sobre la sociedad entera la abundancia de la paz que producen en él sus luchas solitarias.

Con el beneficio de la paz social, esta doctrina produce también, como resultado inevitable, en lugar del despotismo, la verdadera *libertad*; la libertad en el hombre, y, como consecuencia, la libertad en la sociedad.

¿Qué es la libertad? La libertad, considerada en su ideal, es la facultad de moverse y de marchar en el bien, sin ser detenido ó estorbado por el mal. La libertad es el hombre que se mueve en la esfera del bien, como el pájaro en el aire y como el pez en el Océano.

No está en la esencia de la libertad hacer el mal; es, por el contrario, la imperfección de la libertad.

Por consiguiente, á medida que un hombre, luchando contra sí mismo, abate más en su persona el imperio del mal, más sube en la libertad, y más aseméjase á Dios, soberanamente libre. Dios es al mismo tiempo la infinita libertad del bien y la impotencia absoluta del mal; el hombre, bajo este aspecto, nunca se parece más á Dios que cuando realiza en sí mismo, por la derrota continua del mal, el imperio progresivo del bien. Tal es el secreto divino de la libertad individual y moral: sustraerse por el combate á la servidumbre de sus pasiones; tal es al mismo tiempo el secreto de la libertad política y social.

La verdadera libertad política y social es igualmente la mayor facultad de moverse en el bien, sin ser detenido por el mal. Para que la libertad exista en la sociedad es preciso, por consiguiente, que las pasiones sean reprimidas, y que sea el mal contenido. La pasión desordenada que compele

al mal, y es el mismo mal en el hombre, no puede tolerar el bien; en la esencia misma de su vida lleva ignoro qué necesidad de oprimirlo; despótico por instinto, aspira por su índole á la opresion de la justicia y del bien. Por consiguiente, la necesidad de la represion de las pasiones es absoluta, y una de las dos siguientes cosas es precisa para la libertad social: la represion *voluntaria*, ó la represion *forzosa* del mal de nuestras pasiones; la compresion *interior* por la fuerza moral, ó la compresion *exterior* por la fuerza material. Segun disminuye una de ambas represiones, necesario es que aumente la otra, y recíprocamente. Tal es la eterna balanza en que la represion moral y la material, la represion libre y la forzosá, suben y bajan en presencia la una de la otra.

Resulta de este principio que, á medida que los hombres, tomados individualmente, atacan más en sí propios el mal que se halla en su interior, ménos necesaria es la represion exterior. Cuando el imperio de las pasiones es completamente reprimido por la

energía moral y personal, la represion exterior puede cesar en absoluto, llegando á ser la sociedad soberanamente libre. Entónces los hombres se mueven en el bien, poco más ó ménos como los ángeles en el espacio, sin que necesiten ser contenidos por el freno de la fuerza material, marchando cada uno con su propio movimiento. La represion cesa, porque carece ya de objeto, y recoge la libertad social el beneficio de nuestras luchas personales.

Así, con la paz, nuestra doctrina produce la libertad. Aún produce otro fruto más dulce, porque produce esta cosa suave, sueño adorado de las almas expansivas y de los corazones generosos: la *fraternidad*; es decir, la union entre los hermanos por el don voluntario de cada uno á los otros. ¿Puede darse nada más bello y armonioso que imitar sobre la tierra la unidad del cielo, unidad beatífica donde cada uno es feliz por la ventura de todos, y donde todos son felices por la ventura de cada uno? Empero, ¿quién hará reinar la verdadera fraternidad en medio de nosotros...? La prác-

tica generosa de la doctrina que enseña que el mal está en el hombre, ó sea la lucha contra sí mismo.

Para poner en práctica, respecto de los otros, la fraternidad real, existe una condicion que nada puede suplir: romper ó encadenar en sí mismo las fuerzas egoistas. Entre la fraternidad y el egoismo la lucha es eterna y el antagonismo absoluto. Suprimid el egoismo, y el problema social está resuelto. La fraternidad es el fundamento, y el egoismo el disolvente del edificio social. La fraternidad es el fuego que produce la expansion fraternal y compele la vida fuera de sí á todas las abnegaciones y á todos los heroismos; el egoismo es el frio que retira la vida sobre sí propio, petrificándolo en una soledad y en una inmovilidad estériles. El egoismo puede compararse á los hielos de los polos; la fraternidad á los fuegos del Ecuador; el uno se aumenta con todas las disminuciones de la otra; la fraternidad sale sólo completa y fecunda de la ruina total del egoismo. Ahora bien; lo que destruye ó comprime en las almas las fuer-

BIBLIOTECA
NACIONAL
DE CHILE
FUNDADA EN 1822

zas egoistas, es la lucha, y la lucha de todos los días contra el mal que está en nosotros. Para darse, preciso es abdicar, renunciarse, combatirse, vencerse, y tornarse á vencer: fuera de esto, la fraternidad es sólo una palabra; ¿qué digo? es una mentira y una contradicción.

Tal es, en efecto, la monstruosa contradicción de nuestros flamantes reveladores: sueñan para la humanidad futura en un edificio social que tenga la fraternidad en la cumbre, el egoismo en la base y el desorden en todas partes. Sí: nosotros hemos visto á hombres que por un lado realizaban á los ojos de los pueblos el ideal sublime de la fraternidad cristiana, miéntras los veíamos por otro sembrando en las almas, con las doctrinas materialistas, tales gérmenes de egoismo, que jamás se habían sembrado en las naciones otros semejantes. Ahora bien, echada está la suerte; todo el que siembra egoismos, recogerá fratricidios.

¡Ah, Señores! No lo hace así el Dios que adoramos; su proceder, áun en este punto, es divinamente opuesto al de su adversa-

rio, el padre de la mentira. Jesucristo es la verdad, y hace que se respondan en su doctrina mutuamente, como dos ecos de una misma voz, estas dos palabras: Vencerse ó renunciarse á sí mismo, darse á los demás: *abnega temetipsum; diligite invicem.*

Así, mostradme un hombre formado en esta escuela, que libre contra su orgullo y su voluptuosidad, contra el egoismo de abajo y el egoismo de arriba, combates generosos; este hombre hállese pronto á todas las abnegaciones y á todos los heroismos de la verdadera fraternidad. ¡Ah! ¡Es que tal hombre es un Santo; sí, os aseguro que es un Santo! Los Santos son los hombres de la lucha, y, porque son los hombres de la lucha, son los hombres de la fraternidad. Los Santos no despliegan fuera de sí propios prodigios de abnegacion, sino porque despliegan dentro de sí prodigios de valor. La expansion tan inmensa de los corazones que se abren con el fin de abrazar todas las miserias humanas, se mide por la energía que despliegan para reprimir en sí propios sus pasiones rebeladas y sus instintos egois-

tas. En dos palabras: nuestra expansion fraternal está en proporcion exacta de nuestra compresion personal : fórmula sencilla, pero que por su sencillez os revela la ley más grande de la armonía social y la verdadera filosofía de la fraternidad. Es que realmente, por las luchas animosas en que nos reprimimos, preparamos las expansiones generosas en las cuales nuestro corazon se dilata en abnegaciones y se derrama en beneficios.

Permitidme que os lo diga, Señores: si entre vosotros hay tantos que saben darse á los demás, es porque han aprendido á vencerse á sí propios. Si sois hombres de sacrificio, es porque sois hombres de combate; si entre los que me oyen hay algunos que se sienten capaces de llevar, aún hasta el martirio, el heroismo de la fraternidad, es porque saben desplegar, para vencer en sí el egoismo de la pasión, el valor de los héroes.

Así, esta doctrina cristiana, en apariencia tan austera, produce por sí misma los frutos más suaves; arraiga en el mismo co-

razon de la humanidad el árbol de la prosperidad social, desplegando al sol las tres ramas magníficas de la paz, de la libertad y de la fraternidad, cuyos frutos recogen los pueblos, pasando alegres bajo su sombra protectora.

En lugar de un 93 levantando su cabeza sangrienta en medio de una civilizacion convertida en bárbara, podeis ver una sociedad saliendo de la barbarie misma, brillando al sol de la historia, coronada con las más puras glorias de la civilizacion.

¡Ah, Señores! ¡Cuánto siento no poder mostraros aquí, en algunos rasgos, una sociedad manifestando en todas las realidades de su existencia esta doctrina, que es la más socialmente saludable de todas las doctrinas! Ya lo sé; sería preciso para esto pintaros una sociedad más ó ménos ideal, por no haber tenido en parte alguna esta doctrina, en nuestra humanidad degenerada, su realizacion total.

Sin embargo, un dia el cielo pudo contemplar algo de este ideal realizado sobre la tierra. Desde el seno de la pátria celes-

tial, contemplando este valle de destierro, los ángeles vislumbraron en soledades, testigos en otras épocas de los oprobios de la vida salvaje, la sociedad más pacífica, más fraternal, más libre y más próspera de que ha conservado recuerdo la historia: ¡era el reflejo más hermoso de la sociedad del cielo, entrevista sobre la tierra!

Ved desde aquí aquella sociedad, elevándose desde el fondo del desierto, en su frescor virginal y en su hermosura inmaculada. ¡Qué paz! ¡Qué armonía! ¡Qué libertad! ¡Qué obra maestra de la civilización, saliendo, tras algunos años, de la barbarie, y aún de la salvajez, tan sólida y perfectamente trasformada! ¡Qué tipo de grandeza y hermosura social apareciendo de repente, allí mismo, donde aún ayer se mostraba, con la miseria material y la corrupción social, el espectáculo de la degradación y de la torpeza social! ¡Qué modelo sin segundo, y qué tipo sin igual del reino de Dios en la humanidad!

Pues bien, Señores: ¿quién pensais que creó en este valle de lágrimas una imagen

tal del paraíso? ¿El genio de la innovación?
¿El genio de las revoluciones? ¿El genio de
la especulación? ¿El genio de la industria?
¿El genio de la ciencia política y social, se-
gún es comprendida en este tiempo de so-
cial decadencia y de conmociones políticas?
No, Señores, no. El que hizo en tan poco
tiempo aquella obra maestra de la civiliza-
ción y del progreso, tan en breve realizada,
y tan en breve ¡ay! destruida por otra bar-
barie, os lo voy á decir: fué el genio del ver-
dadero Cristianismo; genio celeste que re-
vela y hace poner á los hombres en práctica
la soberana ley de su vida, á saber: obrar
dentro de sí mismo y alrededor de sí mismo
contra las corrientes desencadenadas por la
caída; vencerse á sí mismo, combatir, ani-
quilar, ó al ménos dominar y contener en
su interior el mal que cada uno lleva en sí
propio; y por esta lucha generosa, constan-
te, universal, hacer salir de las almas todas
las flores de virtudes y de santidad; ¡y entre
todas las flores del destierro, la flor más real,
es decir, la flor brillante y perfumada de la
verdadera civilización!

Así, en aquellas poblaciones tan prodigiosamente trasfiguradas, merced á esta lucha viril de cada uno en las batallas contra sí mismo, ¡qué pureza de costumbres, qué voluntaria y libre obediencia, qué armonía entre los corazones y los corazones, qué irradiacion de las almas sobre las almas, enviándose unas á otras, por ejemplos visibles, los reflejos de su hermosura recíproca! ¡Cómo cada uno allí, por sus luchas personales, protegía la paz pública, concurriendo al órden general, no sólo por guardar fielmente su puesto de abnegacion en favor de la pátria, sino sobre todo por guardar valientemente su corazon, á fin de reprimir los orgullos que se levantan, las concupiscencias que dividen y las envidias que matan! ¡Cómo el mal, retrocediendo en todos y en cada uno por una libre y animosa represion, dejaba que se moviera el bien sin obstáculos para la dicha y la seguridad de todos!

¡Oh santa y virginal sociedad, brotada en el seno de los desiertos, bajo el radioso sol del Paraguay! ¡Yo te saludo! Pasaste

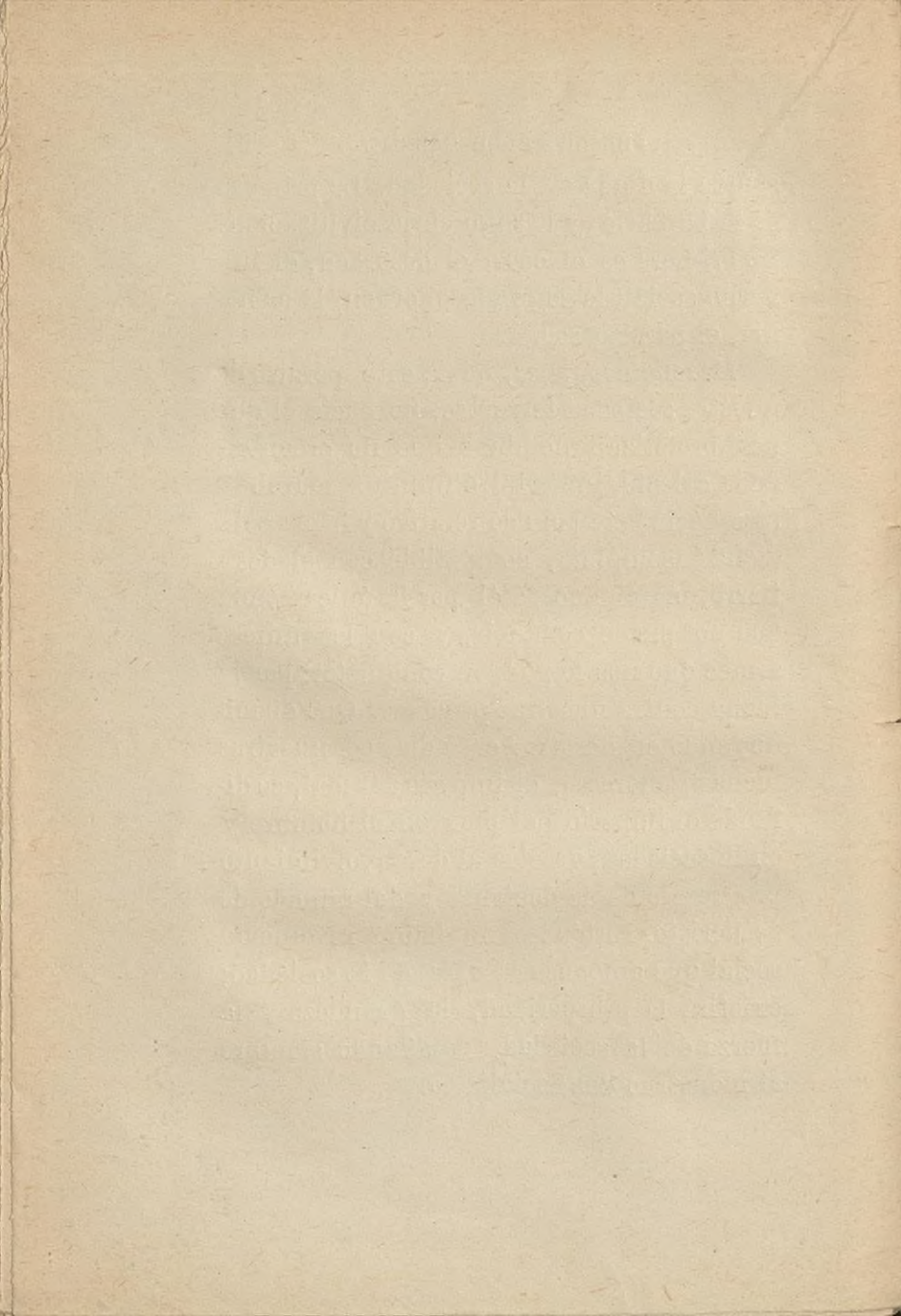
sobre la tierra como un reflejo de la sociedad del empíreo, mostrando al mundo lo que podría llegar á ser, bajo el punto de vista social, una humanidad que pusiera en práctica la doctrina del Cristianismo, ley soberana de todo progreso social: asegurar la libertad, la fraternidad, la paz y la prosperidad de todos por la lucha perseverante de cada uno contra sí mismo; en una palabra, realizar el triunfo progresivo del bien en la sociedad, por la derrota progresiva del mal que se halla en el hombre.

CONCLUSION.

Hé aquí, Señores, bajo el punto de vista social, las dos doctrinas, delante la una de la otra: el mal en la *sociedad*, y el mal en el *hombre*. Habeis visto que la primera es la guerra social, y la segunda la paz social. La primera es el despotismo, y la segunda la libertad. La primera es el egoismo, y la segunda la fraternidad. La primera es la destruccion de la sociedad, y la se-

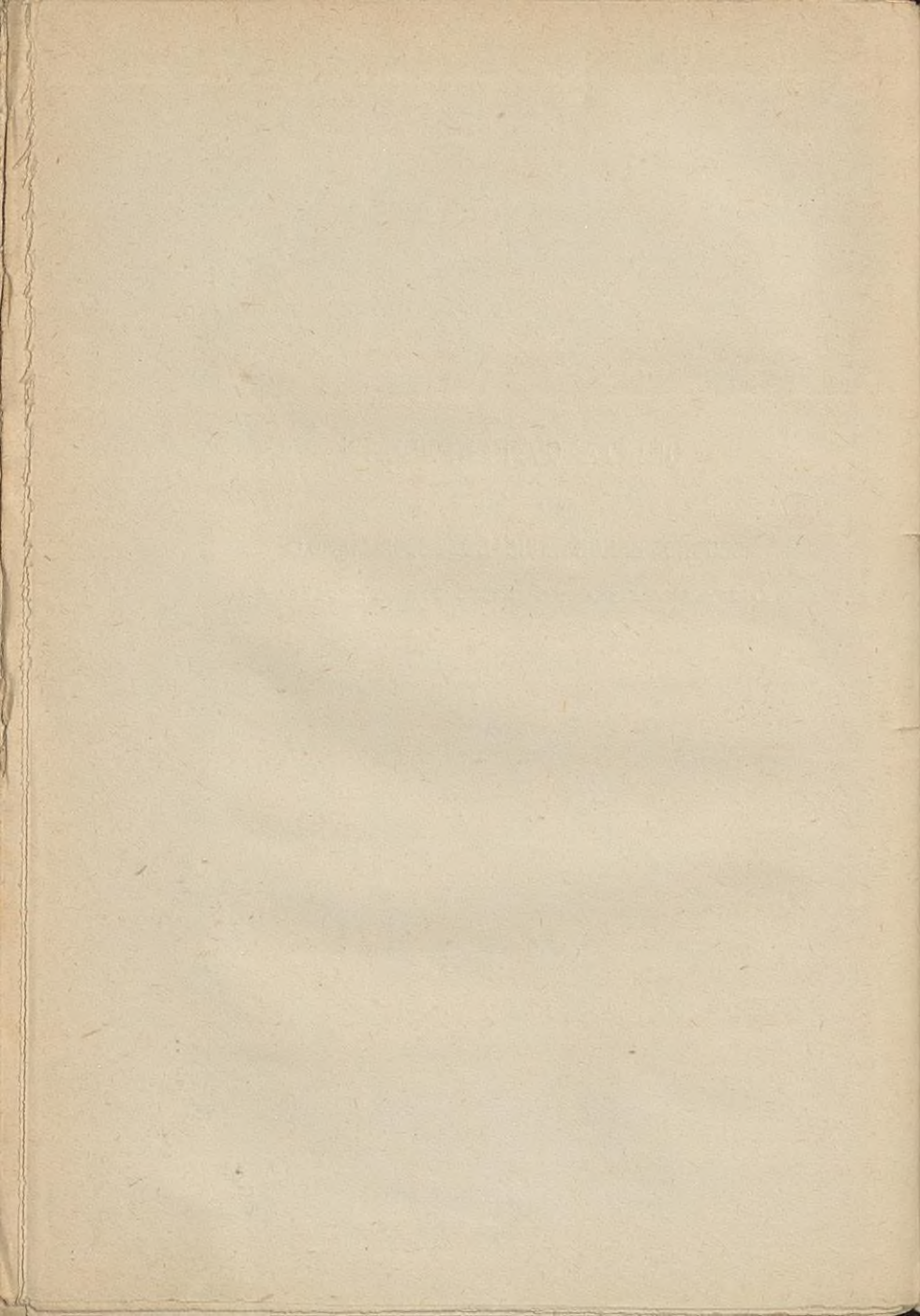
gunda la dicha de la sociedad. La primera es la barbarie, y la segunda la civilización. La primera es el caos, el desorden, el infierno social; la segunda el orden, la armonía, el paraíso social.

Marchemos, pues, hacia este paraíso de nuestra sociedad terrestre; no hacia el que nos profetizan hombres que no creen en nada celeste, inmortal é infinito: marchemos hacia este paraíso relativo y hacia esta dicha incompleta, compatible con el destierro; marchemos á él por la única senda que nos puede conducir, y con las únicas armas que nos lo pueden conquistar: por la lucha contra nuestras pasiones. Que disminuyendo en nosotros cada día, por nuestras luchas generosas, el imperio del mal, se difunda el imperio del bien en el hombre y en la sociedad, gracias al desenvolvimiento progresivo de la doctrina y del reinado de Jesucristo. Entónces no habrá revolución social que amenace la vida de la sociedad; existirá la prosperidad, la grandeza y la fuerza de la sociedad, desafiando siempre al mónstruo del Socialismo.



QUINTA CONFERENCIA.

SEGUNDO ERROR RADICAL DEL SOCIALISMO:
EL PARAISO SOBRE LA TIERRA.



QUINTA CONFERENCIA.

SEGUNDO ERROR RADICAL DEL SOCIALISMO: EL PARAISO SOBRE LA TIERRA.

SEÑORES:

Hay un error fundamental en el Socialismo considerado bajo el punto de vista de la doctrina; un error que se puede llamar, con justicia, el principio generador y el punto de partida de la aberracion socialista; es la *mala colocacion* del mal en la humanidad; es el mal colocado «doctrinalmente,» no en el hombre, sino en la sociedad; es la siguiente fórmula, tan fecunda en desastres: *El hombre nace bueno y la sociedad lo deprava.*

Hemos visto que esta doctrina, pasando á los hechos, crea incontinenti la guerra permanente contra el orden social, y que, compelida hasta su evolucion última, pro-

duce estas tres cosas esencialmente antisociales: el egoismo, el despotismo y la anarquía.

Hemos visto también que la doctrina católica, colocando el mal radicalmente, no en la sociedad, sino en el hombre, produce estas tres cosas diametralmente contrarias á las consecuencias de la doctrina socialista: el orden, la libertad y la fraternidad, y, con ellas, la armonía y la felicidad sociales.

Después de haber mostrado el error socialista relativamente al punto de partida de la existencia social, sólo nos resta mostrar su error relativamente al punto de *llegada*, es decir, al término de la vida social; lo que puede llamarse también el error sobre su destino. Ahora bien; este error, tan radical como el primero, puede designarse con esta sola palabra: *El paraíso sobre la tierra*.

El Cristianismo, de acuerdo con la humanidad de todos los siglos, nos descubre al otro lado de la vía pasajera el término del viaje; nos muestra en un mundo supe-

rior á este mundo un cielo abierto, lugar de nuestro reposo eternal y de nuestra dicha suprema, diciéndonos: «Hé aquí vuestro destino; hé aquí vuestro paraíso, que no está sobre *la tierra*, sino en *el cielo*.

Tambien aquí, sobre todo aquí, el Socialismo doctrinal dice lo contrario á la verdad; vuelve al revés los términos del destino, y dice: *No; el paraíso no está en el cielo, sino en la tierra*. Así como muda de puesto en el punto de partida, el mal de la vida, muda de puesto en el punto de llegada, el destino supremo de la vida; así como en el punto de partida dice: «El mal, el mal radical no está en el hombre, sino en la sociedad,» dice en el punto de llegada: «El bien, el soberano bien, la dicha final no se halla en el cielo, sino sobre la tierra.»

Tal es el segundo error fundamental que yo quiero combatir; tal el segundo polo sobre que se apoya toda la doctrina del Socialismo que necesario es derribar.

Empero, ántes de poner de realce con toda claridad este supremo error, es preciso persuadir, en algunas palabras, de que el

Socialismo enseña realmente este dogma tan antisocial como anticristiano.

Ya en 1848, y aún mucho ántes, el Socialismo hacía circular en nuestros grandes centros populares de París, de Lyon, de Marsella y de todas nuestras grandes ciudades, catecismos titulados *Catecismos del pueblo*, que contenian, bajo una forma compendiada, la condensacion de todas las doctrinas socialistas. Ahora bien; en estos catecismos destinados á pervertir en las masas, además del sentido religioso y del sentido moral, el sentido de la vida social, algunas cuestiones eran planteadas y resueltas delante del alma del pueblo, en resúmen, de la manera siguiente:

«¿Existe un *infierno*?—*Sí* y *no*, contesta el pueblo. *Sí*; hay un infierno, el infierno de la tierra, el infierno de la miseria popular; *no*; no hay otro infierno, el infierno de la otra vida. El infierno de la otra vida, enseñado por las religiones para espantar al pueblo y dominarlo, es puramente imaginario.

»¿Existe tambien un *paraiso*?—*Sí* y *no*, igualmente. *Sí*; hay un paraiso, el paraiso

ROBERTO HERRERO
TRAYENDO SOLICITUD
FEBRUARIO 1888

de la tierra, porque un día la humanidad debe gozar de la tierra perfeccionada por su trabajo, haciéndose para sí misma un verdadero *paraiso*; no, no existe el paraiso que llaman el paraiso del cielo. El paraiso imaginado por las religiones es sólo una hipótesis inventada por sus clérigos, á fin de que las poblaciones acepten con paciencia la carga de sus sufrimientos.» Cito de memoria, mas salgo garante de todo el pensamiento, si no puedo salir garante de cada frase.

Estos catecismos eran sólo la reproducción, bajo una forma popular, de las doctrinas enseñadas por los patriarcas del Socialismo moderno. Esta doctrina desbórdase á través de sus sistemas humanitarios, á los cuales vuelven sin cesar, como á la grande revelacion de la doctrina nueva, ó, como ellos dicen, *del nuevo Evangelio*.

Oid á Saint-Simon, el gran iniciador del movimiento, y el primer predicador de la idea socialista: «La edad de oro, que una vieja tradicion ha puesto en el pasado, está delante de nosotros; inscribamos sobre nues-

tras pacíficas banderas: *El paraíso terrestre se halla delante de nosotros.*»

Oid aún: «Que se difunda esta buena noticia; los hombres que dicen que este mundo es un lugar de destierro y de lágrimas, el sitio de la expiación y del dolor, y que la virtud estriba en despegarse de la tierra, desaparecerán entónces para dejar sitio á los nuevos servidores de Dios, que nos enseñarán á *apegarnos* á la tierra, con el fin de convertirla en un *Eden*, en un paraíso, donde la humanidad, santa familia de hermanos, vivirá dichosa en el trabajo y en la paz.»

Tal, en el principio, fué la predicación del dogma socialista por excelencia: *El paraíso sobre la tierra*. Y hace poco aún, los discípulos fanáticos de los primeros predicadores del Socialismo, en un Congreso ó en un conciliábulo tristemente famoso, hacían oír como un eco engrandecido de la palabra del maestro, cuando exclamaban entre frenéticos aplausos:

«Se nos habla del cielo; mas ¿qué es el cielo? ¿No ha demostrado la ciencia que sólo

es una quimera? Concluimos que es necesario que tomemos nuestra dicha y que tengamos nuestro paraíso sobre la «tierra (1).»

Hé aquí, Señores, la doctrina socialista del destino proclamándose á sí misma tan claramente, tan públicamente y tan audazmente como es posible imaginarlo.

Hé aquí lo que yo llamo el *extremo* error doctrinal del Socialismo contemporáneo; y porque semejante doctrina es el error extremo, es lógico que sea al propio tiempo la extrema *contradiccion* y el extremo *desastre*.

Esto es lo que voy á procurar poner en evidencia con la mayor claridad posible en este discurso, que os dirá la última palabra de esta doctrina, mostrándoos la contradiccion y el desastre en su más alta potencia.

(1) Congreso de Gante. (*Univers*, Setiembre 1877.)

I.

Sí, Señores: el *paraiso sobre la tierra*, considerado como el destino humano y social, es una doctrina en sí propia radicalmente falsa, y, por tanto, profundamente *contradictoria*. Está en contradicción flagrante con la *idea* del destino, con la *aspiración* al destino, y con el *proseguimiento* del destino, tales como aparecen por todas partes en nuestra humanidad. Es un mentís audaz dado á las convicciones, á las tendencias y á las aspiraciones reales de la humanidad, tales como existen hace seis mil años.

Desde luego esta doctrina, que pretende resolver el problema del destino, está en contradicción flagrante con la *idea* misma que todos tenemos del destino. La primera condicion racional del destino, segun lo concibe la inteligencia humana, es ser *fiijo* y *determinado*. Un destino es esencialmen-

te algo determinado. La razon es á la vez muy metafísica y muy óbvia, muy profunda y muy popular. Oid ante todo:

El destino es un *término*; es el término supremo á que la vida debe conducir. El destino humano es el término final de la vida humana. Ahora bien; un término es necesariamente *definido*; y si no lo es, deja de ser término, ó, si quereis, es un *término indeterminado*, es decir, una contradiccion en las cosas, que se traduce por una contradiccion en las palabras.

El *paraiso sobre la tierra*, admitido como el destino humano y social, es precisamente lo que acabo de decir; es, en todo el rigor de las palabras, un *término indeterminado*, un *destino indefinido*. ¿Cuándo debe venir el paraiso prometido? ¿Mañana? ¿Despues de «miriadas» de siglos? ¡*Indefinido!* Cuando este paraiso, suponiendo que debe venir, haya llegado, ¿será el término supremo donde la humanidad se deberá detener para encontrar su reposo? Llegado el hombre á él, ¿buscará todavía un paraiso mejor en el horizonte del porvenir? ¿O este

paraiso será el término absolutamente final más allá del que no se lanzarán el pensamiento, ni los deseos, ni la imaginación? *Indefinido!*

En este paraiso de nuestros sueños, suponiendo que marcase para nosotros el fin último y el supremo punto de llegada, ¿cuáles serian las realidades de la felicidad terrestre? ¿Existirian allí aún grandes y pequeños? ¿Existiria la igualdad ó la jerarquía en las felicidades? ¿Careceria de mezcla el rio de las humanas alegrías, ó bien pasarian aún algunas olas amargas al seno de la feliz humanidad? *Indefinido!* ¡Siempre lo indefinido! Es una gran contradicción lo indefinido en el destino, es decir, en lo esencialmente *definido*.

Ciertamente, para entender y apoderarse aquí de la contradicción bastan los primeros elementos de toda razón; la filosofía popular es propia de todo el mundo, por ser la filosofía del sentido comun. Para todos y ante la razón de todos, la contradicción es flagrante, tan flagrante como se pueda imaginar. Empero si es la gran *contradicción*,

es al mismo tiempo la gran *seduccion*. Lo que seduce al hombre, y sobre todo á la muchedumbre, es lo vago de los horizontes, lo indeciso de las perspectivas, y, sobre todo, el prestigio de lo desconocido. Este vago, estas perspectivas, este desconocido crean perpétuamente seducciones nuevas á nuestros deseos burlados y á nuestras crédulas esperanzas. Así, lo que ante todo busca el error, es lo indefinido.

Es que todo lo definido le desespera. Hablais al pueblo de un paraíso terrestre y os sigue, porque aguarda, quiere y busca el paraíso. Empero, una vez, una sola vez á lo ménos, osadlo definir: ¿decís lo que será este paraíso? ¿Cuándo vendrá? Decídselo hoy, y mañana sereis confundidos; este pueblo que ayer os admiraba, mañana se reirá de vuestros sistemas y se mofará de vuestras promesas. ¡Ah! ¡Lo comprendeis bien, y por esto cabalmente sólo hablais de progreso indefinido, de perfectibilidad indefinida y de destino indefinido! Conoceis la debilidad del género humano, y conoceis igualmente la vuestra. Alcan-

zais que no podríais definir, sin suscitar contra vosotros el poder del buen sentido y sin mataros á vosotros mismos con la espada de vuestras definiciones. Hé aquí por qué predicáis, quereis y adorais lo indefinido, buscando la seducción popular en la contradicción filosófica.

La segunda condicion racional del destino es ser *accesible*, es decir, que pueda ser alcanzado y conseguido por todos los seres que se sientan llamados á ir en pos de él. Un destino que no se puede conseguir ni poseer nunca, cesa por esto mismo de ser un destino: el destino de la vida no se puede concebir sino como un término á que se llega, ó á lo ménos á que se puede llegar por el movimiento de la vida. Ahora bien; el paraíso de la tierra, considerado como fin supremo, falta seguramente á esta condicion rigurosa de todo destino. Este término que dáse á la vida es para los vivientes, no sólo un término indeterminado, sino tambien *inaccesible*, y, para emplear una voz algo técnica, este término no es *tangible*.

En efecto: hace seis mil años que las generaciones buscan el paraíso, y, si no existe otro que el de la tierra, palmaria cosa es que faltan á su destino, y que faltan á él fatalmente. Desde luégo pregunto: ¿cómo un término que no cabe alcanzar puede ser aceptado como el destino? ¿Por qué, hace seis mil años, millones y millones de individuos mueren vislumbrando de léjos un paraíso que no verán nunca? Moisés murió saludando de léjos la tierra prometida; á lo ménos, para consolarse de esta desgracia del mundo, tenía la promesa de un cielo. Mas ¿por qué tantos hombres mueren excluidos del único paraíso que vosotros les prometeis? Si debe haber un paraíso para las generaciones futuras, ¿por qué no existiría para las generaciones pasadas? ¿Y por qué no ha de existir asimismo para la generacion siguiente? ¿Por qué el pasado y el presente de nuestra humanidad se hallan fatalmente condenados á carecer de un destino que tan soberbiamente, y añadir queria irónicamente, llamais el destino *humanitario*? ¿Y por qué, pregunto nueva-

mente, millones y millones de séres han pasado sobre la tierra sin haber contemplado ni entrevisto siquiera este paraíso, que ha de ser esencialmente, según vuestras doctrinas, el destino y la herencia de *todos*?

¿Qué respondeis á esta intimación aquí hecha, en nombre de la verdad, por la lógica del buen sentido? ¿Cómo salís de este círculo, en el cual os encierra una contradicción que brilla como el sol?

A fin de intentar salir, ¿direis que, si séres humanos pasan sin haber alcanzado el fin, la *humanidad* no pasa igualmente del mismo modo? Si los individuos, únicos séres reales, no logran este fin, es palmario que no lo alcanza más el sér colectivo. Decís que tal hombre no consigue su fin, pero que la humanidad lo consigue. Y pregunto: ¿Qué es la humanidad? ¿Dónde se halla? ¿Qué cosa es este sér que no cojo ni encuentro en parte alguna, al que vosotros procurais ahincadamente hacer un destino tan vago y tan indefinido como él, miéntras me dejais á mí, sér real, bajo el peso de las realidades

de mi vida, condenado á morir sin alcanzar un destino que todo mi sér solicita, y que no debe venir nunca para mí? ¡Y hace seis mil años que dura esto! ¡Y este paraíso es aún para nosotros, testigos de vuestras promesas, una tierra de destierro y un valle de lágrimas! Sí, y aquí está lo que ultima la contradicción de vuestro sistema con la *idea* del destino.

El destino, en efecto, es el reposo y el placer en el bien supremo de la vida. El destino es, por su naturaleza, esencialmente *beatífico*. ¡Hé aquí por qué, para millares de vivientes, se trasforma en el mal, en la agitacion y en los sufrimientos de la vida! ¡Una humanidad creada para la dicha, atormentándose á sí propia, durante siglos y más siglos, en un trabajo doloroso y en tormentos fatales, que hacen frecuentemente de su vida de la tierra una imágen de los suplicios del infierno! ¡Ah! Esto es más que una contradicción doctrinal; es una amarga ironía y un engaño dos veces cruel; esto no es solamente una irrisión de la razón humana, sino también del alma huma-

na entera, y del mismo corazón humano, espantadamente burlados uno y otro en sus más legítimas, más profundas y más invencibles aspiraciones.

Empero, fuera de la contradicción con la idea del destino, hay aquí una contradicción más palpable: la contradicción con las *aspiraciones* hácia nuestro destino.

Señores: una noción elemental en el asunto en que nos ocupamos es que no puede existir oposición entre el destino real y las aspiraciones reales de la vida humana. El movimiento de la vida da testimonio del destino de la vida, porque todo sér tiene en su naturaleza un impulso espontáneo que lo compele á su fin; por una necesaria correlación, hay en el fin un poder atractivo que compele al sér á su término, es decir, al centro de su reposo. En el orden físico, en el orden moral, y áun en el orden intelectual, esta verdad se realiza de un modo universal, que no puedo manifestaros aquí por falta de tiempo, pero que se patentizará bastante á vuestras meditaciones por sí misma. A medida que lo penetreis más,

en todo linaje de cosas descubrireis mejor en ella la razon última de las armonías de todos los mundos. El Socialismo, por otra parte, rinde aquí testimonio á la verdad, por cuanto él, sobre todo él, ha puesto en boga las fórmulas célebres: *Las atracciones son proporcionales á los destinos*; y tambien: *Los destinos se revelan por las aspiraciones, y el término de la vida por las tendencias de la misma.*

Si quereis conocer el destino de un sér, estudiad sus atracciones innatas. Esta regla es cierta, y este *criterium* del destino es absolutamente infalible.

Una vez establecido este principio, y el Socialismo lo consignó un dia, resulta inmediatamente que, si la tierra es para nosotros todo el destino, todas las aspiraciones del hombre deben dirigirse y limitarse á la tierra; toda aspiracion real que lleve al hombre más allá de los límites terrestres, se trasforma para toda filosofía en un misterio inescrutable y en un fenómeno incomprendible, mil veces más inexplicable que todos los misterios de la vida; por añadidura, y

esto es muchísimo más sério, este «antagonismo» entre un destino último limitado á la tierra y las tendencias reales que fatalmente pasan más allá de la tierra, viene á ser, para todo hombre que piensa, una contradiccion palpable, una falta de sentido absoluto, y, por consecuencia, una evidente revelacion del error.

¡Y bien, Señores! ¿Qué decís? ¿Es cierto que la tierra y la materia sean para vosotros una barrera que nuestras ánsias, nuestros deseos y nuestras aspiraciones no pasan jamás? ¿Es cierto que más allá del paraíso de la tierra, por beatífico que se suponga, no tenemos el poder nativo y aún la necesidad profunda, no sólo de soñar, sino de inquirir y aún de buscar otro paraíso? ¿Es cierto, en fin, que todas las aspiraciones de nuestra vida real chocan en estas dos murallas que encierran este paraíso terrestre, á saber, la *materia* y el *tiempo*? ¡Ah, Señores! Vuestros semblantes, que iluminan vuestro pensamiento; vuestras frentes, que buscan el cielo, y vuestros pechos levantados por la grande aspiracion á lo in-

mortal, á lo invisible, á lo infinito, me responden; vuestra alma y vuestro corazon, dilatándose bajo el soplo viviente de una ambicion, me gritan, con una voz unánime: *¡Más allá! ¡Más allá!* Sí; nuestras aspiraciones van más allá de la tierra; buscamos lo que no es propio de la tierra ni del tiempo. ¡Ah! ¡Aunque nos deis la tierra, más tierra todavía, y un millon de veces la tierra, no será bastante! ¡Aunque nos deis el tiempo, más tiempo todavía, un millon de veces el tiempo, no será nunca bastante; nuestras aspiraciones necesitan lo invisible, lo eterno y lo infinito!»

Teneis razon, y aquí siento yo que mi alma se abre como vuestra alma, y que mi corazon late como vuestro corazon; ¡como vosotros y con vosotros, ambiciono lo invisible, ambiciono lo impalpable, ambiciono lo inmortal, ambiciono lo infinito!

Si es así, ¡que vengan los que sólo nos dan la tierra y sólo nos prometen el tiempo; que vengan á explicar estas cosas incomprendibles de nuestra vida; que vengan á decirnos la razon del «antagonismo» ab-

surdo entre los destinos que nos dan y las aspiraciones que nos arrastran! ¡Ah! Si nuestra vida humana sólo está hecha para lo terrestre, lo visible y lo palpable, que nos digan, no con fórmulas oscuras, sino con razones luminosas, por qué hay, en el fondo de vuestro sér y en el fondo del mio, un movimiento que nos compele á lo invisible, celestial é impalpable. Sí, decid: ¿por qué hay en mi alma y en la vuestra una ambicion ilimitada que franquea de un brinco todas las barreras de la materia y del tiempo? ¿Por qué, llegado á la más alta cumbre á que la materia puede subirme, como el águila se fija en las más altas cimas de los montes, experimento aún la necesidad de subir más, y de lanzarme como ella á los espacios que se entreabren ante mí? ¿Y por qué, como ella, desdeñando la tierra para colocarme en el cielo, tengo necesidad de ir, conducido por mis deseos, mucho más allá de todas las realidades temporales y terrestres, de contemplar el ideal cuya irradiacion me ha conmovido, y cuya ilusion óptica me atrae, como al viajero en el desier-

UNIVERSITY OF MICHIGAN
LIBRARY
ANN ARBOR, MICHIGAN

to, hácia los esplendores de un horizonte que retrocede eternamente delante de mí?

Decís: «¡Es un misterio!» Os engañáis; no, esto no es un misterio. Un misterio es una verdad oculta, y estamos aquí en presencia de una contradicción flagrante. El misterio es lo incomprensible, y estamos aquí delante de lo *imposible*. El misterio es la verdad que se encubre, y estamos aquí ante el absurdo que se manifiesta; estamos, en fin, delante de la contradicción que se denuncia en la luz misma de la evidencia, y decís: «¡Es un misterio!»

¡Ah! Yo, católico, cuando oigo al hombre gritando desde el fondo de su miseria: «¿Dónde está este paraíso que me prometen mis aduladores? ¿Es por ventura este lodo en el cual me arrastro en la fatiga y el sufrimiento?» Yo, creyente del porvenir, tengo una respuesta que dar á este hombre que espera un estado mejor, y le digo: «Aguarda, aguarda un poco, tendrás lo infinito.» Mas vosotros, que metéis las generaciones entre las dos murallas de la materia y del tiempo, cuando el hombre os dice: «Dadme tiempo y

:

espacio; mi alma tiene sed de infinito y de inmortalidad, *fac mihi spatium,*» ¿qué teneis que decirle? Sólo teneis esta palabra cruel: «Haz tu alma á medida de la materia y del tiempo, seguro de que la materia y el tiempo tellenarán. «Mas yo lo intento en vano, y, ántes que yo, hace seis mil años que generaciones extraviadas por errores semejantes á los vuestros lo han intentado tambien, sin conseguirlo jamás. Y este movimiento que noto en mi alma es el mismo que arrastró á la humanidad en todos los siglos; de forma que el paraíso sobre la tierra, no sólo está en contradiccion con la *idea* y con la *aspiracion* humana, es decir, con la inteligencia, con el alma y con el corazón de vuestra humanidad, sino tambien, y sobre todo, con el *hecho*, es decir, con la *historia* y el movimiento universal de nuestra humanidad, á través de los espacios y de los siglos.

La historia humana, bajo el punto de vista en que nos ocupamos, se puede resumir en estas palabras, que denuncian á todos los hombres la ley suprema del destino. El hombre sobre la tierra buscando un cielo;

el hombre en el tiempo buscando una eternidad; el hombre en el destierro buscando una patria; el hombre en el viaje buscando para su vida un término que no es de esta vida. Hé aquí el hecho constante, universal y eminentemente histórico. Por todas partes, y siempre, con un lenguaje que le ha hecho la naturaleza y la verdad, la humanidad sobre la tierra ha sido nombrada segun lo que creia ser, es decir, *peregrina*; por todas partes y siempre, los pueblos han expresado la vida por el símbolo del viaje. En Egipto, las casas llamábanse hosterías, y las pirámides, por su inmovilidad secular, eran como una perpétua imágen de la eternidad, al lado de las habitaciones del tiempo, en las cuales el hombre pasa su existencia de un dia. Los patriarcas, á los cuales parece que siglos de longevidad podian hacer olvidar mejor que la vida es sólo un corto viaje, no lo comprendieron de otra manera.

Hace cuatro mil años que un viejo llegado al Egipto, desde la tierra de Canaan, compareció ante Faraon, cubierto con la doble respetabilidad de las virtudes y de los

años. Cuando el Rey distinguió al viejo, que llevaba en su rostro, con la señal de las grandes virtudes, la huella de sus dilatados días, exclamó: «Decid, anciano: ¿qué edad teneis?» Y el patriarca respondió: «Los días de mi peregrinacion son ciento treinta años, días pequeños y malos, cuyo número no ha igualado la peregrinacion de mis padres.»

Un poco más tarde, en otro país del mundo, reprochando uno en cierta ocasion á otro viejo que á su pátria veia con indiferencia, contestó: «¡Oh! ¡Amo mucho á mi pátria!» Y con su mano el viejo señaló el cielo.

Pues bien, Señores; Jacob, calificando su vida de peregrinacion, es la humanidad instruida en las enseñanzas de la tradicion; y Anaxágoras, mostrando su pátria en el cielo, es la humanidad encontrando en la razon y la naturaleza la revelacion de una pátria mejor que la pátria de la tierra. Jacob y Anaxágoras representan la humanidad del tiempo y la humanidad de todos los siglos; la humanidad que sufre y la humani-

dad que espera; la humanidad que se lamenta y la humanidad que se consuela: la humanidad que, por la voz de sus sábios, de sus historiadores, de sus poetas, enseña, cuenta y canta la peregrinacion de la vida, y que en su via dolorosa hace, por cada uno de sus suspiros, la profecía infalible de su porvenir eternal.

Empero ¡cosa sorprendente! este hecho inmenso que despide una inmensa claridad, no estorba á los que hablan del paraíso terrestre. Dicen: «Esta voz de la humanidad es el gran error de los siglos. No se engaña nuestra sabiduría, sino la humanidad.» Muy bien; pero ¿cómo y por qué la humanidad se engaña de tal suerte? ¿Cómo, sobre un punto tan grave y decisivo, engañase la humanidad, y engañase necesariamente, siguiendo la voz de sus más puros, de sus más profundos y de sus más invencibles instintos? ¿Cómo explicar un fenómeno tan absolutamente inexplicable? ¿Cómo concebir aquí la universalidad, la perpetuidad y la necesidad del error?

¡Ah! Comprendo que un error que sigue

por sí mismo la pendiente de la naturaleza, llegue á conseguir un imperio vasto como la naturaleza; pero ¿comprendeis vosotros un error que rechacen todas las pasiones humanas, llegando á reinar por todas partes en la naturaleza humana? ¡Cómo! ¿Todos los siglos y todos los pueblos conspirando juntos para crearse un error en contradiccion tan profunda con las ideas más nativas y las tendencias más santas del hombre? ¿La humanidad, en fin, creada para esta tierra, obstinándose, sin embargo, en mudar ella misma de puesto su propio destino, y en creerse sobre la tierra como un viajero en camino, desviando sus miradas del paraiso real, para ir en pós, más allá del tiempo y de la tierra, de un paraiso imaginario? ¡Cómo! Esta contradiccion histórica, ¿no basta para desahuciar á vuestra pretendida filosofía de la historia?

Decís que la *humanidad es la que se engaña*. Pero, en fin, sesenta siglos contra vosotros son algo seguramente. ¿Qué extraño genio os ha revelado, pues, á vosotros, que nacisteis ayer, que sólo vosotros

teneis necesariamente razon contra toda la humanidad? ¡Oh grandes reveladores! Desde lo alto de vuestros sistemas, ¿podrá creerse vuestro pensamiento bastante fuerte para destruir la historia? Y cuando se trata de una cosa esencialmente humana, de la historia humana y del destino humano, ¿os parece verdad que no debe contarse con el testimonio del género humano?

Decís: «El pasado no es todo, y está el porvenir; ¡esperad el porvenir!» ¡Cómo! ¿Osais hacer del misterioso porvenir que nos prometeis la contradiccion universal y la antinomia que hemos examinado? ¡Qué prodigiosa lógica la de oponer siempre á un pasado que conocemos, un porvenir que ignoramos! ¡Oh! Vislumbro lo que significan vuestros llamamientos perennes al porvenir misterioso. El porvenir préstase á las teorías de la aventura y á los sueños de la utopia; el porvenir no está para respondernos, y, léjos de poder levantarse ahora por vía de testimonio, se mete en lo indefinido de la duracion, como vuestros sueños en la vaguedad de lo posible. Empero, lo

pasado resiste, y no se deja fácilmente destruir por vuestros sistemas. La historia es la historia; por la universalidad, la perpetuidad y la uniformidad de sus testimonios, denuncia y confunde de antemano la mentira de vuestras profecías. Ella dice y dirá siempre: «Hubo una edad de oro en la cuna de la humanidad, y fué el paraíso de la tierra; habrá otra edad de oro que no debe concluir, al fin de nuestra humanidad, y será el paraíso del cielo.»

Mas oigo que para sustraeros al anatema del mundo y disminuir la majestad de este testimonio universal, decís: «No, no estamos solos: en todos los siglos y en todos los pueblos existieron hombres que estaban con nosotros, y que hablaron lo mismo que nosotros.» ¡Ah! ¡Que se levanten, los que piensan cual nosotros, y salgan de todas las «necrópolis» del pasado y de todas las catacumbas de la historia donde duermen en su polvo, para que la humanidad conozca y juzgue así á sus contradictores...! ¡Si vosotros quereis conocer á estos contradictores, mirad y vedlos! Aparecen de tiem-

po en tiempo, á guisa de fenómenos en el mundo moral, mejor diré, á guisa de monstruos en el mundo humano; aparecen para espantar al género humano que los rechaza. ¿Quiénes son? Todos los que han conquistado en la historia la celebridad del error y de la paradoja; ¿qué digo? todos los que se conocieron por sus vicios y por su maldad; todos los que formando de su cadalso un pedestal para su nombre, encontraban magnífico caer desde las manos del verdugo en brazos de la nada, y desafiar otra vez, por la osadía de su blasfemia, la creencia de la humanidad que los maldecía. Sí; todos ellos están con vosotros: ¡todos ellos, cual vosotros, únicamente creyeron en el *paraiso de la tierra!*

Por el contrario, ¿quién está contra vosotros en la historia de la humanidad? ¡Oh profetas del porvenir, contemporáneos de un pasado que os condena! Contad, medid y juzgad á todos los hombres que, á través del espacio y del tiempo, oponen á vuestras doctrinas sus mentís solemnes; que vienen, y dicen, pasando delante de vosotros, el ver-

dadero *Credo* de la humanidad discreta, sabia, virtuosa, abnegada y heroica. ¡Ah! Ved aquí á los sábios de los siglos y de todas las naciones, que no han echado su genio en el fango de los vicios; pasan, y, como Anaxágoras, dicen, mostrándoos el cielo: *¡Allá arriba está mi pátria!* Mirad á este lado del Calvario: ved las ilustres legiones de la virtud, de la abnegacion y del heroismo. Ved á las vírgenes, á los confesores, á los Apóstoles y á todos los Santos; pasan sosteniendo en sus manos la palma de la castidad, de la ciencia, del apostolado, de la santidad, y todos, al pasar, os repiten la misma palabra: *El paraíso está en el cielo.* Y en medio de tantos testigos, dominándolos todos, ved á los mártires que son, sobre todos los demás, los hombres del testimonio. Ellos se levantan sobre todos los cadalsos del mundo, y todos, tomando en su mano la sangre que brotó de sus venas, dicen arrojándola en testimonio á la posteridad: «¡En el cielo está el reposo eterno; en el cielo la eterna alegría; en el cielo el eterno *paraíso.*

Señores: ¿es necesario retroceder á otros

siglos para encontrar testimonios de la grande doctrina, «el paraíso está en el cielo?» ¡Ah! ¡Mirad solamente á vuestro alrededor! Puesto que hoy existe una fracción de la humanidad viviente que procura contradecir el gran testimonio de la humanidad universal, ved y comparad las dos humanidades, una de las cuales dice: *El paraíso está sobre la tierra*, y otra: *El paraíso está en el cielo*; comparadlas, por el número, por la virtud, por la santidad, por la ciencia, por el genio, por la abnegación, y comprendereis la insolencia de la afirmación que osa contradecir el testimonio universal del género humano con esta frase, tan insensata como impía: ¡*El paraíso está sobre la tierra!*

Así, como acabais de verlo, la doctrina que, mudando de sitio el término del destino, coloca el paraíso sobre la tierra, es una doctrina falsa y contradictoria en sí misma, porque desmiente la *idea* que tenemos del destino, la *aspiración* que lo invoca, y todo el *movimiento* de la historia que atestigua y proclama el verdadero destino.

Empero, toda doctrina falsa, consagrada á la contradicción, produce necesariamente la desgracia y precipita los desastres. Aquí está la «contraprueba» infalible de las doctrinas reconocidas falsas en sí propias; esto es lo que réstanos ver, respecto de la doctrina en que ahora nos ocupamos. Acaba de aparecérsenos como el supremo error y como la contradicción absoluta del testimonio de la humanidad: veamos ahora cómo debe ser el supremo desastre y la infelicidad absoluta del género humano.

Pasando esta doctrina á los hechos, debe producir algo análogo á lo que ocurriría en el orden material si de pronto se mudara de sitio el eje del mundo físico, y se destruyera la ley universal que preside á todos los movimientos, conservando la armonía. Literalmente, poner el paraíso sobre la tierra es mudar de sitio el eje del mundo de los espíritus, así como romper la ley universal que mueve á las almas en su verdadera órbita; este *desorden* supremo, como ahora lo entenderéis mejor, sólo puede producir, y sólo en efecto produce, el supremo desastre.

II.

Si, Señores; el paraíso sobre la tierra, considerado como el término supremo del destino social, no es sólo el más grande de los errores, sino también, y sobre todo, la idea más fecunda en desastres. Esta doctrina monstruosa, pasando á los hechos, suscita fatalmente, contra sus promesas del porvenir, los mentís más lúgubres: aunque anunciaba, como resultado universal y cierto, una perenne ascension, produce un rebajamiento perpétuo; aunque anunciaba una felicidad y una alegría siempre crecientes, produce la *desolacion* y el sufrimiento perpétuos; aunque anunciaba prosperidades y creaciones nuevas, produce la *destruccion* continua; la «perfectibilidad» indefinida de que se jacta por todas partes en sus frases, tiene por correspondiente inevitable la degradacion indefinida que produce por todas partes en las cosas.

Desde luégo, el paraíso sobre la tierra, mostrado en perspectiva al pueblo, es la *degradacion* continua. ¿Quién no ve á simple vista que, penetrando esta doctrina en las realidades de la vida, se trasforma en el rebajamiento necesario? ¿Cómo concebir una sociedad que sube, bajo la influencia de semejante doctrina? Es un principio apoyado en la triple certidumbre histórica, moral y metafísica, que el hombre no puede ir más allá, por los movimientos y por las tendencias de la vida, de lo que considera él mismo como el fin supremo de su vida. La conciencia, la razón y la historia dicen que puede permanecer *en él*; pero elevarse *sobre él*, ¡jamás! ¿Cómo hacerse más grande que su propio fin? ¿Cómo elevar la vida á mayor altura que el término supremo de la vida? ¿Cómo ir más allá del fin por la tendencia, y del destino por la ambición?

Una vez sentado este principio del *paraíso sobre la tierra*, y admitido «doctrinalmente,» ha de producir en el hombre el rebajamiento continuo, tan seguramente como la fuerza de la gravitación nos atrae

hacia el centro de la tierra. Nada entonces hay que á lo alto nos compela, y todo, por el contrario, nos conduce forzosamente abajo.

Sí; si se me da un destino que no vaya más allá de la tierra ni del tiempo; si debo decirme, en el santuario de mi pensamiento íntimo, mirando uno y otro: «Allí está toda mi parte y allí está toda mi dicha,» desafío á los filósofos y á las filosofías á que me den una razon para tender, por el movimiento de mi vida, á elevarme sobre la materia, é ir más léjos que el tiempo. De buen ó de mal grado sobre la tierra, es preciso que rebaje la sublimidad de los pensamientos que me compelerian al cielo; en el tiempo es preciso que yo encierre la inmensidad de mis destinos que me hacian llamar lo eterno. Y vedme aquí entre estas dos fronteras que achican mi sér con mi destino: ¡vedme á mí, que tengo sed de lo inmortal y de lo infinito, ocupado en hacerme un pensamiento tan estrecho como el tiempo, tan humillado como la materia, así como en conducir mis deseos y mis aspiraciones á la medida de mis pensamientos! Ahora bien;

una vez colocado en este camino, en el cual el hombre baja sistemáticamente de las elevadas cumbres de la vida, surge sin duda el rebajamiento, y el rebajamiento continuo. Entónces, efectivamente, en el vuelo de la inteligencia, en el remonte del genio, nada existe superior á lo visible, á lo temporal y á lo palpable. Entónces, ¿qué importan la plenitud y la extension de lo que llamais vuestro saber? ¿Qué importan la grandeza de vuestro espíritu y la sublimidad de vuestro genio? No veis otro destino, ni buscais otro fin que la tierra; con vuestros pensamientos y vuestros deseos, todo ha *de caer en tierra*, como decia el gran Bossuet.

Supongo que sois un prodigio de ciencia, y que vuestra frente se ilumina con todas las claridades que derrama sobre vosotros: ¿qué es esto para vuestra grandeza y la nuestra, si este haz de tantas luces sólo nos descubre las tristes murallas de la prision de la materia y del tiempo, en que meteis con vosotros? Vuestra ciencia, por grande y vasta que sea, nunca os conducirá á mayor altura ni más léjos que su pro-

pio objeto, es decir, á mayor altura que la tierra, ni más léjos que el tiempo. Reconozco que sois un hombre de genio, que habeis cosechado palmas y recogido triunfos... Mas ¿qué es esto para nuestra grandeza y para nuestra elevacion, si, huyendo sobre vuestros pasos las perspectivas eternas y las realidades invisibles, con mi pensamiento de ángel y mi dignidad de hombre, me siento cada dia caer con vosotros en el animal? Pues bien; la fuerza de las cosas nos compele á esto. Si mi paraíso está sobre la tierra, como el animal sin Dios, sin porvenir y sin cielo, en ella me abato, y apego á ella la porcion de materia que encierra toda mi dicha, procurando hacerme, entre un pasado sin recuerdo y un porvenir sin prevision, este paraíso que me habeis prometido: ¡paraíso del animal, en el que lo tendré todo, ménos estas tres cosas, únicas dignas de mí, que busca todo mi sér: Dios, el cielo y la inmortalidad!

Empero, dicen nuestros flamantes dogmatizadores: «¡Tambien nosotros tenemos un Dios, un cielo y una inmortalidad!»

:

¡Un Dios, decís! ¿Qué Dios? pregunto. ¡Un Dios materia, un Dios palpable, un Dios-todo! Mas ¡oh filósofos! ¿Cómo me elevará vuestro Dios-materia, cuando me siento más grande que él? ¡Oh panteistas, discípulos y adoradores del *Dios-todo!* Escuchad: Vuestro *Dios-todo* no es *nada*. Yo destruyo vuestro Dios; bajo mis piés de viajero, lo quebranto como el barro del camino, convirtiéndolo en un polvo que vuela á mi alrededor.

Decís: «Tenemos un *cielo*.» Lo creo; es preciso que guardéis bien una cosa cuya idea no podríais aniquilar absolutamente; pero ¿qué cielo? pregunto. Un cielo mil veces más bajo que el Olimpo de los gentiles, al que los dioses subían de un vuelo, como el pájaro á los aires; un cielo que toda la tierra, y es la misma tierra, en el cual no quereis servir al hombre, convertido en Dios, ni áun la celeste ambrosía que á los habitantes del Olimpo daba una embriaguez que los paganos podían aún, en cierto sentido, llamar divina, sino un cielo en el cual quereis hacerme beber, á mí, hecho Dios, en una copa de voluptuosidades ménos que humanas, y

donde no podré sacar una embriaguez digna del hombre.

Decís: «Tenemos una inmortalidad.» ¡Ah! Conozco vuestra inmortalidad: inmortalidad del género, inmortalidad de la especie, inmortalidad abstracta, en la que, para los séres reales, sólo existe la muerte; inmortalidad puramente ideal, incapaz de iluminar con un solo rayo la noche de mi tumba; inmortalidad que sólo es para mí una decepcion en la vida y una ironía en la muerte.

No, no, lo juro por vosotros mismos; en vuestro paraíso de la tierra no hay inmortalidad, ni hay cielo, ni hay Dios. ¡Y con esto habláis de engrandecerme y elevarme! ¡Ah! No os comprendo. ¡Sin cielo, bajo á la tierra; sin inmortalidad, enciérrome en el tiempo; sin Dios, me rebajo sobre mí mismo, espantándome del triple abajamiento en que me siento caído...!

¡Si á lo ménos estuviéramos seguros de que en vuestros sistemas el alma y el espíritu no perecerian completamente! Mas ¿cómo conservar, para nuestra elevacion, esta última esperanza? ¡Ah! Os hemos sondeado,

como tambien á vuestras ciencias y á vuestras filosofías, habiendo averiguado que no existe el alma en vuestras filosofías, aparentemente tan espiritualistas: en el fondo de vuestra metafísica hemos palpado la materia, y nada más que la materia. Hemos ahondado en vuestras virtudes para encontrar el espíritu, y la carne palpitaba en ellas todavía; vuestra moral, caída de nuevo en la materia tambien, era sólo una matemática de placer, una ponderacion de las fuerzas sensuales y de los atractivos *pasionales*: ¡lenguaje nuevo, dignísimo de servir de intérprete á una moral inaudita!

Así, el paraíso sobre la tierra, considerado como un principio de ascension progresiva de la vida humana, realmente determina en el hombre sólo un *abajamiento* continuo de nuestra humanidad.

Empero lo más triste todavía es que á este abajamiento continuo correspondela desolacion continua, ó más bien la desolacion en aumento siempre; la promesa del pretensu paraíso abre sólo en el alma popular una especie de infierno.

¿Por qué, me preguntais, por qué tan deplorable resultado de la doctrina: *El paraíso sobre la tierra?* ¡Ah! Os lo voy á decir en dos fórmulas que lo resumen y compendian todo: la creencia en el paraíso de la tierra es, por una parte, el acrecentamiento ó la multiplicacion del sufrimiento, y por otra, la disminucion, ó más bien la muerte de la esperanza. Sí: el sufrimiento de más y la esperanza de ménos, y, al fin de todo, en el alma del hombre, sufriendo y desheredado de toda esperanza, algo que se parece al suplicio del infierno. Sí: hé aquí el resultado inevitable, único posible, de una doctrina tan fecunda en promesas de alegría y de felicidad.

Desde luégo, notadlo bien, el paraíso sobre la tierra es el *acrecentamiento indefinido del sufrimiento*.

Tal es el encadenamiento terrible de las cosas, sin que podamos nosotros cambiar aquí absolutamente nada. Por una parte, el paraíso sobre la tierra suprime y mata la resignacion y el sufrimiento en el fondo del alma humana; por otra parte, la supre-

sion de la resignacion produce un horror progresivo al sufrimiento, ó la impaciencia cada vez mayor de sufrir un mal cualquiera. Ahora bien ; este horror al sufrimiento y esta impaciencia de sufrir vienen á ser, por necesidad, la multiplicacion del sufrimiento por el sufrimiento mismo.

Estas tres cosas dolorosas se corresponden como los tres anillos de la cadena con la cual el hombre del Socialismo forcejea, sin poder romperla jamás. Sí, Señores; la afirmacion del paraiso sobre la tierra es la supresion de la *resignacion* en las almas, en el seno del inevitable sufrimiento.

El hombre que cree en el paraiso del cielo, puede, sin grandes esfuerzos, resignarse á sufrir sobre la tierra; puede aceptar el sufrimiento como una ley de su vida peregrina y militante; puede reconocer en él, sin murmurar, la condicion temporánea de su eterna dicha. Mas el hombre que cree sólo en el paraiso de la tierra, ¿cómo podrá resignarse al sufrimiento? Si la tierra es mi único destino, y no puedo esperar otro paraiso, ¿á qué fin sufrir en el mundo? ¿Y á

qué fin el sufrimiento en el único paraíso que se me promete? ¡Misterio! ¡Espantable misterio!

Entónces, se acabó la aceptación del sufrimiento, y se acabó la resignación en el sufrimiento; entónces, por una consecuencia indispensable, aumenta en el alma del pueblo, día por día y hora por hora, con el horror al sufrimiento, la impotencia de sufrir, la irritación, la cólera y la indignación en el dolor, en la fatiga ó en la enfermedad. «¡Cómo! exclama el pueblo de los que sufren, bramando en voz baja, si no lo hace con estruendo: ¡cómo! ¡aquí está mi paraíso, aquí está, según me aseguran, el sitio de mi dicha, y aún en este lugar, que debe ser mi paraíso de delicias, mi Eden del goce, me aprieta el sufrimiento y el dolor me oprime! ¡Atrás, atrás el sufrimiento! Yo, condenado de la tierra, he sufrido ya bastante: ¡atrás, por consecuencia, el sufrimiento! ¡Oh sufrimiento maldito! ¡Yo te odio y te aborrezco! Vete; déjame buscar, lejos de tí, en el bienestar, el placer, el goce, y el paraíso, en fin, que me han mostrado

sobre la tierra como mi destino supremo.»

Ahora bien: ¿quién no ve y no sabe, quizás por su propia experiencia, que este horror creciente al sufrimiento se transforma en el acrecentamiento continuo del sufrimiento, y, si puedo decirlo, en el sufrimiento multiplicado por el sufrimiento? Así como la resignación en el sufrimiento lo disminuye y endulza, el horror al sufrimiento debe, por la fuerza de las cosas, agriar y acrecer cada día más el sufrimiento mismo. Así como el ánsia bendita de sufrir parece algunas veces en los Santos suprimir el sufrimiento y trasformarlo en alegría, el horror al sufrir multiplica en los desgraciados el sentimiento de su sufrimiento con todo el horror que tienen á sufrir.

Lo que acaba de hacer mayor aquí la humana desolación, y lo que á su colmo lleva la furia del pueblo que sufre, es que, tanto como el dogma impío del *paraiso sobre la tierra* aumenta el sufrimiento, en él, le quita la suprema consolación de los que sufren: *¡La esperanza!* No; para el

pobre y el que sufre, burlados por esta doctrina cruel, no hay esperanza.

¡Oh infelices! ¡Oh desolados de la tierra! Al entrar en este laberinto en el cual vuestros sufrimientos se cruzarán con los sufrimientos; ante este paraíso que se oculta en lo indefinido del porvenir, y ante el terrestre suplicio que se agranda todos los días, ¡ah! como los condenados en las puertas del infierno, *abandonad la esperanza*. Para vosotros, en efecto, no hay esperanza, y por consiguiente no se dulcificará vuestro sufrimiento.

¡Ah! ¡Si molestado ahora por la lucha horrible entre los deseos interiores y las realidades de fuera pudiese, á lo ménos, saludar un porvenir el condenado de la tierra! Mas no; ante él no existen ya los horizontes iluminados por la fé, en los cuales la dicha pudo presentársele como una esperanza. ¡Ah! Hé aquí la grande y la irremediable desolacion que le causa esta doctrina cruel. Sentir que el presente es pesado, y lanzarse á un porvenir por deseos no desesperados todavía: hé aquí, Señores, una

situacion que puede soportar el pueblo. Mas dejaros oprimir por el presente, ¡ay! y prohibiros además, en nombre de la ciencia, invocar el porvenir, verdaderamente la cosa es cruel, más cruel de lo que puede decirse; no temo proclamar muy en alta voz que nuestro pueblo extraviado, sin Dios, sufre, y sufre de horrible modo, esta crueldad que gustosamente llamaré con su nombre: la *crueldad humanitaria*.

Un hombre que no tenía nuestra fé oyó aquí el gemido popular, expresándolo con dos palabras, cuya elocuencia no dejareis de comprender. Oid: «El pueblo dice:—En otro tiempo, que la ciencia proscribía, tenía mi parte en la Iglesia, y esta Iglesia de la tierra sólo era la imágen y el vestíbulo de la Iglesia del cielo, hácia la que dirigíanse mis miradas y esperanzas. Tenía yo mi lugar prometido en este paraíso prometido, delante del cual la tierra borrábase á mis ojos. Tomaba nuevamente valor en mis sufrimientos, contemplando en mi alma este bien prometido á mi alma. Soportaba con el fin de merecer, y sufría con el fin de

gozar la eterna dicha. No era pobre, porque poseía un paraíso en esperanza; era rico, por el contrario, con todos los bienes que no tenía sobre la tierra. ¡He perdido todo esto, y no puedo ya esperar un paraíso! Vosotros me habeis quitado el paraíso del cielo, y no veo, ni veré nunca, el paraíso de la tierra (1).»

¡Oh! Entónces, Señores, os pregunto: ¿qué puede ser la vida para este pueblo desesperado de la esperanza del cielo, sino un verdadero infierno? ¿Qué puede ser sino un infierno de la duda, infierno de la desesperacion, infierno del odio? ¡Oh! Cuando, despues de ostentosas promesas, el hombre se halla sólo delante de las realidades de la vida, es decir, de las realidades tristes; cuando, seducido por la esperanza del paraíso terrestre, tiene cerrado el cielo sobre su cabeza, y ve además que la tierra se le sustrae, ¿qué quereis entónces que llegue á ser su inteligencia? ¿Qué quereis que llegue á ser su corazón? ¿Qué quereis que llegue

(1) Pedro Lérroux.

á ser su alma? Su inteligencia, ¿qué es sino el infierno de la duda? Su corazon, ¿qué es sino el infierno del ódio? Su alma, ¿qué es sino el infierno de la desesperacion?

Así, oid lo que murmura este pueblo en su inteligencia, en su corazon y en su alma desoladas: «¿Cómo entender un Dios que á la vez entrégame á la seduccion de los hombres y á la tiranía de las cosas? ¿Cómo concebir este amor que me abandona indefenso á las ilusiones de mis esperanzas, y me arroja sin socorro á las estrechuras de mi miseria; que no me deja escapar de las manos del dolor sino para precipitarme á las profundidades de la tumba donde voy á descender con mi desgracia, no conservando siquiera el poder de resucitar con mis esperanzas?»

Entónces, para este pueblo que tiene contra Dios la demostracion de su desgracia, no hay *fé*; para este pueblo que tiene contra la bondad de Dios la elocuencia de su dolor, no hay *esperanza*, y, por consiguiente, no hay *amor*. Porque ¿qué puede amarse, pregunto, cuando no se aguarda?

Entónces, entónces sobre todo, este mundo humano donde vive, ó más bien se arrastra en una tristeza incurable; este lugar oscuro entre una tierra que se escapa y un cielo que se cierra, se trasforma para el hombre que sufre en una negra prision, donde se desliza con sus dudas, sus ódios y sus desesperaciones, como un prisionero que, aguardando sólo la muerte, forcejea con sus hierros, y hiere con su cabeza los muros de su calabozo.

Así, por la más desoladora de todas las mentiras, el paraiso de la tierra, siempre prometido en las palabras, sólo conduce á crear en las cosas un espantoso abismo, que va siempre ahondándose cada vez más; ¡desde lo más profundo de él, oigo salir como ecos de suspiros, blasfemias y desesperaciones, que parecen conducir el mundo al infierno que los cristianos sabemos á lo ménos mostrar en el otro solamente!

Así, el error se miente á sí mismo desde un extremo al otro; cuando promete un paraiso, téngase de antemano la seguridad de que al fin de sus promesas habrá un infierno.

Mas, Señores, sabedlo bien; el pueblo que no quiere infierno en el otro mundo, lo quiere ménos aún en el actual. Por consecuencia, si no le restituimos la esperanza de un paraiso celeste, para lograr uno aquí abajo removerá la tierra, derribará, destruirá, y, si es menester ensayarlo estableciéndolo sobre ruinas y regándolo con sangre, lo ensayará; y será la *destruccion*, ó la más sangrienta tragedia que se haya nunca representado sobre el teatro de la historia.

El paraiso sobre la tierra es, en efecto, sobre la tierra la perpetuidad de la *ruina* y de la *destruccion*. «Los que han hecho creer al pueblo que la tierra puede ser un paraiso, le han hecho creer más fácilmente que la tierra debe ser un paraiso en el cual la sangre no correrá nunca. Ahora bien; el dia en que esta ilusion fuese creida por todos, brotaria la sangre hasta de las rocas, y la tierra se convertiria en un infierno.»

Así hablaba Donoso Cortés hace ya más de treinta años. Nada podria desmentir esta profecía del grande hombre, que ya entrevió el porvenir en las siniestras claridades de

su presente: dichosos seríamos si esta profecía condicional del escritor célebre no viniese á ser un dia la espantable realidad de nuestra historia.

¡El paraíso sobre la tierra! Señores: ¿sabéis lo que hace tan desastrosa creencia, una vez entrada en las almas? ¡Ah! Os lo voy á decir: entrega las generaciones á las estrechuras del siguiente silogismo fatal, como entréganse á un verdugo los condenados á muerte.

El paraíso sobre la tierra es el goce terrestre considerado fin supremo de la vida. Ahora bien; la ley suprema de toda vida es alcanzar su fin, y por consiguiente destruir todo obstáculo que se opone á su destino. Por tanto, todo lo que puede apresurar la venida del paraíso terrestre; todo lo que quebranta el obstáculo, aunque sea el despojo y el homicidio, es legitimado y santificado por el fin. Silogismo afrentoso y homicida, cuyas premisas son el goce, cuyo término medio es la revolucion, y cuya consecuencia es la matanza; pero silogismo popular, en el que hombres que

se llaman humanos no se han avergonzado de resumir la filosofía, la moral y el cate-ismo del pueblo.

Si; el paraíso sobre la tierra es el goce considerado como fin supremo de la vida. Si el cielo, en el pensamiento popular, ha vuelto á caer sobre la tierra, y si no existe otro paraíso que el que el hombre puede hacer salir de este lodo regado con sus sudores, es imposible hacerle comprender su destino de otro modo que con esta palabra: *Goce. Hæc est sors.* El goce es el destino, todo el destino, el único destino: *Hæc est sors.* ¿Y qué goce? El goce más universal, el goce más grande, el goce más pronto posible.

El goce más *universal*, es decir, el goce para *todos*. ¿Por qué habría un sólo excluido fatalmente del destino? El paraíso existe para todos; la salud es para todos; á este paraíso de la tierra todos son llamados, y tienen todos el derecho de llegar á él, porque todos son elegidos para la dicha final y para la salud suprema. Ahora bien; según esta doctrina espantable, la salud es

gozar, gozar siempre, gozar todo lo más que se pueda.

Sí; el goce más *grande* y el más extraordinario, el más completo que sea posible realizar aquí bajo, y, como última palabra del destino, el goce absoluto: tal es la exigencia de la doctrina. ¿Por qué el hombre no subiría en su destino tan alto como puede subir? ¿Por qué diría: «He gozado bastante,» si para el goce hay sitio aún?

El goce más pronto posible. Si podemos entrar hoy en el paraíso, ¿por qué aguardaríamos el día de mañana? ¿A qué fin dilaciones dolorosas, tratándose del destino? ¡Ah! Dejadme pasar á mí, que llevo en mi alma, en mi corazón, en mis sentidos, en todo mi sér, la ferviente ambición de mi destino. Como una flecha escapada del arco, mis deseos vuelan al fin, que quiero conseguir lo más prontamente posible.

Ya lo veis, Señores: el goce más universal, el goce más grande, el goce más pronto y más inmediato: en la doctrina de que se trata, tales exigencias son absolutas como el propio destino; no puede existir razon

para rechazar algunas; á esta marcha invencible la oposicion es imaginaria.

Pregunto: ¿qué le opondrías? ¿Acaso la ley de la abstencion? En nombre de vuestra sabiduría, direis al hombre: «Abstente.» Mas ¿qué quiere decir esto? Alcanzo que se pida que se abstenga uno de lo que le perjudica; mas no que le pidan que se abstenga de lo que le hace feliz. Comprendo que le pidan que se abstenga de lo que le aleja de su destino; mas no que le pidan que se abstenga de lo que le conduce á su destino, y de lo que es su propio destino.

¿Qué opondrías, pues, á la exigencia imperativa de la doctrina socialista? ¡Qué! ¿Acaso la virtud? ¿La virtud, que es fuerza, y que, como un fuerte nadador, puede remontar las corrientes más impetuosas? ¡La virtud! No tiene ya razon de ser. La virtud para conquistar el destino, *sí*; la virtud para huir de él, *no*, mil veces no.

¿Qué oponer aún á esta marcha fatal como el destino? ¿La abnegacion de sí propio? ¿El sacrificio? ¡Ah! Si la tierra es mi paraíso, ¿qué son para mí en ella la abne-

gacion y el sacrificio? Si mi destino acaba en el Eden de la tierra, donde sólo tengo un dia para conseguir mi ventura, ¿por qué inmolar mi destino al destino de otro? ¿A qué fin la inmolation de esta cosa á la cual todo lo demás debe ser inmolido? ¡Ah! Si este festin de la materia y del tiempo es para mí el destino, y todo el destino, juro por mis deseos, y tambien por mi razon, que mi virtud es consagrarme á él, y que mi crimen estaria sólo en mi renuncia. Por consiguiente, no renunciaré; iré y gozaré de todas las delicias que hallar pueda sobre la tierra: *Vadam et fruar deliciis!* Y vosotros, asociados á mi destino, haced lo propio que yo. Quiero salvar mi alma; salvad la vuestra: quiero conseguir mi salud; seguid la vuestra: quiero hallar mi paraiso; hallad el vuestro, si podeis. Por consiguiente, vosotros tambien gozad, y gocemos todos; los predestinados del paraiso terrestre gocemos de todos los bienes que existen: *Venite fruamur bonis quæ sunt...* Apresurémonos á gozar hoy, porque mañana moriremos: *Cras enim moriemur.*

Empero, ante el umbral del paraíso á que se lanza el pueblo con todas sus ánsias, empujado por el Socialismo, se levanta una barrera; al ir tras de la salud á que tiene derecho, el pueblo siente un obstáculo que le pára. Este *gocce* que llama, se sustrae á él por los mismos esfuerzos que hace para lograrlo; sus trabajos, tan llenos de sudores, á los cuales pide, en su presente, delicias para su porvenir, son aún más fecundos en dolores que en goces. ¡Ay! Miéntas en todas sus potencias y en todos sus deseos siente una fuerza que le impele al goce, cree sentir al mismo tiempo otra fuerza que le detiene; y miéntas oye una voz que le grita: «Marcha á tu destino,» cree oír otra que le grita de todas partes: «No conseguirás tu destino.»

Entónces podeis comprender ya lo que debe ocurrir. Esta lucha horrible entre su destino y su vida, que aparece como la iniquidad, el desorden y la tiranía suprema; esta mano que cree sentir arrancándole de los goces que ansía, es para él como la mano del ladrón que coge al viajero, y le qui-

ta, con los recursos del viaje, la esperanza de la dicha y de los placeres que se prometia en el hogar, es decir, en el término del viaje.

Entónces es cuando esta voz amenazadora sale de las profundidades de su alma enfurecida: «¿Qué mano me coge? ¿Qué obstáculo me detiene? ¡Ah! Reconozco esta mano que me sustrae á mi destino: es la mano del hombre. He descubierto el obstáculo que me detiene: es la iniquidad del hombre. Este mal, en fin, que hace mi infierno y difiere mi paraiso, es la posesion de los que lo tienen todo y no me dejan nada; es la vida de los que toman mi parte en este festin, donde, sin embargo, yo tambien tengo ansias de sentarme.»

Miéntras el pueblo háblase á sí mismo de tal suerte, y escucha en silencio el murmullo de su alma enfurecida, oye doctrinas que le dicen desde fuera: «¡Si ante tu destino hay un obstáculo, ¡oh pueblo! es preciso romper el obstáculo!

»¡Oh pueblo, mucho tiempo esclavo; oye á los que han jurado librarte de tu servidumbre, ya sesenta veces secular! ¿A qué fin

buscar el cielo con tus miradas? ¿A qué fin ir en pòs de un paraíso imaginario que las religiones han inventado para seducir á los pueblos, y que la misma humanidad ha soñado para proporcionarse, en sus dolores, la ilusión de sus esperanzas? El paraíso está delante de tí: si no lo puedes gozar es por culpa de los hombres, de las fortunas, de los dichosos de la tierra. Por consiguiente, puesto que constituyes el número y la fuerza, extiende tu brazo y hiere; hiere las instituciones, hiere las fortunas, hiere á los dichosos. Si tu conciencia protesta, y quiere hacer que te detengas ante las preocupaciones de seis mil años, dí á tu conciencia: *El fin legitima los medios*. Ve, por consiguiente, y nada te detenga. Cuando de salvar á la humanidad se trata, la fraternidad misma te dice que puede marcharse aunque sea sobre cadáveres.»

Y el pueblo, que siente sus codicias agitadas en lo más íntimo de su alma, como el océano sus olas cuando soplan las tempestades, contesta: «Marchemos, sí, marchemos, y con invencible brazo rompamos

en nuestra ruta los obstáculos que se opongan al destino. Hijos del presente y obreros del porvenir, sí, levantémonos, levantémonos todos; destruyamos, si es menester, hoy y destruyamos mañana. Que el arado de las revoluciones, destinado á ahondar en la superficie de los países, éntre más profundamente que nunca en el suelo de donde ha de salir nuestra dicha. ¡Sembremos en las ruinas los gérmenes de nuestra felicidad; y, si es preciso, una vez más, á fin de apresurar en el tiempo presente las cosechas de nuestro porvenir, rieguen olas de sangre nuestros surcos!»

Hé aquí el paraíso que el Socialismo promete á sus discípulos: ¡el paraíso del *abajamiento*, de la *desolacion* y de la *destruccion*; el paraíso de la degradacion, de la desesperacion y del exterminio; el paraíso que hace crecer sus flores sobre ruinas regadas con nuestra sangre! ¡Paraíso infernal, cuya claridad sombría mostró París, hace poco, en matanzas que no se pueden contar y que no se pueden describir! ¡Oh sábios de la tierra! ¡Oh malos genios de la sociedad!

Con todos los desolados de la tierra, tambien nosotros oimos un gemido secreto en el fondo de nuestros corazones: *et ipsi intra nos gemimus*. Tambien nosotros sentimos sobre la tierra los dolores de un parto perpétuo. Mas para endulzarlo todo, tenemos la esperanza. Molestados por las cosas visibles, esperamos lo invisible: *Quod non videmus speramus*: y sacamos de la esperanza, con la paciencia, valor para esperar: *per patientiam expectamus*. Cuando tambien nosotros, bajo el golpe de la prueba, sentimos en el mundo algo del infierno temporal que crean el sufrimiento y la miseria á los desheredados de nuestra fé y de nuestra esperanza ¡ah! nos es dulce arrojar una mirada de nuestra alma y un suspiro de nuestro corazon al paraiso del cielo, cuyas beatitudes incomparables presentimos. Nos es dulce llorar en este valle de lágrimas, porque creemos que el rocío de estas lágrimas hará brotar para nosotros cosechas eternas en el paraiso del cielo y de la eternidad.

¡Qué doctrina esta doctrina! ¡Cómo da una solucion sencilla y pacífica, tan consola-

dora como eficaz, al problema terrible que se coloca delante de nosotros! ¡Ah! Guardemos bien esta grande y dulce doctrina de las cristianas esperanzas; guardémosla bien, para que sea nuestra consolacion en el dolor, nuestra luz en las tinieblas, y nuestra fuerza en los desfallecimientos; guardémosla, sobre todo, para resolver el enigma formidable de la esfinge socialista y conjurar la amenaza del mónstruo revolucionario.

Mas no nos ciñamos á guardarla para nosotros únicamente; procuremos mantenerla ó restaurarla en el alma de todos nuestros hermanos, pero sobre todo en el alma de los desheredados de la riqueza y de los bienes del mundo actual.

Que todos vuelvan á tomar su sitio en la Iglesia de la tierra, con el fin de vislumbrar, aunque sea de léjos, la Iglesia del cielo; que vengan á buscar, en la irradiacion de nuestras esperanzas, fuerza para sostener, en las tristezas del presente destierro, la carga inevitable del sufrimiento. Que todos, cual nosotros y con nosotros, acepten el símbolo y canten el *Credo* total de la Cristian-

dad; que con nosotros, y como nosotros sobre todo, digan: «El paraíso está en el cielo; en el cielo está el destino; en el cielo está la suprema felicidad.» Entónces no existirá el Socialismo en la humanidad, ni amenaza tampoco para el orden social. Apoyada en estos dogmas: *El mal está en el hombre* y *el paraíso en el cielo*, la sociedad vivirá su vida fecunda, dichosa y progresiva. A la luz de las dos verdades que iluminan y sostienen en el camino á toda la humanidad peregrina, marchará de grandeza en grandeza, y podrá venir á ser sobre la tierra, no la realidad, pero sí la imágen de aquel paraíso que nos aguarda en el cielo.

SEXTA CONFERENCIA

ORÍGENES

ó

GENEALOGIA DEL SOCIALISMO.

SEXTA CONFERENCIA.

ORIGENES Ó GENEALOGIA DEL SOCIALISMO.

SEÑORES:

Después de haber mostrado lo que es el Socialismo como idea, como pasión y como acción, hemos indagado, en nuestras últimas conferencias, los grandes errores doctrinales sobre que descansa.

Hemos mostrado primeramente lo que denominamos el error *en el punto de partida*, es decir, un error radical referente al mal de la humanidad, que consiste en la mala colocación del mal de la vida, poniéndolo radicalmente en la *sociedad* ó en la organización social; de donde, como consecuencias fatales, nacen la guerra permanente contra la sociedad, y, por fin, la destrucción del orden social.

Hemos señalado en seguida el error en *el punto de llegada*, error radical acerca del destino ó del término final de la vida; es decir, la mala colocacion del soberano *bien* de la vida, *el paraíso sobre la tierra*, reemplazando, como fin de la vida, el paraíso del cielo. Sobre ambos errores reposa, como el eje del mundo sobre sus dos polos, el Socialismo doctrinal entero. El error en el principio y el error en el fin son la razón y el complemento de todos los demás errores que encierra esta doctrina, que llamaré yo el error total ó el *Syllabus* del error.

Para completar nuestra obra, fáltanos hacer una indagacion importante, ó sea inquirir las fuentes: resta plantear y resolver la cuestion de los orígenes. ¿De qué fuentes ha salido este torrente devastador que atraviesa la humanidad, y sobre todo nuestras generaciones vivientes? ¿Cuáles son los verdaderos orígenes de un mal que amenaza nuestro mundo nuevo con un espantoso cataclismo? En presencia del azote del siglo XIX, que se llama el Socialismo,

nada más importante que la cuestion de origen: la presencia del fenómeno pide necesariamente la indagacion de sus causas.

Cuando en el mundo material grandes sacudidas producen y acumulan ruinas grandes como ellas, el ojo avizor del sábio busca las causas detrás de los fenómenos, y, por debajo de las conmociones, las fuerzas que remueven el suelo y abren los abismos. Así la geología lleva hasta las entrañas mismas de la tierra la osadía de sus exploraciones, para divisar y ver las causas remotas y profundas de los fenómenos que se manifiestan en la superficie de nuestro planeta.

En el mismo mundo humano, cuando algun azote de Dios, un hambre, una peste, un cólera, se manifiesta de repente en medio de las generaciones consternadas, ya sabeis lo que pasa: miéntras el amor y el arte vuelan á todas partes en socorro de la humanidad espantosamente azotada, la ciencia, inspirada tambien por la necesidad de saber, busca con una curiosidad plausible la causa del mal que doquiera engendra el

sufrimiento y multiplica los funerales: no espera conjurar el mal ni detener sus efectos, sino en la medida en que haya podido penetrar el misterio de las causas que han producido el desastre.

Así, en el mundo social, cuando se ven estallar, casi periódicamente, estas crisis, estas explosiones y estos cataclismos que amenazan, no sólo el orden, la paz y la prosperidad, sino la existencia, la vida, la propia esencia de la sociedad, nada tan urgente como inquirir, á la luz misma de los sucesos, las causas que amenazan al mundo con la muerte social, arrojándolo, de caída en caída, al seno de la barbarie, y conduciéndolo á la degradacion del estado salvaje. Tal es, sobre todo, la necesidad que se impone á todo espíritu atento á los peligros de que la sociedad hállase amenazada por este mónstruo que vive ahora en su seno: el *Socialismo*.

Procuremos decir, no sólo en qué consiste el Socialismo, sino tambien de dónde viene, buscando en nuestra naturaleza y en nuestra historia las causas que lo han

hecho en el tiempo pasado tal como se revela en el presente.

Sería querer uno engañarse voluntariamente imaginar que un hecho tan gigantesco como el á que nos referimos, aislado en el tiempo presente, carece de raíces en nuestra naturaleza y en nuestra historia; que es una especie de fenómeno casual, ó á lo más un producto espontáneo nacido de pronto al sol caliente del siglo XIX. Generaciones civilizadas, y sobre todo generaciones elevadas, por su secular union con Jesucristo, al apogeo de la civilizacion, no se ponen en contradiccion flagrante, súbita y como fortuitamente, no sólo con la sociedad y con la civilizacion cristianas, sino tambien con todas las sociedades y con todas las civilizaciones de que conserva la historia recuerdo.

El Socialismo tiene sus causas y sus orígenes reales: orígenes antiguos y orígenes modernos; antiguos como la humanidad, y modernos como la Revolucion; antiguos como el pecado original, que fué la primera revolucion en el mundo, y modernos como

la Revolucion, que es el pecado original de nuestra sociedad nueva. Nacido originariamente del desenfreno de la concupiscencia por la caida primitiva, es en los tiempos modernos el producto de la Revolucion, y la misma Revolucion elevada á su última potencia.

I.

Desde luégo digo que, considerado en sus orígenes remotos, el Socialismo tiene su fuente primitiva en el abismo abierto, cerca de la cuna de nuestra raza, por la prevaricacion primitiva. El golpe de la caida hizo brotar entónces, de rechazo, en el fondo de la vida humana, el torrente borrascoso que atraviesa el corazon de la humanidad entera, como atraviesa el corazon de cada hombre, y que la Iglesia llama bien en su lenguaje la *concupiscencia*; la concupiscencia, es decir, el foco de nuestras pasiones vueltas contra su fin; la concupis-

cencia, que, una vez desencadenada, explica todo desórden y todo mal, y sin la que ningun mal ó desórden se logra explicar en el linaje humano; la concupiscencia, razon á la vez filosófica é histórica de todas las revoluciones y de todas las catástrofes que estallan á la luz de los siglos, en la vida de las sociedades humanas; la concupiscencia, misterio íntimo y visible á la vez, que arrancó al Apóstol Santiago estas palabras prodigiosas, que revelan el secreto de todos nuestros cataclismos: «¿De dónde vienen vuestras guerras y vuestras discordias? *Unde bella et lites?* ¿Por ventura no vienen de vuestras concupiscencias, que hacen la guerra hasta á vuestros miembros vivos?» *Nonne ex concupiscentiis vestris, quæ militant in membris vestris?* La concupiscencia, es decir, la gran fuerza anárquica que agita el mundo; fuerza una y triple á la vez; tres fuerzas en una, nombrándose, segun su objeto inmediato, ora la soberbia de la vida, *superbia vitæ*, ora el orgullo de los ojos, *superbia oculorum*, ora la concupiscencia de la carne, *concupiscentia carnis*: ó, en otros tér-

minos, el amor desordenado á la *independencia*, á la *posesion* y al *goce*: ¡inmortal y frenética pasión de *mandar*, de *poseer* y de *gozar* sin límites ni freno! Decidme: en el fondo del Socialismo contemporáneo, si descartais las vanas fórmulas y las apariencias mentidas, ¿veis por ventura otra cosa?

¡Ah! No lo ignoro: el Socialismo se presenta con el prestigio de la *ciencia social*; en su lugar he dicho lo que corresponde de sus pretensiones doctrinales. Este monstruo, que se ha engrandecido á los lados de la sociedad moderna, envuélvese, para mejor engañar á los pueblos, en apariencias seductoras: segun él dice, sólo es la ley de la justicia que aplícase al gobierno de las naciones; es la libertad, la igualdad, la fraternidad; es la paz, la armonía, la prosperidad; es el advenimiento de todos á la felicidad hecha para todos. Sí; esto hace brillar el Socialismo á las miradas de las muchedumbres fascinadas por sus promesas. Mas en su fondo, en su origen efectivo, en el alma que lo inspira, ¿qué veis, pregunto, sino concupiscencia y más concupiscencia, pa-

sion desenfrenada de subir, poseer y gozar?

Sí, Señores; pasión de *subir* y elevarse sobre toda medida; pasión de mandar y horror á la obediencia: tal es el primer torrente de la concupiscencia que compele al Socialismo á las generaciones humanas; es el orgullo de la vida, *superbia vitæ*; el orgullo, manifestándose, sobre todo en el mundo social, por la pasión de la independencia.

Desde que el hombre levantó contra la autoridad de Dios el grito de su primera rebelion; remontémonos más todavía: desde que Lucifer, á la cabeza de sus falanges, profirió, hasta en el cielo; el primer grito de la independencia contra la autoridad del Verbo, solicitando como un derecho absoluto que le adorasen y sirviesen los ángeles; desde aquella hora, la más desastrosa que ha sonado, algo nuevo revelóse y se perpetuó en la creacion, pero en la humanidad particularmente. Esta cosa nueva, primer apéndice de nuestra corrupcion hereditaria, es el horror nativo de la sumision á la autoridad, y como necesaria correlacion, el amor desordenado á la independencia

propia. Necesidad de mandar é impotencia de obedecer: mandar siempre y nunca obedecer; soñar en reinos de libertad libre de toda autoridad; repeler como una tiranía toda autoridad que no sea la propia; colocarse á sí mismo delante de sí mismo, como el solo y único soberano; pedir, en fin, para su propia vida *la independencia absoluta*, ó sea, pedir para el hombre el esencial atributo de Dios: hé aquí el primer mal social de la humanidad, y hé aquí la primera fuente remota del mal secular que llamamos el Socialismo. Aquí está el primer secreto de su prestigio y de su fuerza en la humanidad. El Socialismo, en efecto, es en esencia la *negacion absoluta de toda autoridad*, inclusa la de Dios; es la afirmacion de la *independencia absoluta del hombre*. El Socialismo es como el soberbio de que habla el Profeta; grita, mirando á las cumbres más altas: *Ascendam*; yo subiré y elevaré mi trono hasta los astros: *et super astra Dei exaltabo solium meum*. Este grito del orgullo hácelo salir, hoy sobre todo, de las últimas capas de la humanidad y de

las generaciones más naturalmente hechas para obedecer, es decir, las generaciones *populares*. Grita á las muchedumbres conmovidas: «Vamos, levantaos; en adelante *sereis como los reyes*. A tí, pueblo soberano, te corresponde mandar.»

Gracias á sus inspiraciones, toda esta faccion de la humanidad grita: «*Ascendam*; y subiré. Sí; á nosotros toca subir; á nosotros toca mandar; no más cabezas que dominen nuestras cabezas; no más señor, ni más autoridat. ¡*Abajo* todo el que tenga la pretension de dominarme y de imponerme órdenes! ¡Atrás, sea cual sea su nombre, y sea cual sea la forma bajo que se presente, lo que ódio, y rechazo por odiarlo, es decir, la *autoridad*: la autoridad del Rey y la del magistrado, la del sacerdote y la del Pontífice; atrás aunque sea la autoridad de mi padre, si mi padre muestra demasiado la pretension de hacerme sentir lo que llama el derecho de su paternidad! *Dirumpamus vincula*. Sí; que se rompan todas estas cadenas de autoridad; que sólo exista en mí y á mi alrededor el reino absoluto de mi independenciat.»

Tal es el gran grito que compele, de generación en generación, al Socialismo á toda humanidad dominada por la embriaguez del orgullo y el delirio de la independencia. En este sentido, hay un Socialismo de todas las edades y de todos los rangos de la sociedad. Hé aquí por qué, en todas las grandes «etapas» de nuestra historia, veis el orgullo de la vida estallar en la superficie de las cosas con explosiones terribles, y las orgías de la independencia paseando por todas partes, sobre las ruinas de la autoridad, la bandera de la anarquía. Bajo este aspecto, los siglos más «autoritarios,» y aún los siglos más cristianos, han visto pasar, á la luz de su sol, á través de las bacanales de la independencia, este genio inspirador y autor de todos los Socialismos: el horrible demonio del orgullo y de la independencia.

Empero, si deseais ver más de cerca y con más brillante claridad esta genealogía del Socialismo que tiene al orgullo por padre y á la independencia por madre, sólo teneis que mirar á vuestro alrededor la frente de sus discípulos más reconocidos: en todas

partes hallareis la señal auténtica de dicha descendencia, y el sello secular, hoy más visible y palpable que nunca. Ved á este hombre poseido por el demonio de la dominacion; á este hombre que no quiere señor y que busca súbditos; á este hombre que maldice en su alma y que destierra de toda su vida hasta la sombra de la autoridad; á este hombre que no sufre ni la del gobierno, ni la de la ley, ni la de la justicia, y mucho ménos la del sacerdote; á este hombre, que personifica la rebelion, y que ni áun soporta la autoridad de un padre y de una madre; á este hombre que blasfema sobre todo de la autoridad de Dios. Pues bien; este hombre, sea hijo de un obrero, ó de uno de la clase media, ó de un noble, lleva en su orgullo el gérmen del Socialismo, y, si me atrevo á decirlo, tiene la estofa de un verdadero socialista. Id al fondo de su alma, y á simple vista descubrireis en ella aspiraciones instintivas á la Revolucion y al Socialismo, así como complicidades secretas, si no son ya públicas, con la una y con el otro.

Así es: ved á estos hombres separados de su nobleza desmentida, y decaidos á semejanza de los ángeles malos; estos hombres, separados por su gusto de su clase, caidos á veces de las alturas de su nobleza hasta los albañales de lo que se podría llamar la demagogia de arroyo; estos hombres que nada tienen comparable con la inmensidad de su caída, sino la inmensidad de su orgullo, é ignoro qué cosa monstruosa que llaman soberbiamente su *necesidad de independencia*, se abalanzan al Socialismo. Van á donde va su orgullo, el cual los compele allí, y marchan bajo este único impulso, á ménos que al impulso del orgullo no se agregue otro que dobla sus pasos hácia el abismo á que tienden, es decir, á ménos que estos decaidos voluntarios de la nobleza de la cual abdicaron por sus crímenes, no sean aún más voluntarios desheredados de la riqueza devorada por sus disoluciones; á ménos, en fin, que la fiebre de la posesion no sobrepuje aún en ellos la fiebre de la independencia.

En efecto: existe un segundo torrente,

no ménos impetuoso que el primero, que compele al Socialismo á las generaciones arrastradas en su curso: es el amor desordenado á la riqueza y á la posesion; la sed del oro; el culto y la idolatría de la riqueza. Sea cual sea la razon, que no indago ahora, hé aquí el hecho universal de la historia de la humanidad. Aspira el hombre á *poseer*, y á poseer sobre toda medida; espantable precision que siente de añadir á su personalidad todo lo que la exalta y engrandece ante los otros, prometiéndole el goce para sí. Como quiere hacer un trono para su orgullo, proclamándose á sí mismo soberano, y soberano absoluto, pretende conseguir un dominio igual á su soberanía alrededor de este trono. Quisiera, como Salomon, poder amontonar á su vista el oro y la plata, *argentum et aurum coacervari mihi*; quisiera, si Dios y el mundo se prestasen á sus deseos, poder acumular á su alrededor la sustancia de los Reyes y la sustancia de las provincias: *substantiam regum et provinciarum*; hácenle falta tambien vastos jardines y verjeles magníficos, *hortos et pomaria*;

una multitud de siervos y de siervas, *servos et ancillas*; él también, mirando la extensión de sus posesiones y la grandeza de su opulencia, quisiera poder exclamar: «No sólo he llegado á ser rico, sino que soy el más rico de *todos*, y mi opulencia sobrepaja toda opulencia, *et supergressus sum opibus omnes*; gracias á la inmensidad de mis riquezas, heme rodeado de la magnificencia de mis obras: *magnificavi omnia opera mea* (1).»

Tales son las aspiraciones que, después del desastre de la caída, elevan, en todos los grados de la jerarquía social, á los hombres, sobre todo cuando una fuerza divina no ha descendido al vacío que sienten para sustraerlos á los deseos, ó á lo ménos moderarlos.

¡Ah! Lo sé; no todos los hombres en esta humanidad ávida de poseer extienden tan lejos ni elevan á tal altura su pasión de poseer; no quiero decir que todos pretenden realmente renovar para ellos la grandiosa

(1) Eccle., II, 4-8.

opulencia que fué uno de los prodigios de la vida de Salomon. Muestro, en su conjunto, la universal pendiente de nuestra raza decaída, y digo que allí está la tendencia de los hombres y la gravitación de su vida terrestre: como la atracción de la tierra atrae los cuerpos, el amor á la posesion atrae las almas. Para convencerse de ello, no es necesario mirar siquiera hácia las alturas de la aristocracia del dinero, en que la pasion de amontonar, de reunir, de acumular oro sobre oro, como montaña sobre montaña, toma proporciones á veces que las lenguas humanas no permiten designar por falta de nombres; basta ver los estremecimientos que causa en los desheredados de la fortuna el brillo de una pieza de oro vista de pronto entre el polvo del camino. Este golpe victorioso que da el resplandor del oro aún en la simple mirada del alma sincera de los niños, es para nosotros la revelacion del misterio de la vida, apegada á la posesion por instintos más fuertes que el diamante. Sí; tal es, de arriba abajo, en la gran escala social, la pendiente

universal: todos quieren ser ricos; los que lo son ya, quieren serlo más aún; los más ricos tienen la aspiración de ser los *únicos* ricos. Por esto, en todas partes y siempre, la grande ocupación, y con frecuencia la grande fatiga de la vida, es absolutamente reunir alrededor de sí y para sí la mayor masa posible de este polvo del oro que se llama la riqueza. Y los trabajos que puede acometer, y aún los crímenes que puede perpetrar el alma del hombre para conseguirlo, la historia lo dice en todas partes con el poeta:

*... Quid non mortalia pectora cogis
Auri sacra fames...!*

¡Oh sed maldita del oro! ¿Hasta dónde llevas tú los deseos de los corazones humanos?

Hé aquí la segunda fuerza engendradora del Socialismo; hé aquí el segundo soplo que le domina y arrastra: *la pasión desordenada de la posesión.*

Así, cuando la voz de las cosas, y sobre

todo la voz de los hombres ansiosos de conseguir sobre las muchedumbres una dominacion egoista, han entreabierto ante las miradas del pueblo las perspectivas de la universal posesion; cuando han hecho brillar á sus ojos deslumbrados esta ilusion eternamente fascinadora de la riqueza para todos, fácil es ver lo que pasa entónces; las muchedumbres afamadas, ó que fingen serlo, se levantan á lo léjos como las olas del mar bajo los soplos de la tempestad; vienen, acuden, se presentan con ardores entusiastas y frecuentemente amenazadores, bajo la bandera que lleva entre sus pliegues ondeantes esta palabra llena de prestigio: *¡La riqueza, la riqueza!* Decia Bossuet, hablando de la libertad: «El pueblo sigue, con tal que oiga solamente su nombre:» ¡tanta seduccion hay en esta palabra fascinadora! Y lo que Bossuet decía relativamente á la fascinacion de la palabra *libertad*, podemos decirlo tambien, y acaso más aún, del prestigio de la palabra *riqueza*; riqueza para todos. Este prestigio es tan grande, que los pueblos más ordinariamente pacifi-

cos se dejan seducir; en ciertos momentos, difícilmente la fé y la virtud saben preservar aún á las muchedumbres más cristianas. Esto explica el fenómeno, que á primera vista parece inexplicable, de pueblos católicos, esencialmente conservadores, que se dejan arrastrar por la corriente socialista.

Empero lo que conquista de antemano el ejército socialista es sobre todo esta muchedumbre, la más vergonzosa de las humanas, de los pobres voluntarios que, como el hijo pródigo, han disipado la sustancia de la herencia viviendo en el lujo y en la voluptuosidad, *vivendo luxuriose*; los arruinados de la disipacion y del libertinaje, llevando sobre su vida, dos veces assolada, el estigma doble de su miseria y de sus crímenes; séres vagabundos y hambrientos que van rodando, por decirlo así, por las calles de nuestras ciudades, *circuibunt civitatem*, semejantes á los perros de que habla la Escritura, *famen patientur ut canes*, y que murmuran de no ser saciados, *et si non fuerint saturati murmurabunt*; blasfeman de la sociedad, á quien acusan de una miseria cu-

vos autores criminales son ellos únicamente: seres esencialmente revolucionarios, que no ven otros recursos, para sustraerse al abismo abierto bajo sus piés por el furor de consumir, que compeler cuanto pueden á la destruccion del órden social, á fin de lograr, en sus ruinas, la fortuna y las riquezas arrojadas al viento de todas sus voluptuosidades, y envueltas en el fango de todos sus crímenes. ¡Ah! Podeis, Señores, estar seguros de que son éstos de la raza escogida del verdadero Socialismo; no son sólo sus discípulos y sectarios, sino sus doctores y maestros; en los dias de sus luchas decisivas, no serán solamente los soldados, sino tambien los capitanes. A ellos, que fueron los hijos predilectos de la sociedad, educados quizás en la púrpura y mecidos en los brazos del bienestar y del lujo, acaso se les verá dirigiéndose al asalto de la sociedad, abriendo la boca y los ojos de la hidra revolucionaria sobre la presa que provocan á devorar; su palabra será oida cuando digan á la muchedumbre que asimismo llamaré hambrienta: «Hé aquí vuestros bienes; no te-

:

neis más que cogerlos.» La muchedumbre le sigue, gritando á través del humo del combate y del ruido de la metralla dirigida contra la pátria: «¡La riqueza *para todos*, ó la ruina de *todos*! ¡La distribucion de la riqueza, ó el pillaje de la riqueza; trabajo ó la revolucion, pan ó muerte!» Y en medio del vasto murmullo de la tempestad social, algunos añaden la siguiente frase, que nos revela la tercera y última causa remota del Socialismo: *¡Morir ó gozar! ¡El goce ó la muerte!*

Tal es, en efecto, la tercera causa remota que compele al Socialismo á las generaciones; tal es la tercera corriente que conduce al abismo á las muchedumbres engañadas: el deseo inmoderado de *gozar*, y como necesaria correlacion, el horror y la impotencia de *sufrir*.

La pasion de gozar sin límites y sin freno, el furor insensato de pasar una vida sin privacion ni sufrimiento; hé aquí la última y suprema seduccion del Socialismo, en todos los pueblos y en todos los siglos. Invita al goce, y al goce material, á toda la humani-

dad que solicita el goce como el pecho la respiracion. Para esto, tiene por cómplice al hombre *animal*, ó, si vosotros quereis, como se ha llamado, á *la bestia humana*, con sus más groseras concupiscencias. Por otra parte, promete la supresion indefinida del sufrimiento, y, por consecuencia, confisca en subbeneficio la popularidad ante el pueblo que sufre; en dos palabras: el Socialismo procura seducirnos y atraernos á la vez, por nuestra pasion de gozar y por nuestro horror á sufrir.

Se quisiera vanamente disimular; hay en el fondo de nuestra humana naturaleza, herida por el pecado, ignoro qué necesidad espantable de gozar, y de gozar aún en el sentido más grosero de la palabra; es evidente para todo atento observador que hay en esta precision, y podria yo añadir en este furor de gozar, un desórden oculto, una especie de nativa depravacion. Se sienten las opresiones del espíritu en las violencias de la carne; lucha encarnizada y dolorosa, cuyo misterio, oculto en lo más íntimo de nuestra vida, reveló San Pablo con estas pa-

labras profundas: *Caro concupiscit adversus spiritum*; la carne se rebela contra el espíritu; se rebela contra toda verdad, contra toda justicia y contra todo orden, gritando como el animal hambriento: *Apporte; affer*; «Tráeme lo que pide mi hambre y mi sed; tráeme lo que es la insaciable necesidad de mi vida, y mi propia vida en su natural expansion: el goce, y el goce siempre.» Sí: «venid; gocemos de los bienes que hay: *venite, fruamur bonis quæ sunt*; venid, coronémonos de todas las rosas ántes de que se marchiten; inundémonos de perfumes; llenémonos de vino; cojamos pronto, como en una rápida juventud, todas las flores de la vida, y que no haya prado riente por el cual deje de pasearse nuestra voluptuosidad: *Non sit pratum quod non pertranseat luxuria nostra*. Porque gozar es nuestra herencia; gozar es nuestro destino; gozar es nuestra heredad; gozar es nuestra dicha: *et hæc est pars et sors nostra*.»

Tal aparece aún hoy, como hace tres mil años, la pasión espantable de gozar que dejan estallar en sus orgías los libertinos

de la Ciudad Santa, excitándose á sí propios á la satisfaccion de todas sus ansias: *Venite, fruamur*: venid y gocemos de todos los bienes que hay. Y lo que, para conseguir apoderarse de su presa, puede la bestia humana hambrienta de goce; sobre qué ruinas y á través de qué matanzas puede pasar en ciertas horas de sobreexcitacion salvaje; en qué mar de fango y de sangre puede hundirse para encontrar su pasto, ciertos dramas históricos lo pintan con demasiada viveza para que sea preciso mostrarlo en un discurso.

Hé aquí, sin embargo, lo que, si bien infligiendo al Socialismo estigmas de oprobio, contribuye á proporcionarle, en ciertas horas de perturbacion social, fáciles triunfos. Levanta delante de las muchedumbres impacientes por gozar la bandera del goce, que es el «antagonismo» más absoluto y directo á la doctrina y á la práctica del Evangelio; toma tambien aquí, en el sentido más directo de la palabra, el Cristianismo al revés, convidando á gozar, y únicamente á gozar. No se contenta con decir á las mu-

chedumbres que lleva tras sí: «Sereis como los *Reyes*, por vuestra soberanía é independencia, y sereis como los *ricos*, por vuestra posesion y opulencia;» añade la suprema seducción de toda la raza «adámica,» es decir, de toda la humanidad decaida: *Eritis sicut Dii*; sereis como dioses, á fuerza de placer y de *goce*.

Al mismo tiempo que atrae el Socialismo al pueblo por la pasion de *gozar*, lo atrae más todavía por el horror á *sufrir*. Cuanto más sufre la humanidad, tan alterada por los goces, tanto más le grita que tiene derecho á gozar, y que tal es su destino; tanto más, por consiguiente, atrae á sí, por los lazos mismos de sus sufrimientos, á la humanidad que sufre hoy como hace seis mil años. ¡Cuán fácilmente esta humanidad, con lágrimas en los ojos, la fatiga en sus miembros, la amenaza en los labios, y bien pronto con las armas en la mano, se precipita ciega, crédula é irritada en pós de sus agitadores! Hombres doblemente perversos, tan crueles como egoistas, que buscan el favor de las muchedumbres prometiéndoles, con goces

imposibles y dichas imaginarias, el fin de todos los sufrimientos cuya cadena interrumpida arrastra el humano linaje, y cuyo eterno fardo lleva en su áspero camino.

Hé aquí por qué nosotros, que conocemos, por la fibra más simpática de nuestros corazones de hombres y de sacerdotes, el alma doliente de nuestros hermanos, no podemos experimentar nunca sino el sentimiento de la indignación más profunda contra estos «populacheros» vanidosos que, para favorecer su ambición, explotan el sufrimiento, ya demasiado grande, de nuestros hermanos, que sólo multiplican por la seducción de promesas que no pueden cumplir, y por las perspectivas de una felicidad que anuncian siempre, sin realizarla nunca. ¡Ah! ¡Si yo pudiese odiar, les odiaría con todo el poder del amor que siento por el pueblo que sufre! Prefiero compadecerlos, y compadecerlos por la mayor desgracia que puede sobrevenir en este mundo á un hombre: explotar, en provecho de su egoísmo, los sufrimientos de sus hermanos.

Así se revelan lo que llamo los orígenes remotos y primitivos del Socialismo. Sale del abismo abierto por la caída, como ciertos ríos salen de las profundidades abiertas por sacudidas terrestres; corre á través de los siglos, por las tres grandes derivaciones del humano egoismo: la triple pasión immoderada de la independencia, de la posesión y del goce. En tres palabras: el Socialismo, en su fondo inmortal, es el egoismo, el monstruoso egoismo, el egoismo que dice: «Yo mandaré;» el egoismo que dice: «Yo poseeré;» el egoismo que dice: «Yo gozaré.»

Además de los orígenes antiguos, están los orígenes modernos. Esta es la segunda parte del presente discurso.

II.

Como acabais de ver, el Socialismo sale del abismo abierto por la caída original y corre á través de los siglos por estas tres grandes corrientes de la concupiscencia:

amor desordenado á la independencia, á la posesion y al goce.

Considerado bajo este punto de vista general, el Socialismo se nos presenta tan viejo como nuestra humanidad decaida; hé aquí por qué llamamos *antiguas* y primitivas las causas cuya presentacion data de la hora misma de nuestro pecado de origen.

Mas estos torrentes borrascosos que atraviesan la humanidad hace seis mil años, y llevan de generacion en generacion, con todas las concupiscencias, todos los gérmenes del Socialismo, precipitan su curso con ímpetus nuevos, cuando las doctrinas, las costumbres, las legislaciones y los gobiernos, en lugar de contenerlos en su cauce, dejan destruir ó romper los únicos diques que pueden encadenar su furor.

Hé aquí lo que puede explicar, aún á los ménos atentos, por qué el Socialismo, salido del abismo de la primera caida, ha tomado á nuestros ojos proporciones que no habia conocido el mundo. Es que el vasto rio de todas las concupiscencias ha sido precipitado entre nosotros por todos los vien-

tos y por todas las corrientes de nuestras revoluciones, precipitadas á su vez por los errores que las conducen. El Socialismo, en efecto, segun se manifiesta entre nosotros, sobre ser el resultado de las tres concupiscencias que acabo de referir, es tambien, y sobre todo, el resultado de todos nuestros errores religiosos, filosóficos, políticos y morales; es la confluencia de todos los errores modernos, como es la confluencia de todas las corrupciones antiguas.

Ved el rio de dilatado curso, de cauce hondo y de anchas orillas. Corre al mar, llevando en su ímpetu, cada vez mayor, los afluentes que se derraman en sus aguas sucesivamente, para formar con él un mismo rio y correr al mismo Océano. Este rio de los errores y de los desórdenes antiguos, cuya fuente brotó del seno de nuestra humanidad pervertida por su prevaricacion, reúne á su paso afluentes siempre nuevos; ofrece á nuestras miradas su curso, que aumenta dia por dia y hora por hora, por todos los errores que vierten en él los sistemas y las filosofías, las negaciones y los

escepticismos que sin cesar engendra el humano espíritu, corrompido por nuestras revoluciones; en él se derraman todos los protestantismos; en él se derraman todos los racionalismos; en él se derraman todos los «revolucionarismos» siempre y de continuo; y esta corriente que agrándase sin cesar, no bien abandone sus orillas, que acaso mañana serán impotentes, amenaza devastar todo el mundo, dejando en él sólo ruínas.

Necesitaríase aquí más que un discurso para mostrar, unos despues de otros, todos estos afluentes del gran río devastador. Necesitaríase para ello seguir en todas sus evoluciones y en todas sus formas, al genio de la Revolución; necesitaríase al mismo tiempo hacer oír la voz de todas sus protestas contra la verdad y de todas sus rebeldías contra la autoridad.

Sólo puedo marcar por algunos piquetes las principales «etapas» de la protesta revolucionaria, mostrándoos con rapidez cómo, de revoluciones en revoluciones, hemos llegado á este gran peligro de la revolución *social*, y cómo, de protestas en protestas,

hemos llegado á este protestantismo universal que se llama el *Socialismo*.

El Socialismo, en efecto, es un protestantismo; es el protestantismo universal; es la negacion absoluta delante de la absoluta negacion: protestantismo complejo y múltiple, que supone y encierra los demás que le han precedido en el tiempo pasado y lo completan en el presente.

La primera protesta que ahondó el lecho y precipitó la corriente del Socialismo en nuestro mundo nuevo, fué la protesta religiosa contra la autoridad de la Iglesia, organizada y funcionando en el Papado y por el Papado.

Durante quince siglos, el Cristianismo orgánico atravesó las generaciones apoyado en esta celeste autoridad. Era la Iglesia en todas partes aceptada, querida, venerada, obedecida como el cuerpo místico del Cristianismo, viviente en la humanidad. El Papado era la Cabeza divina, reconocido como tal por cada uno y por todos. Una señal de esta Cabeza, como lo hubiera logrado la del propio Jesucristo, de una extremi-

dad á otra de la sociedad cristiana, hacía que se inclinasen todas las almas y que se rindiesen todas las voluntades. Era literalmente la autoridad religiosa de nuestros Pontífices, á la vez la Cabeza visible del Cristianismo, el corazon viviente de la Iglesia y el eje único sobre que giró, durante mil quinientos años, toda la república cristiana.

Ahora bien; vosotros sabeis lo que sucedió en aquel tiempo. Conocéis la rápida y vasta conmocion que produjo en las generaciones, áun entónces sometidas al gobierno de esta divina dignidad, el grito del monje apóstata: «¡Abajo el Papado! ¡Abajo la gran prostituta!» Ante la personificación más alta de la autoridad de Dios en la Iglesia, osó renovar el grito que la primera protesta habia hecho oír en el principio contra la autoridad del Verbo, por la voz de Lucifer: *Non serviam*; «¡No obedeceré!» El antiguo genio revolucionario, que habia dormitado muchos siglos en el fondo de la sociedad, donde no habia dejado de vivir, se despertó de repente, estallando con un rui-

do que las generaciones cristianas no habían oído aún. Entónces ocurrió la explosión de todas las fermentaciones de corrupción y de todos los gérmenes de rebeldía acumulados por la corriente de las pasiones humanas, aún en el seno de la ciudad divina; el mundo cristiano que había visto, á través de quince siglos, estallar de tiempo en tiempo, en el órden religioso, perturbaciones, pero nunca la Revolución, vió á este genio sombrío de las revoluciones humanas colocándose enfrente de la autoridad divina, amenazada en el Vicario de Cristo; delante de esta autoridad, por la primera vez disputada en la Iglesia, resonó la siguiente palabra, que ha venido á ser como la señal y el nombre del vasto movimiento: *Protesto*. Era el protestantismo religioso; era, en todo el rigor de la palabra, no la Reforma, segun se complacia en decir, sino la *Revolucion* en la Iglesia de Dios.

No discuto aquí el valor religioso, moral y dogmático del protestantismo; hago constar un hecho, un hecho histórico, un hecho tantas veces demostrado y tantas

veces desconocido: el protestantismo religioso, *punto de partida de la Revolucion* en nuestro mundo nuevo, por ser la primera gran protesta contra el principio de autoridad. Si el Socialismo es verdaderamente lo que nosotros hemos manifestado, á saber, la protesta pública contra *toda autoridad*, ¿cómo desconocer que Lutero, sin desearlo, y quizás sin saberlo, dió al movimiento socialista el primer poderoso impulso?

Como se podia prever, á este protestantismo religioso siguió en breve otro: el protestantismo filosófico, ó la revolucion racionalista. Despues del protestantismo de Lutero, vino el de Voltaire; esta vez no era sólo la negacion de la autoridad de Jesucristo en el Papado, sino tambien la de Dios en el Cristianismo, es decir, en el propio Jesucristo. La rebelion humana contra la autoridad divina, escasamente dos siglos más tarde, habia llegado á la negacion de la autoridad de Dios en *Jesucristo*.

Así, el genio revolucionario seguia su ruta y avanzaba con rapidez en las protes-

tas elevadas por las rebeldías del hombre contra las manifestaciones de la autoridad de Dios. Lutero habia dicho: «La autoridad de Dios no está en el *Papa*; sólo está en Jesucristo, en Jesucristo Salvador, en Jesucristo-Dios.» Llegó Voltaire, y dijo: «La autoridad de Dios no está en *Jesucristo*; niego á Jesucristo-Dios; protesto contra la divinidad y la soberanía del Cristianismo; proclamo la autoridad del hombre y la soberanía de su pensamiento; protesto contra la revelacion de Jesucristo, y proclamo la revelacion de la razon.» Este Jesucristo no era ya el Maestro á quien se debia servir, ni el Dios á quien era menester adorar, sino el *Infame* que necesitábase aplastar.

Así el hombre, en el órden filosófico ó en la esfera del pensamiento, se declaraba soberano, esperando declararse Dios. Quitada de la frente de nuestro Pontífice la aureola divina, trasportábala él á la frente de los filósofos, ó, mejor dicho, á la frente de la razon convertida pronto en su divinidad única; y la diosa Razon, de pié sobre los altares de que hizo descender á Dios, mostró

al mundo, bajo el *mármol viviente de una carne deshonorada*, la última expresión del protestantismo filosófico y de la revolución racionalista.

Así marchaban, fortificándose uno á otro, estos dos protestantismos, acumulando ruinas, cada uno en su esfera: el primero las ruinas de la vida sobrenatural, y el segundo las ruinas de la verdad natural; el uno multiplicando las herejías y las sectas, así como devastando el dominio de la fé; el otro, multiplicando las negaciones y los escepticismos, así como devastando el propio dominio de la razón. Porque si es verdad históricamente que ninguna verdad revelada ha encontrado favor para el genio de la revolución religiosa, la historia, y principalmente la del siglo último, atestigua más claramente aún que ninguna verdad del orden filosófico, sin excluir la libertad del hombre ni la existencia de Dios, ha encontrado favor para el genio de la Revolución ó del protestantismo racionalista.

Bajo estas dos formas, y en estas dos grandes «etapas» de la Revolución, carac-

terizaba el trabajo revolucionario, en el fondo, una misma tendencia: expeler del mundo las grandes manifestaciones de la autoridad divina, para erigir en su sitio la estatua de la soberanía humana. No más autoridad de Jesucristo en el Papa; no más autoridad de Dios en Jesucristo; no más Pontífice Vicario de Jesucristo; no más Jesucristo Hijo de Dios; no más institución proclamándose divina y mandándonos en nombre de Jesucristo revelador; no más Jesucristo proclamándose á sí propio Dios, imponiendo como tal á nuestra razón y á nuestra voluntad humana la soberanía de su autoridad llamándose á sí propia divina; el hombre, sólo el hombre, transformado él mismo, ante sí mismo, en su pontífice, en su revelador, en su Jesucristo, y bien pronto en su Dios.

Tal fué la segunda etapa de la Revolución, ó de la protesta del hombre contra la soberanía de Dios.

Sin embargo, Señores; á través del mundo nuevo, ya invadido bajo estas dos formas por el genio de las revoluciones, aún sub-

sistía una gran representación de la autoridad de Dios; aún existía el *Rey*, por el cual entiendo el hombre llevando, bajo una ú otra forma, la majestad de la patria, realzada por el reflejo de la majestad de Dios; el Rey, marcado en la fé de los pueblos cristianos con la unción de Jesucristo, y recibiendo en lo más íntimo de las almas la consagración popular del amor, del respeto y de la obediencia. Esta soberana autoridad del Rey, sin tener el carácter rigurosamente divino de la del Pontífice, no mostraba, sin embargo, ménos á los ojos de los hombres un reflejo de Dios. Este algo divino que los pueblos reconocían en él, bajo la envoltura de su humanidad, fué la razón arcana y profunda del culto de respeto, de obediencia y de amor que la cristiana majestad del Rey, á través de las peripecias de su larga historia, recibió durante catorce siglos de las generaciones bautizadas; generaciones religiosamente sometidas que obedecían al Monarca porque obedecían á Dios, y que reconocían en sus señores de la tierra y del tiempo un reflejo de la autoridad obedeci-

da, amada y adorada por ellas en el Señor del cielo y en el Rey de los siglos eternos.

Esta otra representacion de la autoridad divina, ó esta tercera aparicion de Dios en la humanidad, aún importunaba mucho al genio negro que habia consagrado á lo divino, por todas partes donde se hallára, un ódio implacable. Se puso, pues, á envidiar á Dios en los Reyes, como le habia envidiado en los Pontífices, y sobre todo en Jesucristo; este viento que habia removido ya el mundo religioso por la voz de Lutero, y el filosófico por la voz de Voltaire, comenzó á quebrantar el mundo político por la voz no ménos retumbante que las otras de Mirabeau.

En medio de las nubes que ya llevaban la tempestad hasta sobre la cabeza de los Reyes, hízose oír entónces una tercera protesta, preñada de desastres, que debia desencadenar sobre la Francia, y por medio de la Francia sobre todo el mundo, el demonio de las revoluciones; demonio del desórden y del desastre social, que hace ochenta años se goza en derribar gobiernos, des-

truir tronos, romper cetros, profanar coronas, proscribir dinastías, y, sobre todo, arruinar constituciones é instituciones: esta protesta que abría ante los pueblos agitados las puertas misteriosas de lo desconocido espantable, era la protesta de Mirabeau, que, no por haber más tarde retrocedido enfrente del abismo que abriera, dejó de ser ménos, á los ojos de la historia, el gran iniciador de la era de las tempestades políticas.

Lo que decia esta protesta, en el comienzo del cataclismo que á romper iba la cadena de nuestras tradiciones nacionales, no podeis ignorarlo; el eco resuena siempre áun en el rumor prolongado de los acontecimientos que cambian y cambian de nuevo sin cesar, con la forma de los gobiernos, los «organismos» de nuestra vida política. Tambien la protesta gritaba, en el viento de la Revolucion que subia entónces como la tempestad, y decia en todos los horizontes: *Protesto*; protesto contra la soberana autoridad del Rey, y proclamo la soberana autoridad del pueblo; niego el derecho

de Dios en la autoridad del Príncipe, y afirmo el derecho del hombre en la soberanía del pueblo. ¡Anatema al derecho de Dios que ha reinado en el tiempo pasado, y gloria al derecho del hombre, único que reinará en el futuro! La obediencia á una autoridad que mandaba en nombre de Dios fué la ley de los siglos que se van; el derecho de insurreccion en el pueblo, proclamado único soberano, no reconociendo ninguna más autoridad que la del hombre, es la ley de los siglos que vienen, y la constitucion verdaderamente sagrada é inviolable de las sociedades futuras.»

Tal se reveló, despues del protestantismo religioso y del protestantismo filosófico, el protestantismo *politico*. Así, trascurrieron apenas algunos años, cuando, en el centro mismo de nuestro mundo político, abriase un abismo que á separar iba—¡sólo Dios podria decir hasta cuándo!—á la sociedad del tiempo pasado de la sociedad del tiempo futuro; un dia—dia nefasto entre los nefastos,—desde la cumbre de un cadalso que se levantó sobre ruinas, circundándolo

una nube de sangre, la cabeza del más dulce de los Reyes rodó al abismo, y el rumor de su caída, retumbando á lo léjos, hizo repetir á todos los ecos del mundo conmovido por la catástrofe: «Con la cabeza del Rey ha caído el derecho de Dios; sólo existe la soberanía del hombre; no hay más que la soberanía del pueblo, señor absoluto y juez supremo de los Reyes.»

¡Este no es el momento de referir lo que desde entónces se ha visto en punto á gobiernos derribados, á tronos derruidos, á dinastías proscritas, á constituciones pulverizadas, á revoluciones consumadas y á revoluciones abortadas; ni lo que se ha visto en pueblos levantados contra los Reyes, y en Reyes corriendo, destronados é infamados, por todos los caminos de Europa, á través de maldiciones y desprecios; ni lo que ha ganado nuestro siglo en todas estas convulsiones de pueblos y en todas estas caídas de Reyes; ni lo que nosotros hemos podido levantar de grande, estable y verdaderamente protector sobre las ruinas acumuladas por tantas demoliciones! Ni apenas es preciso mos-

trároslo á la luz de un discurso, cuando todo lo muestra á la luz de los acontecimientos. Para verlo, como el viajero contempla el torbellino levantado por el aire sobre su camino, bástanos echar una mirada sobre las grandes vías de nuestra reciente historia, y ver en ellas pasar este inmenso polvo de tronos, cetros, legislaciones y constituciones; bástanos, sobre todo, mirar á nuestras generaciones fatigadas y jadeantes para construir, por fin, el edificio que debe proteger la paz y la seguridad de los pueblos. ¡Extraña construcción que sólo es la perpetuidad de la demolición! ¡Prodigioso edificio que se construye siempre, y que sólo parece un día subir más alto y más soberbiamente para derrumbarse más pronto y con estruendo, mezclando al caer su polvo á tantos otros...!

Por lo demás, de cualquier modo que se aprecie esta continuidad de nuestros sacudimientos, esta frecuencia de nuestras crisis y esta inmensidad de nuestras peripecias políticas, en las cuales unos empéñanse aún en ver sólo la ley del progreso que marcha,

y otros las señales de la decadencia que viene, hay un hecho evidente para todos los que saben ver: en medio de todos estos cambios de escena donde se presentan todos los dramas rapidísimos de nuestra historia contemporánea, una cosa sigue siendo visible, palpable, horrenda: el aniquilamiento de la autoridad marcada con un carácter divino cualquiera. En religion, en filosofía, en política, ya no existe autoridad que lleve una señal de Dios; surge, como consecuencia fatal, la inestabilidad permanente y el desarraigo universal. Literalmente, no tenemos cimientos en el orden religioso, ni en el orden filosófico, ni en el orden político: como árboles sin raíces, sufrimos la ley del viento: nos inclinamos á derecha é izquierda, esperando la última ráfaga que quizás mañana nos echará enteramente por tierra.

Aun despues de todas estas negaciones de las representaciones divinas en la humanidad, permanecia Dios con su imágen grabada por sí mismo en el seno de la humanidad; Dios viviente, Dios personal, Dios providencia, Dios autor y conservador del mundo.

Este Dios, que parecia de todo punto relegado á las profundidades solitarias de su cielo, aún importunaba al genio de la Revolucion: entónces este genio verdaderamente satánico se puso á ensayar contra el mismo Dios todas las formas de la protesta. Entónces se le pudo oír gritar: «Niego el Dios viviente; niego el Dios personal; niego el Dios providencia; niego el Dios Creador; niego un Dios espíritu; niego un Dios distinto del mundo; niego un Dios cualquiera; destruyo con una mano el gran ídolo de los hombres. Sí: ¡léjos de nuestra sociedad nueva el Dios antiguo, causa de todas las supersticiones y de todas las servidumbres de la humanidad! Proclamamos la caída de Dios, y le oponemos la divinidad del hombre. No sólo el hombre es el único *soberano*; el hombre es el único Dios reconocido por el mismo; el hombre es el único Pontífice; el hombre es el único Redentor y el único Salvador; el hombre lo es todo y Dios no es nada, ó, más bien, Dios es el *mal*, el mal que precisa expeler y aniquilar.» ¡Dios es el *mal*! Tal fué la última palabra de la Re-

volucion, referente al término de sus ambiciones; era la Revolucion triunfante, de pié, no sólo sobre las ruinas del Papado, del Cristianismo, de los gobiernos y de los Reyes, sino tambien sobre las ruinas de toda Religion y sobre las ruinas del mismo Dios, disponiéndose á subir pronto sobre las ruinas de la *sociedad*, y á decir, sobre todas las ruinas acumuladas, y acaso entre un mar de sangre: *¡Yo soy, y sólo yo existo!*

Aquí, en efecto, está la última etapa de la Revolucion y su triunfo último: plantar su estandarte sangriento sobre las ruinas de la sociedad actual, pulverizada por sus manos férreas.

Detengámonos, al concluir, en esta fase suprema de la Revolucion: el Socialismo propiamente dicho; el Socialismo, á saber: la Revolucion elevada á su última potencia; el Socialismo, esto es, la última y suprema protesta contra todas las representaciones humanas de la autoridad divina, y finalmente la protesta contra el mismo Dios.

Y ahora pregunto: ¿podía llevar más

léjos sus protestas revolucionarias el genio de la negacion y de la demolicion? Después de haber herido, golpe tras golpe, las autoridades del Papa, de Jesucristo, de los Reyes, de Dios, ¿qué cosa, qué institucion y qué autoridad podia herir aún? ¿Subsiste autoridad contra la que pudiera elevar su protesta última? Parecia que la Revolucion en adelante sólo deberia exclamar: «¡Ya no hay Pontífice que hable en nombre de Cristo, ni Jesucristo que personifique la autoridad de Dios, ni Rey, ni señor alguno que mande en nombre de Dios! ¡Ya no hay Dios! Mi obra está realizada; ¡he concluido...!»

¡Pues bien! No, no habia concluido aún la Revolucion. Existe todavía una cosa, á través de la que pasa, de buen ó mal grado, la autoridad de Dios que la hizo y la sostiene; una cosa que no está en la mano del hombre, y que la Revolucion quisiera deshacer para destruir la imagen y hasta la sombra de Dios, á fin de rehacerla á su gusto, y marcarla exclusivamente con su propia efigie; esta cosa, en la que se halla

siempre la mano de Dios, que hácela ser y subsistir, es la *sociedad*; no tal gobierno, ni tal monarquía, ni tal república, sino la misma sociedad; la sociedad, esta creacion verdaderamente divina que llama en todas partes y proclama á su Criador; la sociedad, este grande edificio humano del cual cada hombre es una piedra viva; la sociedad, tal como continúa en todas partes hace seis mil años, con su constitucion inviolable; la sociedad, con su fondo siempre idéntico bajo formas que cambian eternamente y vuelven á cambiar por el flujo y reflujo de los acontecimientos; la sociedad, contra la que el genio del hombre no había soñado aún en hacer protestas; la sociedad, cuya constitucion inalterable proclama y reconoce hasta el bárbaro, bien que alterándola; la sociedad, en fin, cuya esencia inviolada y cuyo tipo oscurecido, pero que se puede reconocer sin cesar, guarda el mismo salvaje hasta en la humillacion de su decadencia. Pues bien, Señores; esta misma sociedad viene á ser objeto de la protesta revolucionaria; enfrente de ella se coloca

el genio del infierno, exclamando: «¡Protesto contra el orden social; niego la sociedad!»

Así es cómo, Señores, de protesta en protesta, hemos llegado á este punto; á la protesta directa, pública, radical, contra la sociedad, así como á cuanto apoya, sostiene y patrocina. De revolucion en revolucion, llegamos á la amenaza de la *Revolucion social*. Sí, Señores: despues de la revolucion religiosa, ó del protestantismo propiamente dicho, la revolucion *filosófica*, es decir, el racionalismo; despues de la revolucion *filosófica*, la revolucion *política* ó el «revolucionarismo;» y despues de la revolucion política, la revolucion *social* ó el Socialismo propiamente dicho: tal es, grado por grado, la marcha fatal de la Revolucion.

Hé aquí, para marcar estas grandes etapas de la Revolucion á través de nuestro nuevo mundo, estas palabras célebres que se corresponden á través de tres siglos, como los ecos engrandecidos de una misma voz. Despues de la de Lutero, gritando al mundo: «¡Roma es la Babilonia y la prostituta:

¡abajo Roma! ¡abajo el Papado;» despues de la voz de Voltaire, gritando en medio del siglo xviii: «El Cristianismo es el Infame; la Iglesia es la Infame: ¡abajo la Iglesia y el Cristianismo!» Despues de la voz de Mirabeau, gritando al fin del mismo siglo, que pronto se ocultaria en una nube de sangre: «¡El Rey es el tirano: abajo la tiranía, que es la servidumbre y la humillacion de los pueblos!» ¡oh! aún hemos podido oir una voz más osada todavía, pronunciando en el ruido de nuestras tempestades sociales, las tres palabras siguientes: «¡El gobierno es la *anarquía*; la propiedad es el *robo*; Dios es el *mal*!» Y queria decir esto: «¡Abajo la sociedad, que se apoya á la vez sobre la familia, la Religion, el gobierno y la propiedad!»

CONCLUSION.

Antes de terminar, resumamos lo dicho sobre los orígenes del Socialismo, para inferir las conclusiones que salen de ellos mismos.

Las derivaciones de la Revolucion antigua, circulando plenamente por las venas de nuestra humanidad «adámica,» y despues las derivaciones de la Revolucion moderna, engrandecidas y precipitadas por todos nuestros errores y por todas nuestras negociaciones, á través de nuestras generaciones nuevas; en dos palabras: la concupiscencia salida del pecado original de nuestra humanidad, con sus grandes fuentes de corrupcion humana; la Revolucion, este pecado original de nuestra sociedad moderna, con todas sus fuentes de perversiones sociales: hé aquí lo que ha conducido hasta vosotros, y lo que aumenta de dia en dia entre vosotros, el Socialismo, á guisa de torrente que se desborda y amenaza destruirlo todo.

Y ahora, comprended vosotros los que juzgais la tierra: *Et nunc reges intelligite, erudimini qui judicatis terram;* sobre todo vosotros los que más ó ménos habeis aplaudido los triunfos de la Revolucion, y habeis desplegado vuestras velas á este viento formidable que compele á los abismos. Ved á dónde viene á batir hoy, con el torrente de todas

las concupiscencias, la ola de la marea que sube, compelida por el viento de la Revolución; no bate sólo el pié del Trono pontificio, no bate sólo las paredes del templo cristiano, no bate sólo el palacio de los Reyes: la ola devastadora viene á batir hoy el propio edificio de la sociedad, y os grita, cubriendo con su espuma hasta el umbral de vuestras casas: *Es preciso salvar la sociedad y la civilización.*

Por consiguiente, á todos nos toca obrar con todas nuestras fuerzas y con todas nuestras influencias contra este azote que amenaza devorar, no ya tal sistema de política y de gobierno, sino la misma sociedad.

Empero, ¿qué se ha de hacer, me preguntais, para obrar eficazmente contra este azote social? ¡Ah, Señores! ¿Necesito yo deciros lo que se ha de hacer? ¿Es tan difícil adivinarlo? ¿Qué se ha de hacer? La razón, el buen sentido y la experiencia lo dicen con una misma voz: «Es preciso combatir enérgicamente las causas que lo han traído, y que cada día lo fortifican más.» En vano, con toda la habilidad, con toda la con-

descendencia y con toda la fuerza que pueden dar el genio de la defensa y el instinto de la conservacion, llegareis á tomar contra las tentativas del Socialismo precauciones triunfantes; en vano le habreis puesto un bozal, encadenado y reducido en una red de hierro, como un tigre en su jaula, á la impotencia de devoraros hoy, y áun de devoraros mañana: nada decisivo se habrá hecho contra el mónstruo, si no reconocéis de dónde le viene la fuerza que despliega, y si no combatís en toda la línea los elementos que lo fortifican; si no luchais hoy, y mañana, y siempre, contra cuanto lo ha hecho nacer en el tiempo anterior, y contra cuanto lo agranda en el actual, nada os podrá sustraer á su potencia esencialmente devoradora.

No; en tanto no obreis enérgicamente, constantemente, universalmente, por vuestras doctrinas, por vuestras costumbres, por vuestras legislaciones y áun por vuestros gobiernos, contra las causas antiguas y contra las causas modernas de nuestro azote social, nada podrá sustraeros al pe-

ligro que crea y agranda entre nosotros el Socialismo.

Ahora bien; lo he dicho y lo repito al concluir: las causas viejas y los orígenes antiguos de este mal social se reducen á la concupiscencia, es decir, á la triple pasión de subir, poseer y gozar. Mientras sigais, en vez de remontarla, esta triple corriente que nos conduce al abismo, nada verdaderamente eficaz se hará contra el Socialismo, que sale sin cesar de estas tres fuentes de las corrupciones humanas.

Os he dicho tambien, y no las comprendereis jamás bastante, cuáles son las causas más próximas á nosotros y los orígenes modernos del Socialismo: son todas las grandes protestas contra todas las autoridades; es particularmente la protesta última y retumbante que se llama á sí misma la *Revolucion*; la Revolucion, cuya última palabra es el propio Socialismo; el Socialismo, es decir, la Revolucion elevada á su más alta potencia.

Por consiguiente, nada más cierto y nada más evidente: para que retroceda el tor-

rente socialista es preciso hacer retroceder el torrente revolucionario: para matar el Socialismo es preciso matar la misma Revolución; porque, no lo olvideis nunca, todo lo que haceis por la Revolución lo haceis por el Socialismo; y todo lo que en cualquiera esfera pacta con el genio revolucionario, es decir, con el «anticristianismo,» de buen ó mal grado, prepara para un porvenir más ó ménos próximo el triunfo del Socialismo: bajo este aspecto, áun los revolucionarios moderados, quiéranlo ó no, no son los que ménos eficazmente preparan el reinado monstruoso que el Socialismo nos muestra con el dedo en el horizonte del porvenir, bajo el nombre seductor, pero verdaderamente siniestro, de la *república social*; es decir, de la República sin Cristianismo, sin Religion y sin Dios.

Tal es la inevitable alternativa: romper con el genio de la Revolución y del «anticristianismo,» ó ser engullidos por el abismo de la demagogia y del Socialismo.

Empero, exclamarán aquí los discípulos ciegos de la Revolución, obreros «in-

conscientes» del Socialismo moderno: si es así, si no es solamente la concupiscencia, sino que son, sobre todo, las grandes negaciones de la autoridad las que conducen á la Revolucion, y con la Revolucion al Socialismo, ¿cómo y por qué la Revolucion y el Socialismo estallan sobre todo en las naciones gobernadas por el Cristianismo y por el Catolicismo más esencialmente «autoritario?»

¡Ah, Señores! Si la objecion es especiosa, la respuesta es bien sencilla; hé aquí la contestacion tan victoriosa como sencilla: En nuestras naciones católicas, ninguno es revolucionario por ser católico y religiosamente «autoritario,» sino porque lo ha dejado de ser, ó á lo ménos porque no lo es bastante... ¿Quién, os pregunto, levanta, en el seno de las generaciones cristianas y católicas, la bandera de la Revolucion y del Socialismo, sino los enemigos más encarnizados de la Religion, y sobre todo del Catolicismo? ¿Y quién no ve, á la plena luz de la evidencia y de la publicidad, que, sobre todo delante de la autoridad ple-

na, signo auténtico de la verdad divina, estalla con toda su energía salvaje la oposición absoluta á cada autoridad, que se llama Revolucion, que se llama *Commune*, ó que se llama Socialismo? ¡Ah! Si podeis, haced de forma que en las naciones sometidas aún, en su conjunto, á las influencias del Catolicismo, no haya en todas partes sino cristianos sinceros y católicos ardientes: os juro con verdad que no habrá entónces Socialismo ni Revolucion. Sin duda, áun en el seno de las naciones católicas, podeis encontrar revolucionarios y socialistas, hombres enemigos de toda religion, y apóstatas de todo Cristianismo. Mas ¿dónde habeis encontrado un pueblo religioso y católico que haya llegado á ser enteramente revolucionario y socialista, por ser religioso y católico? No existe y no puede existir, porque entre la Religion y la Revolucion, entre el Catolicismo y el Socialismo, la oposición es radical y el «antagonismo» absoluto.

Por consiguiente, Señores, la suerte está echada para nosotros: hay que optar por la

Religion ó la Revolucion, por el Cristianismo ó el Socialismo. Todo lo que os aleja de la Religion os acerca otro tanto á la Revolucion; y todo lo que os aleja del Cristianismo os acerca otro tanto al Socialismo, tan segura y exactamente como todo lo que os aleja de la luz os aproxima á las tinieblas, como toda marcha que os aleja de los fuegos del Ecuador os aproxima al frio y á los hielos de los polos, y como todo lo que nos aleja de la vida nos aproxima á la muerte.

Hé aquí, bajo el punto de vista en que nos hallamos, la palabra de nuestro destino; ó volvemos á ser cristianos, y por consecuencia continuamos nuevamente la marcha progresiva sobre la ruta ascendente donde nos ha colocado el Cristianismo, ó concluimos de ser cristianos, y por consecuencia rodamos de caida en caida por la vía descendente en que nos coloca el Socialismo... Nuestra eleccion no puede ser dudosa, tratándose de tal alternativa: volveremos práctica y eficazmente al verdadero Cristianismo, al Cristianismo integral que

se llama el Catolicismo; allí, en el seno de la doctrina y de la vitalidad católica, y en ella únicamente, hallaremos (como espero demostrároslo un día) la solución completa y adecuada de todos los problemas de la vida social que plantean hoy delante de nosotros, sin poderlos resolver jamás, los apóstoles de la Revolución y los profetas del Socialismo.

FIN.

TABLA DE MATERIAS.

Prefacio.

	<u>Págs.</u>
Actualidad de este libro.—Situacion extraña: el Socialismo afirmándose delante del siglo, y el siglo negando la existencia del Socialismo.—Urgencia de reconocer y combatir, en el Socialismo, el peligro social.....	v

Conferencia primera.

La idea socialista ó el Socialismo como IDEA.

Lo que es el Socialismo como *idea*.—En un principio fué la idea de la *reforma*; despues la de la *trasformacion*; hoy es la idea de la *destruccion*.

Esta idea, en sus últimas consecuencias, implica la destruccion de las tres grandes bases del orden social, á saber: de la Propiedad, que es su base *terrestre*; de la Familia, que es la base *humana*, y de la Religion, que es la base *divina*..

1

Segunda Conferencia.

El ódio socialista, ó el Socialismo considerado como pasion.

¿Qué es el ódio socialista?—Se compone de los tres ódios siguientes, que constituyen la más horrenda de las pasiones: del ódio al *hombre*, del ódio á la *sociedad*, y del ódio á *Dios*.

¿De dónde viene este ódio?—Viene de la separacion de lo divino ó de Jesucristo, centro «unitario» de las sociedades cristianas; viene de la prevaricacion humana; viene, por último, de la necesaria resistencia que la sociedad opone al Socialismo.

¿Contra quién va este ódio?—Va contra toda fuerza social y conservadora; principalmente contra el hombre *Gobierno*, contra el hombre *Soldado*, contra el hombre *Propietario*, contra el hombre *Magistrado*, contra el hombre *Sacerdote*; principalmente contra el hombre *Sacerdote*.....

63

Tercera Conferencia.

La conspiracion socialista, ó el Socialismo, como accion.

La *existencia* de la conspiracion socialista se demuestra por la fuerza de las cosas, por el testimonio de las almas, y por la publicidad de los hechos.

El *poder* de esta conspiracion se demuestra por los cuatro grandes poderes de que dispone: el

poder de la *Prensa*, el poder del *Oro*, el poder del *Número*, y el poder de la *Organización*.

El *peligro* de esta conspiración se demuestra por los caracteres que la distinguen; pero principalmente por los tres caracteres de la *universalidad*, de la *perpetuidad* y de la «*implacabilidad*»..... 125

Cuarta Conferencia.

Primer error radical del Socialismo: el error en el punto de partida.

El Socialismo ha salido de la fórmula célebre: *El hombre nace bueno, y la sociedad es la que lo deprava*. Esta fórmula, poniendo el mal radicalmente, no en el *hombre*, sino en la *sociedad*, proclama el derecho y el deber de atacar á la sociedad; constituye, contra el orden social, la guerra permanente.

En su desenvolvimiento último, legitima todos los instintos y todas las pasiones del hombre; por consiguiente, crea en la humanidad el egoísmo, el despotismo, la anarquía y el desorden absoluto.

El Cristianismo, por el contrario, proclamando que el mal está radicalmente, no en la sociedad, sino en el *hombre*, fija el verdadero punto de partida del progreso, porque prescribe al hombre que se combata y se venza á sí mismo; crea, por consiguiente, para la sociedad, la Paz en el orden, la Libertad en el bien, y la dicha en la Fraternidad..... 191

Quinta Conferencia.

Segundo error radical del Socialismo: el error en el punto de llegada, ó el paraíso sobre la tierra.

Esta doctrina, que muda de sitio el soberano bien, poniendo el paraíso sobre la tierra, está en contradicción absoluta con la *idea* del destino, con la *aspiración* al destino, y con el *movimiento* universal que compele á la humanidad á su destino.

Al orden social aplicada esta doctrina, produce el continuo *rebajamiento*, la *desolación*, y la *destrucción*; por último, en lugar del paraíso, crea el infierno social..... 251

Sexta Conferencia.

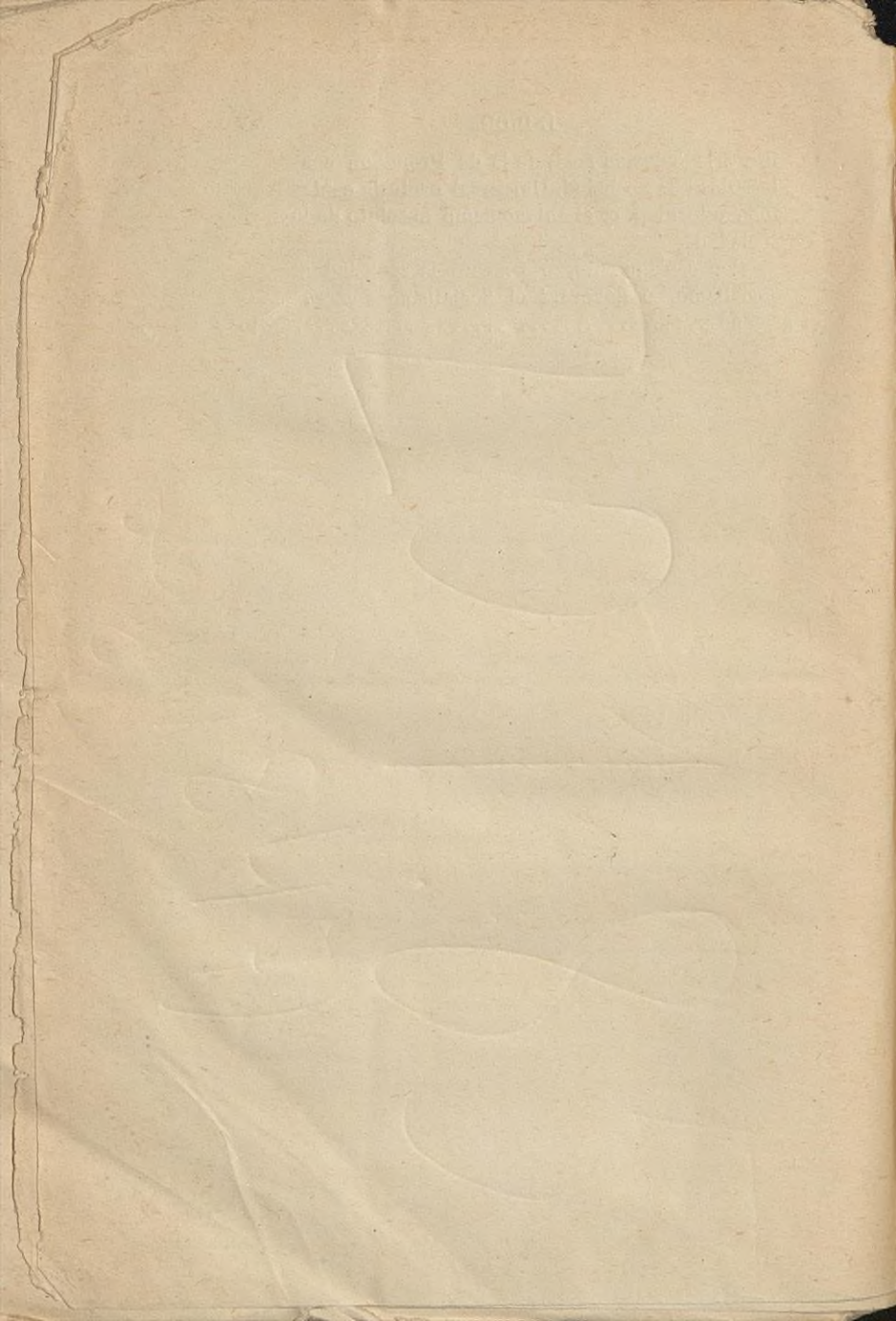
Orígen ó genealogía del Socialismo.

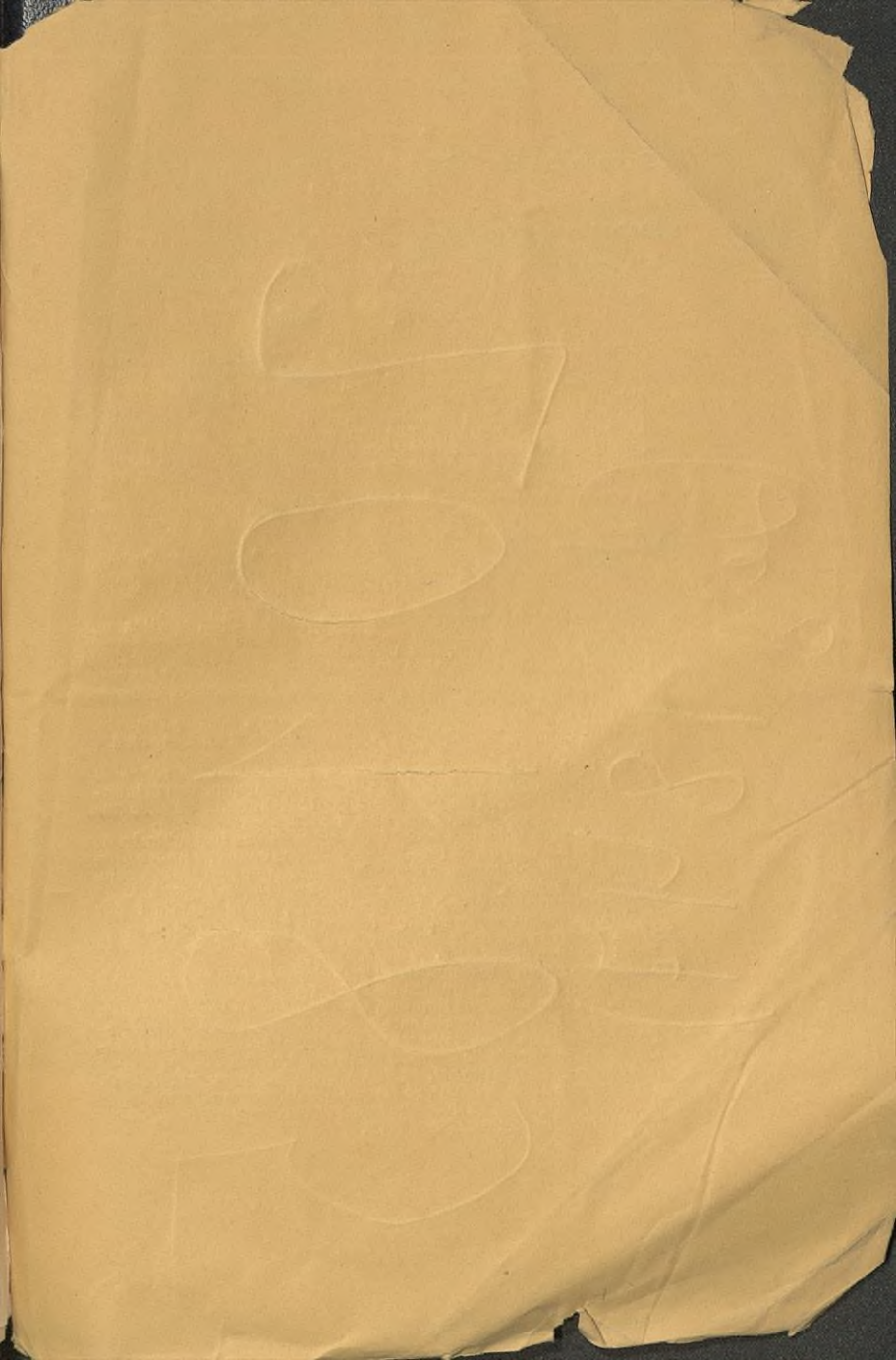
Considerado en sus orígenes *remotos*, el Socialismo, viejo como la humanidad caída, sale de las tres concupiscencias siguientes: del orgullo, de la codicia y de la sensualidad; ó de la pasión desordenada de *mandar*, de *poseer* y de *gozar*.

Considerado en sus orígenes *modernos*, el Socialismo es la confluencia de todas las corrientes del racionalismo y de la Revolución; ha nacido de todas las grandes protestas contra la autoridad: de la protesta de Lutero contra la Iglesia y el Papado; de la de Voltaire contra Jesucristo y el Cristianismo; de la de Mirabeau contra el

Rey y la majestad real; de la de Proudhon contra Dios y la Sociedad. Universal protesta contra toda autoridad, es el antagonismo absoluto de la sociedad.

Por consiguiente, ó vencerá la sociedad al Socialismo, ó devorará el Socialismo á la sociedad..... 315





En casa del Sr. Jubera se hallan de venta las obras siguientes:

Biblioteca de predicadores, por D. Juan Troncoso, la última edición y la mejor: 11 tomos en 4.º, 250 rs.

Biblioteca selecta de predicadores. Colección escogida de conferencias, pláticas, sermones y discursos sagrados de los más sobresalientes oradores de España, Francia, Italia, etc., bajo la dirección del Dr. Frey Pedro Maria de Torrecilla, presbítero: 25 tomos con láminas, 600 rs.

Biografía eclesiástica completa. Vidas de los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento, de todos los Santos que venera la Iglesia, Papas y eclesiásticos célebres por sus virtudes y talentos, en orden alfabético. Redactada por distinguidos eclesiásticos y literatos bajo la dirección de D. Basilio Sebastian Castellanos, y revisada por una comisión nombrada por la autoridad superior eclesiástica: 30 tomos en 4.º mayor, de más de 1.100 páginas con retratos en acero de los hombres más ilustres, 1.000 rs.

El Concilio ecuménico del Vaticano, celebrado recientemente. Obra de actualidad, escrita en Roma por A. Bravo y Tudela: un tomo en 4.º, 20 rs.

Historia de la elocuencia cristiana, por A. Bravo y Tudela. Segunda edición, con la aprobación de la censura romana y censura y aprobación eclesiástica y un informe de la Academia de Ciencias morales y políticas: dos tomos en 4.º, 40 rs.

Soliloquios amorosos de una alma a Dios, escritos en latín por Gabriel Padecoepo, y traducidos en castellano por Lope de Vega Carpio, con un prólogo y notas de D. Vicente Barrantes. Consta esta obra de un elegante tomo en 8.º mayor, lujosamente impreso con orlas de colores y excelentes láminas tiradas a dos tintas: su precio, 40 rs.

Tratado de la predicación cristiana, por A. Bravo y Tudela, segunda edición, con la aprobación eclesiástica: un tomo en 4.º, 20 rs.

El árbol de la vida, estudios fundamentales sobre el Cristianismo, por Abdon de Paz. Segunda edición, con el informe emitido acerca de esta obra por la Academia de Ciencias morales y políticas: un tomo en 4.º, 20 rs.

Biblioteca selecta y económica del cristiano instruido: trece tomos en 8.º mayor, 80 rs.—Esta biblioteca contiene nueve diferentes obras religiosas, aprobadas todas por la censura eclesiástica y tan útiles para el sacerdote como para el seglar.

Derecho canónico (Elementos de), por el Excmo. señor D. Juan Martín Carramolino: 2 tomos en 8.º mayor, 20 rs.

Días festivos de la Iglesia de Jesucristo, por D. Pio de la Sota: 2 tomos en 8.º mayor, 20 rs.

Diccionario filosófico de la Religión, en que se prueban y establecen todos los puntos de la Religión combatidos por los incrédulos de nuestros tiempos, y se responde á sus objeciones. Escrito en francés por el abate Nonnette, traducido al castellano y añadido en varios puntos por el P. Joaquín María de Parada, de la Compañía de Jesús: 3 tomos en 4.º, 30 rs.

Los Santos Padres, por D. Miguel Sánchez, presbítero. Esta obra es un verdadero curso de literatura sagrada, y deberían leerla todos los que con provecho quieran estudiar los Santos Padres: un tomo, 20 rs.